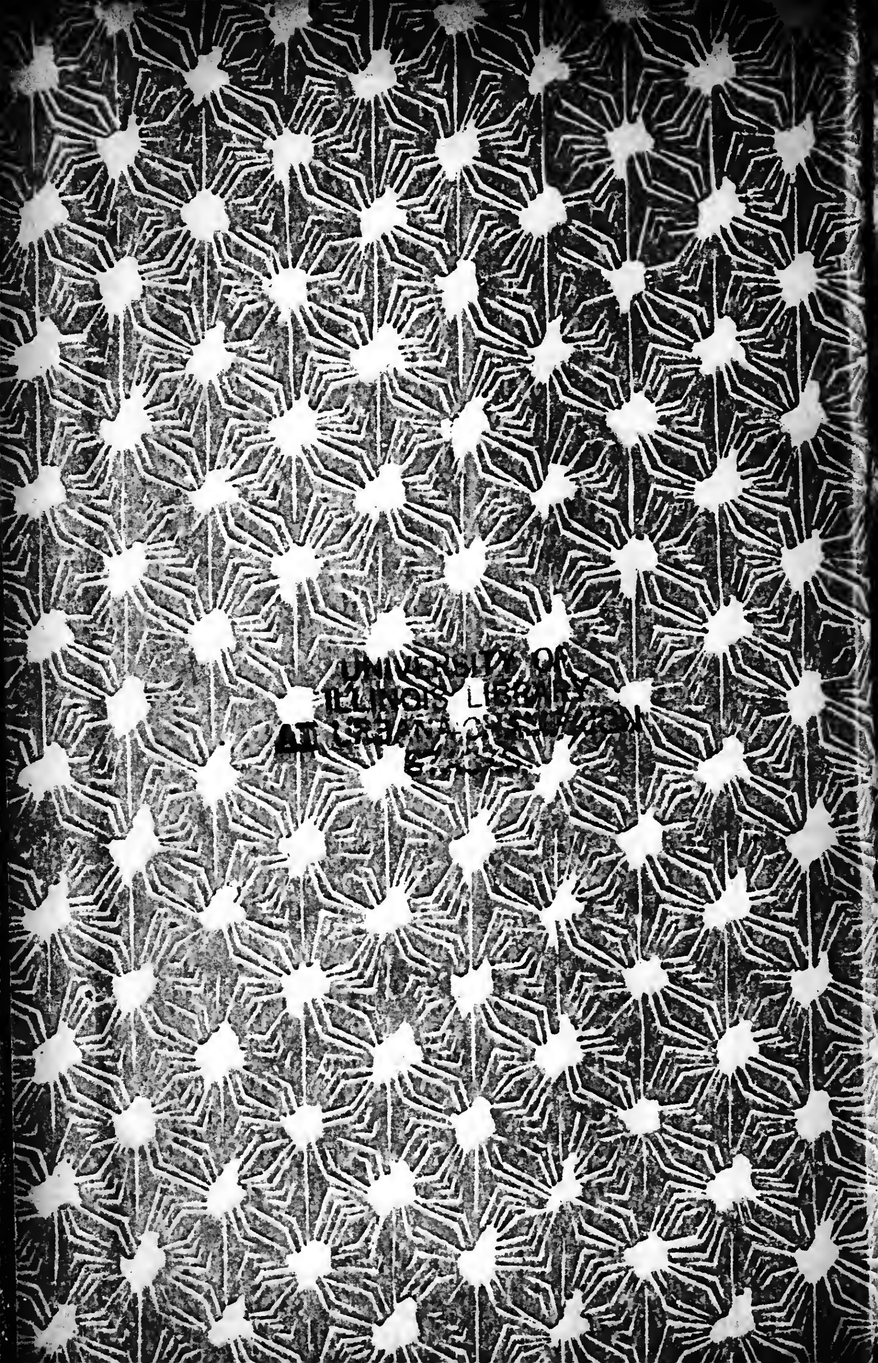
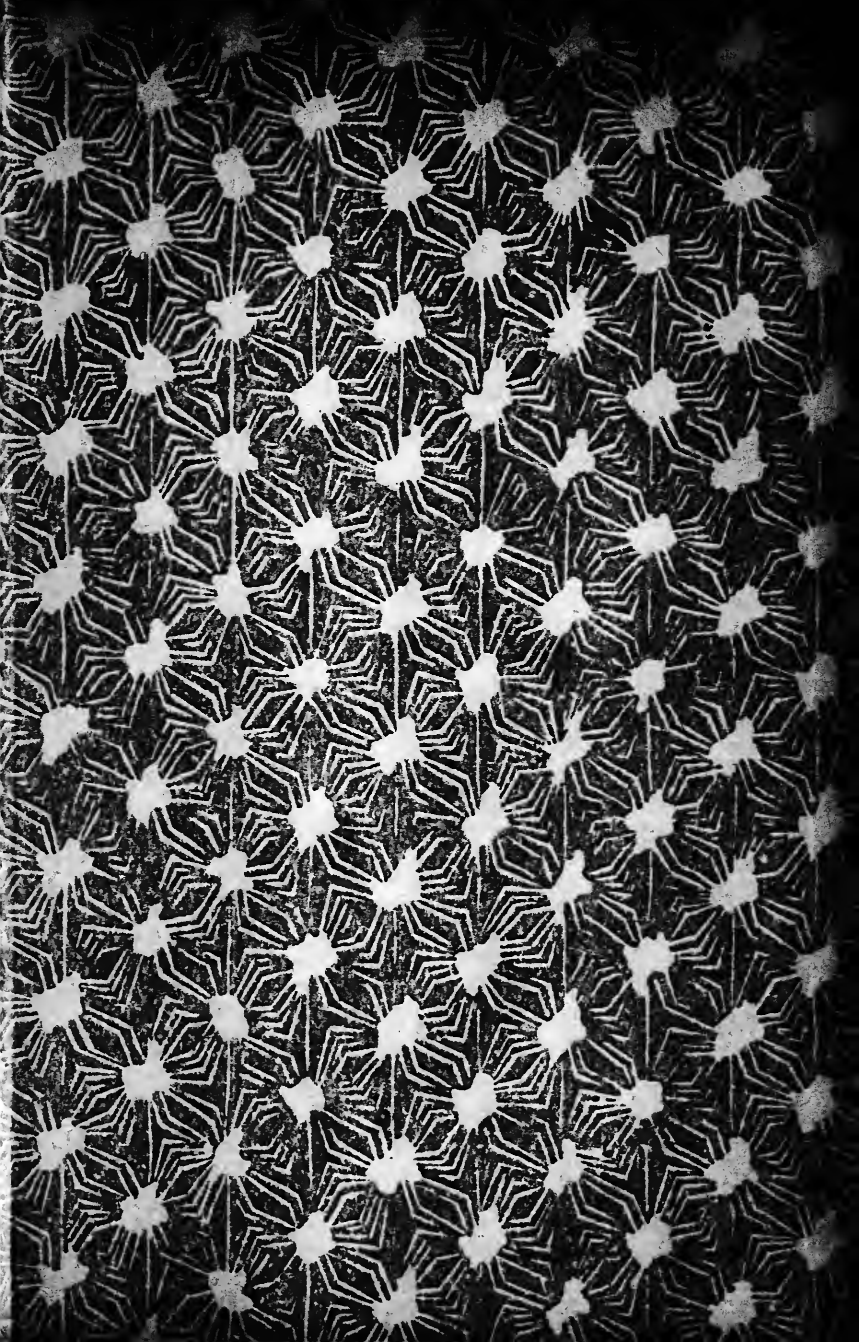





C.S.Y F
EN LA PAMPA

En la Pampa

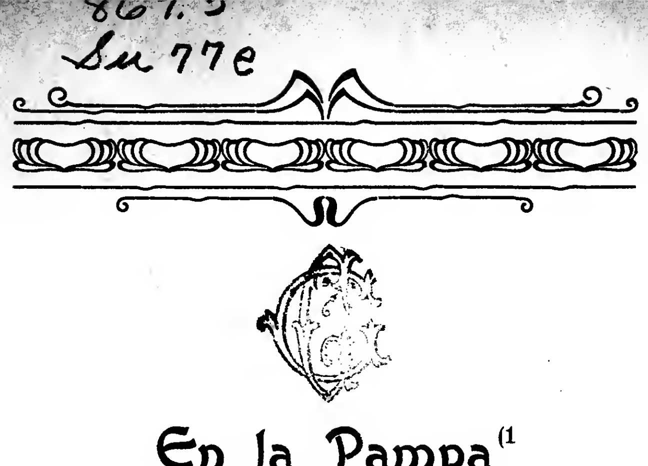
CARLOS SURÍGUEZ Y ACHA

EN LA PAMPA

NARRACIONES GAUCHESCAS
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA



BUENOS AIRES
Casa Editora de N. Tommasi, Lavalle 1127
MILAN
via Tadino 26
1908



En la Pampa[1]

Al galope tendido de mi «Sombra», se limita llanura anchurosa emergiendo nuevos puntos en la lejanía, que poco á poco van creciendo, que se aproximan más y más, destacándose más y más distintamente con el miraje risueño de estancias con su arboleda y blanco edificio, hasta que enfrentan para después quedar atrás.

Y entonces, como ávido de más espacio, de más luz, de más albedrío, vuelvo los ojos allá adelante, y otro punto surge á mi antojo en la inmensidad grandiosa de la Pampa, al que me lanzo como el águila audáz, que deja el llano por la cumbre, y de nube en nube va á dilatar sus alas, libre de la pasión de los hombres.

---

(1) Pampa, voz india que significa llanura, y que hoy sirve de nombre á la inmensa sábana de pasto que abraza la parte meridional de la provincia de Santa Fé, toda la de Buenos Aires hasta más allá de Río Negro.

¿Hacia dónde voy...? Aquel sol, como ayer, al menos va á su ocaso. ¡Pero yo, ni siquiera sé á que punto de esta Pampa me encamino!

Lo único que puedo decir, es que «busco otro hogar», porque de aquel en que nací, para siempre la mano despiadada de un hombre me arrojó.

Y desde entonces, trabajé lo mismo en las islas de leñador, que de jornalero en la ciudad, ó de peón en el campo. Pero nunca fuí más allá, de donde mean las viejas... Y yo, anhelaba conocer un día este reino del «ombú» soberano.

¡Cuanto afán puse en adquirir prenda por prenda hasta la última que ha menester un criollo bien emprendado. para no ir á dar lástima en otros pagos!

Hace cuatro días, á que ebrio de entusiasmo le grité á San Nicolás: ¡¡adiós!! Y sin embargo, en aquel instante no sé qué de amargura infinita se levantó en mi alma.

¡Ah! Con gusto habría dado la vida, por la ventura suprema de ver á mi madre y á mis hermanos; ¡siquiera á la distancia, para adivinar las ternuras inefables de su sonrisa!

¿Sabéis el infierno perdurable que encierra la sola palabra, «Padrastro...?»

***

Mi Sombra, que es un picazo soberbio de siete cuartas de alto, alargando el pescuezo hasta rozar con el freno la gramilla, hace resonar su aliento con brioso compás.

La naturaleza virgen, por donde quiera palpitante y movible me rodea, hablándome en su

lenguaje sentido y misterioso de no sé qué grandeza que me conmueve, y despierto me hace soñar.

A mi paso las lomas, cubiertas por trebol risueño, se destacan ondeando gradualmente la superficie hasta morir en vastísima llanura, cuyas lagunas anchurosas entre los reflejos de la tarde, semejan espejos colosos en marcos de esmeralda.

Por indecisos senderos, desciende el ganado en hileras caprichosas á beber en las cañadas del llano, ó en el arroyo vecino. Las manadas de yeguas soberbias, luciendo los colores simpáticos de su pelo, trepan al tranco la cercana loma. Con paso majestuoso, y volviendo mesuradamente la cabeza alta, el avestruz deja oír silbidos muy quedos, prolongados y agudos como ayes exhalados allá lejos. Y el yajá, (1) sobre el terraplén y próximo al nido, dá su alerta velando el sueño de su compañera; mientras la majada, precedida por una turba de traviesos corderos que corren y brincan aquí y allí en las vizcacheras, se avecina pastando al rodeo de una estancia.

No sé qué secreta simpatía tienen para mí sus blanqueados ranchos, bajo el centenario follaje de ombúes corpulentos. Se destacan tan blancos de esa verde fronda, que inspiran la ilusión de que se adelantan risueños, para ofrecer su hogar al caminante.

El sol, entre el júbilo triunfante de sus rayos, ya toca el ras de occidente.

---

(1) Yajá, ó chajá, ave del tamaño de un gallipavo, plumaje plomizo, corbata negra y patas rojas, cuyo grito le sirve de nombre, voz guaraní que significa: *¡vamos!*

¿Para qué ir más lejos...?

El dueño de casa. así que me vé cercano al palenque, (1) deja su asiento bajo los ombúes y acude á la tranquera, llamando los perros al orden con un silbido. Luego, con acento amigable, contesta á mi saludo:

—¡Así la tenga usted, amigo!...—aquí, se interrumpe hasta que toma un cascote y dá con él en las costillas de un perro, que todavía protesta de mi llegada.—Apéese, que ya su picazo relincha porque le baje los cueros...—y lleva la derecha á la altura de los ojos, y mide el sol.

Le miro en sus ojos negros de mirada serena: en su rostro curtido. pronunciándose con rasgos regulares dentro una barba entre cana; y en la sonrisa franca de sus labios carnosos: todo él respira la sinceridad de esas palabras, que me llenan de gratitud jubilosa el corazón.

Entonces, le tiendo la mano al par que, con la caudal llaneza de la Pampa, me expreso:

—¡Gracias, señor!—y de un brinco dejo el basto para agregar:—¡Y perdone, que venga de tan lejos á rascarme en su palenque...!—él á su vez, mientras empiezo á desensillar, se fija con curiosidad en mí; y lo que «hay» entre mis palabras y la blancura sonrosada de mi rostro, no escapa á su perspicacia, según lo deja entrever cuando responde:

—«¡Señor...!» el rancho de Pedro Alaníz, en cualquier momento es del criollo, cuyo apelativo todavía ignoro...

---

(1) Estacada sólida de paloapique, que sirve para atar los caballos.

—Carlos Surígaez, para servirlo donde quiera —le interrumpo reservándome «el resto».—¡Y digo donde quiera... don Pedro, por que tengo la Pampa por rancho y sus hijos, por amigos!.

—¡Ah... macho! ¿Y de qué pago será criollo?...—prorrumpe don Pedro, y de pronto frunciendo el ceño medita, hasta agregar:—¿Sabe, don Carlos, que para la de Jordan vi asesinar á un coronel del mismo nombre y apelativo?... —á ese triste recuerdo, que tantas veces rememorara mi madre con lágrimas en los ojos, oculto mi pena volviéndome para quitarle el freno al caballo, mientras él prosigue como hablando consigo:—¡Si mal no recuerdo, lo mató un tal Querencia!... ¡ó Querencio!... ¡que era «doctor!»

—¡Yo también, he oído hablar de «eso!»—me limito á decir.

—¿Y? pase, con eso toma un cimarrón... (1) mientras los muchachos, le bañan el flete (2) y se lo acollarán á la madrina (3) para que no se vaya—y con mezcla de secreto orgullo, alargando la derecha hacia el campo, termina:—¡Y si se vá! ¡por ahí no faltarán de mi pelo y marca, para que usted no ande á pie!

—¡Gracias, don Pedro! ¡Pero mi Sombra, como su triste dueño, «no tiene querencia!...»—veo que mis palabras le asombran, como si le pareciera maravilloso el que siendo cuasi un niño, ya me aporree la desgracia; entonces,

(1) Mate, amargo ó dulce.
(2) Flete ó pingo, se llama al caballo de estampa hermosa y guapo; y parejero, al de carrera, ó muy lijero, etc.
(3) Yegua mansa, que sirve de guía á los caballos de una tropilla.

para deslizar un rayo de luz en el limbo de las amarguras mías, agrego en son festivo:—Mi flete, pastea donde encuentra mejor campo y á mi primer silbido acude ¡por qué para él tanto valen mis caricias, como las décimas que canto «cuando caigo en gracia!...»

—¡Ah, madre la que parió ese hijo!...—exclama don Pedro, arrastrándome por un brazo hacia las casas, en cuyo patio limpísimo de bien regado y barrido, están su señora y dos hijas; y entonces agrega:—¡Aquí está un gaucho, (1) de esos que se buscan pero que ya no se encuentran!...

Me inclino hasta donde lo permite la ancha ristra (2) de mi tirador, (3) á esas palabras tan honrosas. Luego les estrecho la mano, y, al retirar la mía de aquella de la última joven, ésta, como una bienvenida me alarga el primer mate, que en su aroma delicioso de yerba nueva, dice que para mí fué cebado.

Entonces, para no *desvirtuar* el concepto de «buen gaucho,» y rendir un tributo á tan cariñosa acogida, trato de formar una frase (4) cuan-

(1) Gaucho, en su verdadera acepción: es el hombre enteramente diestro en cualquier terreno: puede ó no ser instruído, haber ó no nacido en la Pampa, pero nunca dejar de ser intrépido, al par que noble en sus actos. Los generales Güemes, Frías, Lamadrid, Peñalosa, Cabral y Baigorria, héroes de San Lorenzo, merecerían la gloria de ese renombre, que á pesar de los *errores*, «vindicará á Cuello y á Moreira.»

(2) Serie de botones, bolivianos ó esterlinas, sujetos con cadenillas a un escudo, con lo que se prende el tirador.

(3) Cinto de cuero ó género, de cinco dedos de ancho en los extremos, y de ocho en el centro. Suele cubrírsele de piezas de plata ú oro, ó simplemente bordado con ricos primores: se abotona por delante.

(4) El paisano, y sobre todo el que sufre, encierra sus pensamientos en frases sentenciosas y profundas cuando conversa, así como en son festivo, vierte su ironía en epígramas espontáneos: sus metáforas palpitan, por la naturalidad en las imágenes.

do veo, casi donde acaba lo límpio del patio, una taba clavada como adrede con la suerte para arriba. Ella me inspira:

—¡Aquel gueso, me dice á gritos, que la «suerte» fué quien me empujó á este pago!...— un mismo sentimiento de franca simpatía, á la vez que de admiración, veo en los ojos de todos cuando á una responden:

—¡Así Dios lo quiera!...

Nos sentamos, frente á los cuatro ranchos enfilados á la par y bajo el ámplio ramaje de los ombúes, cuyas raíces robustas alárganse entrelazadas como tentáculos de gigante pulpo. Mi Sombra se revuelca en el rodeo, como guapo que es, primero del lado de montar y luego del de lazo. Y por la puerta de la cocina, veo á través del humo el asador clavado con un costillar de vaca, el que se dora poco á poco á la llama, como al fuego de la vida se doran las ilusiones en la mente juvenil...



La llanura esmeralda, matiza el ganado con sus mil colores pintorescos, en puntas que van ó vienen; mientras la estrofa soberana del misterio, empieza á vibrar en el vasto panorama, poblando de ritmos insólitos el silencio y la sombra de vagorosos encantos.

De distintos puntos del campo, llegan tres mocetones de aspecto simpático, esbeltos y fornidos, los que con la misma cordialidad de sus padres y hermanas, me tienden la mano.

Marta, la cebadora de mate, trae una mesa

pequeña, adaptada á las cabezas de potro y de vaca en que estamos sentados. En ella coloca una fuente llena de maíz frito, que parece un nevado de confitería por su apetitosa blancura; algunos jarros rebosando de bien gordo apoyo; y un limpísimo lienzo, para el doble uso de servilleta y mantel. Luego, su hermana Eufemia, clava el asador en el centro de la rueda que formamos, y, don Pedro me obliga á pegar el primer tajo, con la nativa generosidad que engrandece á los hijos de la Pampa.

Da gusto ver la delicadeza con que doña Nicandra y sus hijas toman las tajadas de jugoso asado, y cómo, sin el auxilio de un tenedor, van cortando de á bocados, á los que añaden blancas rosas de maíz, á guisa de pan. Y de tiempo en tiempo, como hacen los que beben vino, apuran con delicia fresca leche.

Entre bocado y bocado, ya Tani ó ya Ventura, cuando no Ruperto, refieren las novedades del campo. «La manada de las zainas,» no andaba por Los Médanos, acaso por que habrá cambiado de querencia. Que el *toruno* de El Jagüel, tendrán que matarlo ó hacerlo buey, pues le anda cortando la punta al «barcino». Que ha parido la vaquillona de Marta una ternerita baya, por lo que le cobra las *albricias* á la dueña, quien, gustosa queda en darle aquel pañuelo de seda con flores que comprase en el «nueve...» (9 de Julio) al que el muy pícaro de Tani hace tiempo se lo viene codiciando. ¡Pero que no se «cebe» por eso, y á cada vaca suya que pára le venga con esas!»

Hay tanta sencillez y cariño en este cuadro

de familia, cuyos jefes sonríen dichosos al ver sus retoños tan entrañablemente unidos, que lo contemplo sofocado de emoción, humedecidos los ojos por lágrimas tristes. ¿Qué harán mi madre y mis hermanos...? Ah! ¡Que feliz sería, si me fuese dado vivir entre esta gente de corazón perfecto. Y si tal dicha me cupiera, con el alma en los labios le diese el dulce nombre de padres y de hermanos!

El cielo, entretanto, refulgente con un color de plata vieja bruñida, vá tornándose más azul después de pasar lánguidamente por un celeste pálido; interin el horizonte, degenera en vívidas cambiantes de la púrpura al rosado, el que á su vez se disuelve en una cerúlea transparencia de madreperla, pasando luego al gris, al azul, hasta que poniente y levante se funden en un solo turquí profundo, tachonado de titilantes estrellas.

En el llano próximo, las vizcachas se visitan, ó algo distante de sus cuevas forman un cenáculo, para escuchar quien sabe qué referencias de un vizcachón trasabuelo. La mulita, el peludo, el mataco y zorrino, se alejan confiados del agujero de su morada y van á desenterrar pepas de macachín; (1) y el ciervo y la gama, dejan el fachinal por lo límpio, á donde viene á entreverarse con los vacunos y yeguarizos, acosados por la sabandija, hasta que el alerta del yajá los pone en confusa dispersión, obligando al zorro jugar el todo por

(1) Planta pequeña, de flor amarilla, cuyas raíces tienen hasta tres tubérculos blancos, muy apetitosos.

el todo, metiéndose en la primera casa ajena que encuentra.

Termina la cena. Y antes de que se retire la mesa, doña Nicandra y don Pedro se santiguan, lo que también hacen sus hijos con unción religiosa, y hasta yo, (¡desdichado, que he perdido hasta la fé en la oración!) hago lo propio á pesar mío, subyugado por la solemnidad augusta de esos creyentes, en el instante en que alaban á un Dios que siempre permaneció á mi desgracia eterna, impasible... Rezamos tres padrenuestro y tres avemaría, para las benditas ánimas; y después de implorar al Señor para que las acoja en su seno, recitamos el bendito. Y, así que transcurren algunos segundos de recogimiento, acaso para formular cada uno secreta súplica, los jóvenes se ponen de pie, llevan á la altura del pecho las manos unidas, y á una voz, en son de ruego dicen:

—La bendición, tatita...? La bendicion, mamita...?—y entonces los ancianos, alargándoles su derecha responden con paternal cariño:

—¡Dios, los haga buenos hijos...!

El doloroso vacío de la orfandad se abre paso dentro de mi corazón, á esa ternura filial. Un sollozo de angustia infinita viene á retorcerse, como una sierpe en mi garganta; y, al par que lágrimas de fuego abrasan mis pupilas, apenas puedo sofocar este grito del alma:

—¡Por piedad, bendecidme como á vuestros hijos! ¡Vertid una gota de vuestro cariño, en

la orfandad inmensa que llevo dentro el corazón desde que nací, en malhora...!

* * *

Reaparece el mate, á guisa de café. Y entonces, como amante cariñosa que acude al lamento triste del infortunado compañero, viene á mi la guitarra que me pasa don Pedro.

La guitarra, es la fuente á donde rodando una á una caen las lágrimas secretas que vierte el alma, confundiendo su aye doliente con la queja de las cuerdas sollozantes; es la esposa buena que sonríe al hombre en sus tristezas, quien á su voz amante, á su ruego melancólico, se conmueve, y ebrio de júbilo acaba por confiarle hasta la más recóndita pena!

¡Acaso, sea lo único que «todavía» me resta en el mundo!

Para esto de pulsar la vihuela, si me atengo á las mentas que dejé en otros pagos, y á lo que solía decir cierta china (1) (¡más engreída de su hermosura satánica, que de su virtud...!) no «soy muy manco», que digamos. ¡Y me gusta, más que los amores de una viuda rica! Por eso, «sobre el pucho» (2) empiezo á dejarles oír Cielos, (3) que modulan las dulzuras de mi alma, y Tristes (4) que encierran

(1) China, la india, pero el paisano emplea esta voz en sentido cariñoso, para llamar á «á su prenda». También se la usa en son despreciativo.

(2) Uno después de otro: muy seguido.

(3) Motivo sentimental que usan para cantar con guitarra y que se baila casi semejante á la Sevillana.

(4) Estilo, con alguna semejanza á la petenera. Pero más rico y conmovedor en sus armonías prolongadas y tristes. Hay centenares y todos distintos: unos para décima, y otros para cuartetas.

en cada vibración gemebunda, parte de las infinitas tristezas mías. Y en décimas que inspira el dolor, exhalo á los vientos la desventura inmensa de mi orfandad.

Que don Pedro y su familia gustan de la música y el canto, como se gusta de la vida y las flores cuando al alma sonrien la dicha y las esperanzas, lo veo en la atención profunda con que me escuchan. Ávidos de contemplar las imágenes melancólicas que vierte mi labio, miran mi rostro. Pero á los bordes de un abismo se asoma, para ver tan solo tinieblas insondables!

Sin embargo, si ellos no penetran este secreto íntimo de mi existencia, por lo menos comprenden que sufro mucho, y eso les basta para hablarme y sonreirme como á un viejo amigo. Y yo también sonrío en esta tregua de mis desdichas, por que he conseguido lo que rara vez el hombre alcanza: agradar sin pretenderlo...

*
* *

La noche, se desliza al paso inmutable del tiempo. El cielo diáfano, con su corona de estrellas, semeja vastísima llanura salpicada con amarillas flores de macachín. La Pampa en su quietud vagorosa, sin que la limiten ni aquí ni allá las poblaciones, parece más inmensa, más infinita. Y en la ámplia copa de los ombúes, que en medio de la soledad augusta se empinan olímpicos, también parece dormir con todos sus siglos la eternidad...

Los gemidos trémulos de las cuerdas, y los

acentos melancólicos de mi canto, van á poblar de suspiros el silencio religioso de la noche: van á llenar la inmensidad con algo de mi propio sér. Y entonces, al sentirme vivir en esa calma de mis ensueños, en un transporte de entusiasmo, de alegría insólita: deslumbrado por no sé que de inspiración sublime, quisiera convertirme en rayo de luz; ¡para darles también parte de mi esencia á las tinieblas!



El yajá, desde el cañadón alza el alarido penetrante de su grito, que llega hasta nosotros lo mismo que una campana vibrando en la mitad de la noche. (1)

Entonces, don Pedro se pone de pie, y, con toda la sencillez candorosa de su alma americana, balbucea como si temiese ofenderme:

—Si no lo toma á mal, don Carlos, en mi pobre rancho sobra un rincón para usted... Y luego, en sus tareas de campo, mis hijos precisan otro compañero.

Sacudido por algo generoso que me embarga, tomo su mano entre las mías, se la apreto fuerte, largo, prorrumpiendo con acento entrecortado:

—¡Gracias...! ¡Gracias...!

Los jóvenes prefieren, como yo, dormir afuera bajo el docel anchuroso de los ombúes.

Pensaría cualquiera que oyese nuestra conversación, que la infancia en sus juegos ino-

(1) El yajá, tiene un grito peculiar que deja oir á las ocho y doce horas del día y la noche.

centes habíanos unido con fraternos lazos. ¿Es que todas las almas del universo ya se conocen...?

Tendido de espalda sobre la mullida cama de mi recado (1), observo la colocación misteriosa de los astros, mientras ellos hacen proyectos que á mí se refieren para el día de mañana, en el que seré poseedor de una tropilla de zainos, cuya madrina será overanegra, como un poroto.

Aunque me es grato oírles, multitud de pensamientos me abstraen hasta el punto de que ellos me creen dormido, y callan. Luego, dulcemente van aunándosele los párpados, para dormirse tranquilos, soñando acaso con la quimera hermosa de mis Tristes, seducidos por la dulzura doliente de mis improvisaciones, arcano impenetrable de la existencia mía. ¡Pobres «niños grandes», cuya mente todavía no alcanza á descifrar el enigma de mis diez y seis años de infortunio!

Pero hoy, al menos alborea en mi espíritu la aurora riente de una esperanza. A cien ó más leguas de aquel suelo de mis desdichas, respiro un ambiente más puro, y hasta puedo decir:

—¡Ya tengo el hogar, con otros padres y otros hermanos que inútilmente buscaba allá entre el egoismo de la civilización!

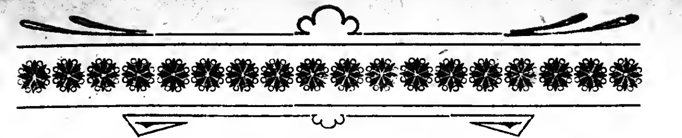
Y entanto, allá sobre el confín lejano la luna lentamente se levanta, roja, espléndida, hermo-

---

(1) Recado ó apero, aparejo compuesto de basto, cincha de cuero de vaca, pieles de oveja, y estribos por lo general de plata, y á lo que se cubre con vistoso cojinillo de largos y tupidos hilos de lana y seda.

sa como una creencia nueva; la noche sigue rondando dulce y serena, como si se deslizara al blando soplo del sueño que poco á poco entorna mis párpados, mientras de tarde en tarde llega á mi insomne oído el *tilín tilín* del cencerro de alguna madrina, ó el *cúz cúz* de la lechuza, que lo mismo que acentos errando peregrinos en la claridad del silencio, vibran por intervalos allá en la Pampa...

No hay deuda, que no se pague...!



¡No hay deuda, que no se pague...!

Hasta la aurora de este día, parece incorporarse más temprano en los blancos pañales del alba, como si quisiera también asistir á la yerra (1) de Zamora, iluminando en su rodeo la diversidad de los mil pelos de su marca.

Por donde quiera blanquea el campo, bajo la albura deslumbrante de la helada.

Todo se dilata, como si la inmensidad se hubiese hecho más infinita. El ganado en el rodeo, dejando oír la algarabía simpática de su balido; los ranchos en la lejanía, con sus ombúes solitarios; las estancias, con sus blancos edificios, como arrebujados en el ámplio poncho del monte; los jinetes, que de distintas partes vienen hacia aquí, y todo en medio de la Pampa anchurosa, parece infinitamente más pe-

---

(1) La faena de herrar el ganado, acontecimiento anual que resulta una fiesta, á la vez que un torneo en que revela su destreza el paisano.

queño, que solo son puntos muy lejanos, destacándose apenas aquí y allá, lo mismo que oasis en un campo de sales.

Más distante, allá sobre el fiat-luz hermoso de la aurora, empinándose á la manera de una garza blanca que domina todo, se destaca á veinte leguas el campanario de la iglesia de un pueblo.

Y aquí, en el rodeo y en las casas, se apercíben todos para la yerra.

Junto al corral en que relinchan los mejores fletes del pago, chisporrotean los fogones calentando las marcas. Y los paisanos perseguidos por las jóvenes cebadoras de mate, que lo mismo les alargan un cimarrón, que «el frasco» *para que maten el bicho...*; ensillan, apretando bien adelante la cincha, los enlazadores; recojen hasta la rodilla el chiripá, (1) y aseguran con la liga las botas de potro; (2) arrojan el poncho resueltos y se arremangan; vuelven el culero (3) hacia el lado con que sustentan la estirada; ó de un solo brinco se sientan en el basto, y hacen rayar el bruto para conocer su rienda; finalmente, arman el lazo, lo rebolean y lo tiran lejos, para arrollarlo después quitándole los dobleces.

En las casas, las viejas cuyos conocimientos

---

(1) Manta, que pasan por entre las piernas y la sujetan en sus extremos á la cintura: es del tamaño de un poncho, y de paño-merino ó de algodón de colores.

(2) Se hacen del cuero sin abrir que saca de las patas traseras del animal: la parte del garrón sirve para los talones. Una vez sacado el pelo, se le sobaja hasta que queda suavísimo como cabritilla. Se prefiere el color blanco.

(3) Tirador, del que pende un cuero hasta más abajo de las nalgas, y que sirve para dejar jugar el lazo cuando enlaza de á pié.

«en el arte de las grandes comilonas pampeanas» las coloca muy alto, van y vienen todas diligentes, *chairando* á la pasada el cuchillo en la boca de la olla, unas; haciendo «cacarear» las gallinas, otras; y algunas amasando sin perder de vista al horno, que atrás de la cocina flamea entre bocanadas de humo; mientras cuatro criollos, no menos mentados que ellas, estan carneando en los primeros pastos de la playa, las reses para «la con pelo» (carne asada con cuero). Y más allá, algo á la izquierda de la estancia y á un tiro de flecha, el ganado en el rodeo; y los muchachos, «haciéndoseles el campo orégano» en el prodigio lujoso de las pechadas.

Todo está listo, para el torneo fabuloso del pial. (1) Pero el taita (2) del pago, Timoteo Lopez «el hijo del alcalde», todavía sigue con el lazo á los tientos, haciendo escarcear el pingo allá donde está don Jacinto Zamora, y derritiéndose como caramelo al sol, á la presencia de María del Carmen.

Los criollos entretanto se muerden de impaciencia, y las pollas más cercanas á mí, comentan los amores de Lopez con la hija de Zamora. Empero todos, «sin alzar mucho el gallo», (¡no sea el diablo, *que cacaree*...!) soportan la tutela esclavizadora del prestigioso gaucho. ¡En todas partes, se cuecen habas!

Pero yo, que por experiencia «soy poco go-

---

(1) Pial ó volcado, tiro de lazo cuya armada aprisiona solamente las patas delanteras del animal: se tira derecho ó de revéz volcando la lazada, de á pie; y de acaballo, por sobre la paleta, etc.

(2) Taita, padre, el hombre más valiente del pago, á quien se le considera al par que se le teme.

loso», me limito á ver, oir y callar, sin que por eso dejen de hacerme morder el pucho de la duda, las últimas palabras de una solterona muy amiga de María del Carmen, cuando, casi en las narices de Lopez y Zamora que vienen hacia nosotros, dice replicando á otra con ironía.

—¡No todo lo que brilla, es oro...!

Á qué se referirá...? Al valor del taita..? ó, á sus amores con María del Carmen...?

*
* *

Cabalgando su Indio. negro como la noche, pero enteramente chapeado de plata, se adelanta Zamora, hermoso en su apostura legendaria, venerable en su rostro moreno, destacándose viril del copo deslumbrante de sus canas, que se esparcen por su pecho y sus hombros al soplo suave de la brisa. Á pesar de su dulce mansedumbre, impone su aspecto soberano.

Le contemplo, como se contempla un pasado de grandeza á través de las edades, por que en más de una ocasión he oído mentar las hazañas de su vida de gaucho.

—Y ..? que aguardan esos criollos, para sacarle el sebo á su lazo...?—pregunta Zamora, echándose atrás el mitrista de anchas alas, y, al tranco marcial de su Indio, entra al rodeo armando su lazo.

El ganado se abre á su paso formándole calle, para mirarle después alargando el hocico, como si dijera «ese es nuestro amo». Hasta que, cerrándole las espuelas al flete, corta un novillo de dos años para tres, alza la mano so-

bre la cabeza reboleando el lazo, que de pronto zumba al volcarlo con fuerza en el tiro de sobrecodo que lo arroja, para que la armada vaya á aprisionar redonda como un rosario, solamente las astas del animal. Y, mientras el toro rueda al pial comedido de los de á pie, el viejo gaucho se descubre y contempla el sol, que en ese momento por el confín lentamente asoma.

Parece que bendice á su Dios, por que le ha permitido vivir un año más, para embriagarse con el júbilo triunfal de ese tiro de lazo.

Ño Tito el pulpero, que es de infaltable en las yerras de Zamora, como la desgracia en rancho pobre, vá á pecharle con el frasco, diciendo:

—¡Ese tiro, merece un trago...!—y haciendo suyo el triunfo de su viejo camarada, agrega, volviéndose á los demás:—Y cómo habría sido bagual? ¡si « todavía » se amaca zotreta!

El paisanaje aplaude á los dos viejos, que van á apearse allá junto al corral, entre las muchachas, para seguir los azares de la yerra entre mate y mate.

Aunque es este el momento en que se declara abierto el rodeo para todos; todos aguardan á que el hijo del alcalde haga «su primer tiro». Y él, ante esa consideración respetuosa, como si se embriagase con no sé qué perfumes de vanidad, les envuelve con su mirada de taita absoluto, como si les dijese: «¡guay, del que se atreva...!, y, entonces, se digna cortar un toro haciendo alarde de su destreza, para ir á pialarlo después allá, cuasi sobre los fogones y en medio de las mujeres.

—¡Ah... macho!—prorrumpe ño Tito, el único criollo que he visto meterse á pulpero—ni que decir, siempre es el *mesmo...!*—y mientras los demás se desbordan en una como cascada sonora de entusiasmo, y las pollas se vuelven entre sí para secretear la causa de sus sonrisa picaresca, el viejo le sale al encuentro con el frasco. ¡Al hombre, le conviene estar de acuerdo con la autoridad!

Podría decir. que ahora el paisanaje respira, como si acabara de librarse de un peso enorme, y entran de lleno en la justa gloriosa del pial.

Cincuenta ó más lazos, forjan el milagro prodigioso del pial. Aquí, rueda una vaquillona al volcado certero; y allí capan, descornan y marcan un novillo; de allá viene un toro enlazado, alta la cabeza, bufando con aliento de titán, y volviendo á todas partes la mirada torva, como si buscara un sitio para caer; y algo más lejos, á un jinete «se le acaba el mundo» en la rodada de su pingo: pero él sale corriendo con el cabestro en las manos, tranquilo, sonriente, haciendo resonar las espuelas á su paso, lo mismo que si acabara de apearse en el palenque de su china. Y en medio de esta vida y movimiento, en que los fogoneros corren con la marca, y los castradores con el cuchillo, en que las cebadoras de mate van y vienen repartiendo «amargos de mi flor», y los más viejos vierten sus frases alargando el «taco» de ginebra, se alza el balido penetrante del ganado, claro y distinto como una diana triunfal.

Zamora, sonriente como un patriarca entre su

pueblo, coronado por la aureola deslumbrante de sus canas, contempla á esa juventud haciendo prodigios en su destreza, como si se sintiera vivir en aquel panorama hermoso de sus años juveniles; mientras el sol, va ascendiendo por un cielo azul, llenando de lampos vívidos la Pampa, que parece incorporarse con su ganado, sus montes y ombúes, al beso cariñoso de la luz ardiente.

*
* *

La yerra está en todo su apogeo, todos nos encontramos absorvidos por su azar peligroso, cuando de repente, sin que sepamos de que parte de la Pampa ha surgido, vemos un jinete parado en los primeros pastos de la playa, en el propio instante en que lleva la mano al sombrero, arrojándonos esta flor de sus labios:

—¡Nunca he visto pialar con tanto lujo, como en este rodeo!...—y Zamora, replica al grito:

—¡Ni jardín de alelíes, que fuera usted, «las tendría mejores!...»—y Lopez apurando su ingenio de taita, agrega:

—¡Dése contra el suelo, y verá que golpe se dá!...—á su inopinada salida, Zamora se pone de pie y le mira con severidad; luego saliendo al encuentro del forastero, dice:

—¡Adelante amigo!—al tranco de un tordillo negro, ricamente aperado, se adelanta á Zamora el forastero levantando un murmullo de admiración á su paso. Todos le miran como deslumbrados, por su gallardía y belleza extraordinaria.

Yo también lo veo adelantarse desenvuelto,

sin jactancia en su sencillez modesta: vistiendo rico traje negro de paisano, cuya blusa y chiripá aprisiona en la cintura con tirador cubierto de patacones que armonizan con la daga que por atrás cruza su talle esbelto, flexible y delgado como el de una mujer encorselada; mientras el calzoncillo cribado, con fleco y blanquísimo, nace de entre los pliegues de paño merino más abajo de la rodilla, para caer graciosamente sobre la bota de charol, que en su garganta luce las cadenas de unas espuelas primorosas; con la frente alta y libre al tener el chambergo algo atrás, y su rostro de un trigueño firme, perfilándose hermoso dentro el estuche espléndido de su barba y melena renegridas, y, dominando á todos con la mirada melancólica de sus ojos negros, llega hasta Zamora para estrecharle después la mano, sin prestar ni siquiera atención á las palabras descomedidas del taita del pago.

Zamora, aprisionando la mano del forastero todavía, le mira en el rostro con ansiedad, como á través de un recuerdo, hasta que de pronto, desistiendo de quien sabe que idea, dice:

—¡Cuasi le pego el grito, amigaso, de que lo conocía! ¡Pero me he librado de mentir tan feo, al colejir que es usted muy joven!...

—¿Sí?... ¡Hay tantos burros de un mismo pelo! — responde el forastero, y se interrumpe como sobrecogido, al encontrar la mirada de María del Carmen, que desde que llegó le contempla como sugestionada. Pero, cual si obedeciese á una idea triste de su mente, aparta los ojos para fijarlos en el padre, que replica:

—Pero es que usted, se parece al gaucho que conocí hace veinte años... ¡como una mosca se parece á otra mosca!—el forastero agita la cabeza con acerbo pesar, y luego, retruca:

—¡Es que una desgracia, se parece á otra desgracia tanto como un gaucho á otro gaucho, si ambos ván obscureciendo la Pampa con la noche de su infortunio!...—Zamora le mira en los ojos conmovido, y prorrumpe:

—¡Ni flecha que fuera usted, amigo, sabría herir tan hondo!...—y volviéndose á María del Carmen:—Hija, cebe un mate.

Indublemente, Lopez es el mejor jinete y el pialador mas diestro que pisa en el rodeo. Pero hace tanto alarde, que diría amengua su tanta habilidad. Y sobretodo, cuando el forastero acierta á mirarle. Luego, desde mi asiento entre éste y Zamora, le veo que anda medio taimado. ¿Será por qué María del Carmen no le alarga ni siquiera un amargo, de los que ceba para nosotros?

Entre trago y trago de mate, cual si quisiera justificar su error, Zamora refiere como conoció aquel gaucho tan parecido al forastero. «Allá por las costas del Tandilefú, una noche se vió en el trance duro de cruzar su daga con la de los hermanos Barriento, como quien dice con diez, por que después de los primeros tiros, se encontró rodeado por toda su pandilla. Inevitablemente iba á morir. Y ya pensaba en su Dios cuando de repente, lo mismo que brotado de la tierra, apareció un criollo junto á él, diciendo:

—¡Cobardes, así no se mata á un valiente!...—

y, (¡á él le parece hasta ahora un milagro!) en el primer dentro acostó á uno, y largó á otro, como si fuese buscando el pucho.—Después, la cosa no pasó de dos ó tres chirlos más. ¿Y quieren creerlo?... ¡Todo ese Perú que lleva el Indio, me lo entregó como *nada* con su pingo, para que pusiera Buenos Aires por medio! Yo no tenía más que mi daga, y al partir á media rienda, se la arrojé!...

El forastero le escucha con vivo interés. Pero á este punto de sus recuerdos, le interrumpe:

—¿Y cómo se llamaba ese gaucho...?—Zamora sacude la cabeza con sentimiento profundo, y trás una pausa responde:

—¡Si alguna cosa lamento, amigo, es el no habérselo preguntado en ese instante de apuro, para bendecir su nombre toda la vida!

—¡Qué lástima!—murmura el forastero, dejando vagar la mirada por el rodeo, donde el paisanaje imita los milagros que hace el taita en los sortilegios del pial.

*
* *

Solo después de almorzar, es cuando el forastero entra al rodeo. Pero así, «de punta en blanco», sin dejar más prenda que su vicuña de flecos muy largos.

Es otra punta de las veinte mil vacas que rodea Zamora, la que llena el rodeo. Y los animales se apartan fogosos á su paso, como si también lo desconocieran, y quisiesen esquivar su tiro para dejarlo en ridículo á los ojos del

taita, el que le sigue armando su lazo, compadeciéndole «como á negro chiquito», mientras aguarda á que suelte el rollo para taparle con el suyo.

El paisanaje queda pendiente de los dos con profundo interés, presintiendo un desafío si el forastero resulta maestro en el arte prodigioso del lazo. Porque todos saben que el hijo del alcalde, nunca se dejó sobrepujar por nadie. Tanto en las carreras de ño Tito, como en las yerras de diez leguas á la redonda, su parejero y su lazo fueron reconocidos como los primeros del pago. Y al que lo puso en duda, ó pretendió disputarle tal gloria ¡ahí no más le trazó en la cara, la fecha en que se le antojase tan tremenda locura! ¿Para qué lleva entonces el nombre de la primera autoridad...?

Sin embargo, el forastero hace su tiro enlazando como todos, «del pescuezo», desfraudando la expectativa general. ¡Qué lástima, con un lazo tan lindo, y tan largo, como no han visto otro los más viejos criollos, que lo miran con tamaños ojos!

No falta quien diga, pero muy bajo, que el mozo le dá *changüí*, (1) para ganársela después sin rebenque.

El forastero, no obstante eso, sigue enlazando al parecer enteramente ageno á la presencia de Lopez, quien, al ver que María del Carmen le persigue como á pleito con los mates, blanquea el ojo mirándola de soslayo.

*
* *

(1) Dejarse aventajar, para ganar cuando menos se piensa, etc.

Ya la tarde levanta su divisa roja sobre occidente, cuando el forastero «al fin muestra las uñas...»

No hay en esa punta de vacas nada más que dos toros para herrar. Y como si se hubiesen puesto de acuerdo, los demás paisanos se retiran á un lado de la playa, dejándoselos á ellos. Entonces Lopez, cediéndole la elección, dice recalcando las palabras:

—¡Qué no se diga en este pago, amigo, que estuvo tan pintado gaucho sin dejar uno de sus tiros, en él...!—el forastero le mira largo en el rostro, como si quisiera convencerse de la sinceridad de sus deseos, y luego contesta:

—Ya que gaucho tan mentado, quiere que pague el piso proclamando su gloria, lo haré! —y á un firme tirón de su derecha, la argolla del lazo que está en el suelo á unas cinco ó seis varas de él, se levanta, y como por un hilo viene á caer en la palma de esa misma mano, provocando un grito de admiración general, y haciendo que Zamora, de un brinco se ponga de pie para aplaudirle.

Pero él, como si tal cosa, se aleja al tranco de su tordillo armando el lazo, con la armada más grande que allí se haya visto, y, mientras busca con la vista uno de los dos orejanos, va pasando rollo trás rollo hasta que tiene todos en la derecha.

Los paisanos, semiestupefactos se preguntan con la mirada, ¿qué tiro podrá hacer con todos los royos de ese lazo tan larguísimo...? Poco tiempo dura la incertidumbre.

Ya se viene el novillo, mirándose los flancos

y cortándose solo al zumbido de ese lazo, que con todos los royos soltados en un sobrecodo desciende sereno como un collar de perlas arrojado al espacio, cerrándose poco á poco la armada sobre sus dos cuernos, hasta que cuasi justa los aprisiona, dejando oír en el silencio con que se contempla ese milagro, las argentinas vibraciones de la argolla de plata...

Todos, aplauden entusiasmados, á excepción de Lopez que pretexta buscar el otro orejano, y de Zamora, que cabalgando su Indio, corre hacia el forastero, llega, le alarga el frasco, y dice al par que se descubre:

—¡Hay que sacarse el sombrero, allí de la Pampa «donde usted quiera pintar» con su lazo!—parece que el forastero no da mayor importancia á la *cosa*, porque se limita á hacer dos «gorgoritos» en el frasco, para luego responder:

—¡Gracias! Pero...—y aquí se interrumpe, al ver que Lopez ya rebolea el lazo cortando el animal. Es un toro yaguané, (1) demasiado grande para sus tres años. Todos esperan con ansiedad profunda, cifrando en ese tiro el honor del pago. Y deben estremecerse los corazones de júbilo, cuando el forastero, abarcando la armada que bien redonda ya desciende sobre las astas, grita:—¡¡Bravo!!—pero, al punto sacude la cabeza con sincero pesar, porque vé que el lazo á un movimiento inesperado del vacuno salva el hocico, y va á cerrarse en su pescuezo. Entonces dice:—¡No importa, señores,

---

(1) Overo negro, con grandes manchas.

es como si lo hubiese echado...!—y galopa hasta Lopez, para agregar:—¡Beba, amigo, con la plena certidumbre de que ha cumplido su antojo!

El taita, toma el frasco que le alarga, le mira de soslayo sonriendo de un modo indecible y replica:

—¡No, *canejo*, que falta mucho para que Timoteo Lopez «cumpla su antojo...!»—y se empina el frasco con avidez, para largarle uno trás otro hasta diez gorgoritos.

El forastero, sonríe con no sé qué de amargura infinita en la cara; clava los ojos en el incendio sangriento de la tarde, como si algo preguntase; y luego dice reposado:

—¡No será Diego de los Llanos, amigo, el que se oponga...!

—«Veremos!» —interrumpe Lopez, y cortando hacia la estancia de su padre, agrega:—Hasta luego, amigo Zamora...!

—Bueno: no deje de venir al baile, con las muchachas—responde Zamora, desde otro grupo de paisanos, por cierto, enteramente ageno á las últimas palabras.

* * *

El crepúsculo, todavía se destaca en el fondo de la noche con un si es no es violáceo, cuando cae Lopez al baile. Pero sin sus hermanas

Al verle los paisanos, que aún están de sobremesa bajo los árboles del patio, se secretean, mirando furtivamente á Diego de los Llanos y á Zamora. ¿Que se dicen...?

No sé. Empero, un vago presentimiento me llena de tristeza insólita el corazón. Hasta las primeras armonías trémulas de la guitarra, me parecen que sollozan muy triste allá en la sala de baile.

* * *

No menos de treinta damas, cuasi gemelas á la simple vista por la uniformidad de sus trajes blancos con cintas celestes, ocupan la mitad de los asientos que recuadran la vasta pieza, mientras en los restantes, conversan y fuman los paisanos, vistiendo también casi uniformes de blusa y chiripá negro.

Las viejas cebadoras de mate, entrando y saliendo, se cruzan, cuchichean y se alejan, para ir á conquistarse la sonrisa de aquel «que liga su cimarrón» Y los guitarreros igualan, con la acordeón, que floreada por el negro Merele, se diría una bolsa llena de gatos según la hace refunfuñar.

María del Carmen, resulta la reina de la belleza en este conjunto de mujeres hermosas.

Pero la encuentro intranquila, ó preocupada cuando se apoya en la derecha de Diego de los Llanos, para bailar un gato (1) á pedido de algunos viejos.

Lopez, les sigue con mirada celosa hasta que se sueltan para quedar frente á frente en el centro de la sala.

Transcurre una pausa aún, en que las gui-

---

(1) Baile suelto, semejante á la jota por sus cuatro figuras en las dos partes, pero su música mide más bien un tiempo de mazurca, ya punteado, ó rasgueado cuando se canta.

tarras libres de la acordeón se destacan vibrantes de armonías punteando el gato. De pronto enmudecen las cuerdas, y uno de los músicos dice:

—Primera!—y la sala se llena de compases menudos, seguidos y nerviosos, que electrizan de entusiasmo.

Diego de los Llanos y María del Carmen, á esa voz se miran inclinándose gentiles; luego dan una vuelta en aquel sítio, y parten á su derecha describiendo un ámplio círculo, llevando los brazos horizontal él, y recogidos á la altura del seno élla, para producir un castañeteo armonioso que obedece á los compases de la música.

La concurrencia les contempla, con no sé qué de cariño en los ojos. Les admira. Les adora con la mirada.

María del Carmen, de blanco y aprisionado el fino talle por cinta celeste; con su cabellera renegrida, suelta, ostentando en la mitad un moño, y en el nacimiento algunas violetas cayendo graciosamente hacia la izquierda, y, sonriente, con la mirada fija en los pies de su pareja, se desliza gentil por el enladrillado pavimento, pero tan serena, tan riente, que se diría la visión blanca de un sueño delicioso. Y de los Llanos, esbelto en su actitud airosa, ora la sigue en los giros voluptuoso en que élla se aleja cual ilusión hermosa á su paso; y ora se detiene para ejecutar el sortilegio fabuloso de una mudanza (1), que la obliga á voltear ante

(1) Mudanzas uniformes que se ejecutan con las piernas, pero que amen de obedecer á la música, estan sujetas al escobilleo armonioso que van haciendo los pies, que terminan con un repiqueteo de sus tacones. Hay quien hace más de cien mudanzas, y todas distintas y difíciles.

sí como una mariposa seducida por la luz, pero que, así que sus pies dejan de inventar primores, se aleja otra vez como si desdeñase todo eso que acaba de ofrecerle, como si le dijese: «¡Eso, es muy poco... vale todavía más mi amor!»

Cuando termina el baile, todos baten la diana triunfal de sus aplausos, mientras los jóvenes van hácia su asiento, cambiando sonrisas en medio del volcán inefable de sus miradas

Los esposos Zamora y sus concurrentes, les contemplan elejándose del centro de la sala. En cambio Lopez, parece que no acierta á donde dirigir los ojos para no verles, para no mirarles en el infierno de su pasión. Empero, se me antoja que una fuerza extraña lo sujeta ahí, para que escuche y vea la dicha de ellos, como un tremendo castigo á su soberbia.

Pues los comentarios se desbordan, á esta exclamación de ño Tito:

—¡Bien haya el mozo, que baila lindo!...—á lo que otro viejo, «pelando el pucho» que guardaba trás de la oreja, le pide el fuego y agrega:

—¡Y diga usted, ño Tito, que mudanzas...! Y élla...? ¡Si parece que se resbala por el suelo, media dormida...!—y otro en su admiración va más lejos:

—¡Si ese criollo no es del sur de Buenos Aires...! ¡para mí, es el mismo diablo que cantó con Vega...!—ño Tito se santigua como sobre cogido, é interrumpe:

—¡No diga «eso», ni jugando...!—y aquí, debe pegársele la lengua al paladar en una es-

pecie de espasmo, al ver que Lopez de un brinco deja el asiento, y después de aplastarles con el desprecio de su mirada, replica vibrante de ironía sangrienta:

—¡No se harten con «achuras», habiendo buenos *asados*!...—y vá á detenerse ante María del Carmen, para alargarle la mano y agregar, clavando los ojos en de los Llanos:—¡Présteme «su prenda», amigo, si no quiere que me muera de antojo! — el forastero le mira como si no le comprendiese—¡que aún cuando no *soy*... vamos, «tan arisco en las piernas como usted...!»

Diego de los Llanos exhala un suspiro de lo mas íntimo; y luego replica con amagura:

—En mis pagos, (¡cuando los tenía!) acostumbraban respectar hasta los perros forasteros... ¡Pero, aquí para desgracia mía!...

—¿Vé que los forasteros «no pegan?...»—acaba Lopez, entre una sonrisa provocativa; pero de los Llanos le compadece con una mirada indecible, y responde perfectamente tranquilo:

—¡Hemos acabado, amigo!...

—«¡Ya veremos!...»—interrumpe Lopez, mientras pretende desacir su mano de las de María del Carmen que, uniendo á sus esfuerzos una mirada suplicante, logra arrastrarle al centro de la sala.

No escapa á la penetración de todos este incidente, aunque muy pocos han oído sus palabras. Y de ahí las miradas de inteligencia que empiezan á cambiarse cuando Lopez se coloca frente á la más linda polla del pago, y con acento imperioso dice:

—¡Un gato, guitarrero!

En honor de la verdad, Timoteo Lopez es un paisano hermoso, bien emprendado y diestro en cualquier terreno. Pero hay en su modo de ser, un no sé qué de antipático. Y este defecto, se hace más chocante á los ojos de todos, cuando empieza á bailar sin acertar con su propia desenvoltura, en el vano empeño de sobreponerse á de los Llanos. Los comentarios desfavorables que ahora vierten hasta en voz alta, deben pesar como un orbe en su ánimo.

Al terminar el gato, debe cruzar la visión hermosa del triunfo por la mente de Lopez, por que de repente ejecuta un habilísimo taconeo que atrae la atención general, y ya vá á rendirse doblando graciosamente una rodilla ante su dama, (¡ah, eso es muy gentil!) Pero una espuela se le enreda en el chiripá, obligándole á caer rediculamente á los pies de María del Carmen.

Una carcajada general resuena en todo el recinto. El castillo fabuloso de la gloria del taita se viene abajo, en medio de la explosión de alegría en que se levantan los débiles...



Podría decirse que Diego de los Llanos lamenta en lo más íntimo la desgracia de su rival. Y cual si quisiera librarse de algo como un presagio triste que le llenase el corazón, aparta los ojos de la concurrencia para fijarlos en María del Carmen que, toda agitada, prorrumpe:

—¡Dios mío!...

—¿Qué le pasa, María del Carmen?...

—¿A mí?...—responde ella fijando una mirada intensa en de los Llanos; y como si no acertase á expresar las congojas de su alma, doblega la frente sobre el seno, y al punto se desprenden dos lágrimas de sus ojos. El la contempla un instante, hasta que embargado por un sentimiento insólito, dice:

—¡G.acias, María del Carmen! ¡Pero el gaucho infelíz, que vaga de llano en llano, sin padres ni afectos que le hagan desear la vida, no merece esas lágrimas tristes que usted derrama!... Sin embargo, mañana y siempre, cuando más me persiga la maldad de los hombres, cuando en la falda de ignorada sierra, vaya á morir abandonado y sólo... ¡entonces tendré la dicha, al menos, de pensar en su amor!...

María del Carmen, no sabe responderle en su angustia. Pero de súbito, toda inquieta mira en derredor, y, al ver la sala llena de parejas, que nadie repara en ella, le alarga su pañuelo bordado con las iniciales de su nombre. Y de los Llanos se abalanza sobre esa mano para tomarla entre las suyas, tal vez con la idea de cubrirla de besos...

Empero, en aquel mismo instante, el negro Merele interrumpe el ensueño hermoso de su habanera, y las parejas entonces se detienen para buscar sus asientos.

*
* *

Zamora, acaso sin querer, viene á enconar más todavía el despecho de Lopez, pidiendo á de los Llanos que cante:

—¡Aquí tiene, amigo de los Llanos, el mejor pecho amigo á quien el gaucho desgraciado pueda confiar sus penas! — el forastero toma la guitarra que le presenta, y con acerbo pesar responde:

—¡Es cierto! La ¡guitarra para el hombre que sufre, amigo Zamora, es lo mismo que la puerta abierta de la jaula, para la calandria prisionera!...

—¡Ah, «nene!...»—prorrumpe Zamora, entusiasmado por la oportunidad del forastero; y á lo que ño Tito, agrega:

—¡Al cabo encontró Zamora, con quien soltar el rollo!...

—Para «estas cosas,» ño Tito,—replica Zamora con ironía,—¡es preciso haber *nacido*, y que la desgracia «le dé la teta!...»—diría que estas palabras, sacuden en su asiento á Lopez.

Diego de los Llanos, con facilidad sencilla recorre con los dedos de su izquierda el diapasón, en tanto con los de la derecha transmite á las cuerdas el arcano hermoso de su alma.

El auditorio cambia miradas y signos de admiración. Pero queda como deslumbrado, cuando vibran cuasi á la vez todas las cuerdas heridas por su hábil mano, produciendo un florilegio de miríficas notas, de encontradas armonías, que precipitándose en concierto sublime maldicen y ruegan, sollozan y ríen en una como carcajada delirante de dolor. Hasta que de improviso suspende la ejecución, para alzar después su voz de tenor en un Triste, así:

Quisiera al alzar el canto
sonreir con toda el alma,
concebir en dulce calma
dicha en placentero encanto,
sin este acerbo quebranto
que llevo en el corazón..
¡Más la inefable ilusión
para mí jamás ha sido,
más que un perpetuo gemido
en la sed de mi pasión!

María del Carmen suspira como tocada en el alma, y los oyentes siguen pendiendo de sus labios, mientras de los Llanos subyugado por la inspiración, deja oír en la primera pausa del canto, algo como una tempestad sublime de presentimientos, hasta que prosigue:

Como la sombra de un muerto
que triste cruza la Pampa,
paso á paso va mi estampa
errando sin rumbo cierto...
Y en el abismo desierto
de mi indecible pesar,
hasta la dicha de amar
resulta mi mayor pena...
¡hay algo que me condena
á correr y no llegar...!

Y en décimas que envidiarían algunos á quienes llaman «poeta», refiere la desdicha de un gaucho que en las altas horas de la noche solía despertarle con sus besos y caricias, para después huír de su lado cuando presentía el alba, dejando la esposa y el hijo hundidos en la desventura de su ausencia. Y aquel infortunio de su niñez, diría que lo hereda con esa daga que lleva al cinto, reliquia venerable que le en-

viara su padre al morir en un banquillo, víctima de la injusticia de los poderosos. Finalmente, en un desbordamiento de todos sus dolores, de gotas de llanto que van á caer dentro del corazón, recuerda la cruz sagrada que clavase en la tumba de su madre, bajo ese ombú de la Pampa donde en hora maldita le cupo nacer...

El auditorio, cuando muere en el silencio vagoroso de la sala el postrer lamento de su canto, con el labio mudo, con lágrimas en los ojos y lleno de congojas el corazón, queda pendiente todavía de algo insólito que parece cernirse sobre su cabeza, con la vaguedad religiosa de los tiempos que van rodando hacia la noche eterna del báratro, hacia la nada perdurable del olvido...

Y en medio de ese mutismo, de los Llanos deja el instrumento y, á pesar del dulce ruego que irradia en los ojos de María del Carmen, se dirige hacia afuera. Es entonces cuando la concurrencia le corona con la gloria de sus aplausos.

Ya los criollos «pelan» el pañuelo, que á guisa de guante llevan en la mano para no ensuciar el vestido de su prenda, cuando también dejo la sala, alejándome á los compases trémulos de una polka, que el negro Merele *firuletea* hasta con el aliento de sus narices anchas, mientras entorna los párpados blanqueando los ojos, á la manera de un borracho «que duerme la mona» al rayo del sol.

*
* *

Diego de los Llanos, apoya el codo en un poste de la tranquera, y en la palma de la mano su mejilla; interín la luna en la mitad del cielo, agujereando el follaje de los paraísos, salpica de dijes de plata su negra silueta. Parece abismado en la inmensidad grandiosa de la Pampa.

¿En qué pensará...? Quisiera abrazarle, como solía abrazar á mis hermanos en su cuna, porque ese grito lastimero de su canto ha despertado todas las desdichas de mi alma. Quisiera decirle el cariño secreto que él me inspira para colocar al menos una esperanza en su corazón huérfano: para iluminar el caos sombrío de su mente con la idea inefable de que todos los hombres no son malos, y que ese infortunio de su vida errante, presiento se acabará un día no lejano, para trocarse en ventura eterna, en grandeza perdurable que germinará nimbos de gloria en los surcos fecundos que trazan en los siglos, los años. Pero tan serenamente meditabundo le veo, que se me antoja extraño á su mal, y que una de mis palabras podría hacerle sufrir.

Por el cuadro de luz roja de la puerta de la sala, cruzan unas tras otras las parejas, volteando en los raudos giros del baile, mientras los acordes alegres de la música, llegan hasta mí, como un acento querido que me reclama.

De pronto, en ese cuadro de luz roja, veo estamparse la figura esbelta de Lopez, que se adelanta, cruza á dos pasos de mí, y va á detenerse junto á de los Llanos, quien, al parecer no advierte su presencia sinó cuando escucha estas palabras:

—¿Sabe que no había sido usted manco, «para improvisar...?»—de los Llanos lo mira sin comprender — ¡de mentiras, quiero decir; porque «eso», que lo mismo que ovejas de un corral iba soltando...!

—¡Acabe!—dice de los Llanos, viendo que Lopez se interrumpe para hacer más sangrienta su ironía.

—¡Digo, que «eso», podría ir á contárselo á su madre! — á semejante insulto, de los Llanos se estremece como herido; respira con fuerza en una especie de contenido coraje, pasándose la mano por la frente, cual si quisiera apartar una idea; y entonces, con pesarosa mansedumbre interrumpe:

—¡Pero amigo...! ¿en qué he podido ofenderle...?—Lopez, le mide con desprecio profundo, y responde:

—¡Es que usted, se me ha metido aquí como un asco que me repugna!... ¡Y además, amigo, son muy pocas las ovejas de este pago, para que tengan más padre que yo!...—de los Llanos agita la cabeza sonriendo con amargura, y luego replica:

—¡No me echó mi madre al mundo, para descubrir *tapados*... Y si soy árbol que á taita tan mentado le haga sombra, la culpa tuvo Dios al darme ramaje tan grande!... ¡Sin embargo, para que usted no se «marchite» por falta de sol, dejaré ahora mismo estos pagos!...—y se aleja, tal vez con la idea de buscar su recado; pero Lopez le corta el paso, le azota con el poncho el pecho, y dice:

—¡Ya dije yo que serías como el chajá, «pu-

ra espuma!...—y aquí lleva la mano á la daga; pero antes de que la desnude, de los Llanos está junto á él, le toma por los brazos, y, con acento reconcentrado, dice:

—¡Ya que usted lo quiere, sea: pero vamos allá!—y su mano se alarga hacia el campo, al par que deja libre á Lopez, que, ebrio de venganza, prorrumpe:

—¡Al fin, «no me moriré de antojo!...»—y uno al lado del otro, como si fuesen conversando amigablemente, se alejan de las casas donde reina la alegría, proclamada por el castañeteo sonoro que marca los compases melancólicos del Triunfo, que rasguea el guitarrero cantando así:

«Mañana por la mañana
cuando corran los aires fríos,
no le eches la culpa al viento,
que serán suspiros míos»....
. . . .

* * *

La paz religiosa de los cielos, pesa como una eternidad tranquila sobre la Pampa en reposo profundo.

Solo allá lejos, de cuando en cuando se deja oír el cencerro de alguna madrina, ó el relincho soberano del bagual que busca la manada, cuando no el mugido cariñoso de la vaca llamando su cría. Todo yace en calma bajo el astro melancólico de la noche. Y hasta el grito del tero en la laguna, alzándose solitario en

el silencio, parece que hiciera más ámplia la extensión cortada por distantes poblaciones, cuyos montes á la distancia semejan navíos anclados en un mar de argentada linfa.

Las casas bajo el follaje, se diría son palomas blancas acurrucadas en su nido; los caballos en el palenque, con sus aperos enpolvados por la helada, hacen resonar la coscoja que muerden de frío; y blanqueando como ropas tendidas al sereno, se divisan las ovejas echadas en su corral; mientras los arpegios de la música, llegan en blandos giros hasta los rivales, como ensueños rientes de la vida...

Lopez y de los Llanos, se detienen en la orilla del rodeo. Y, casi al mismo tiempo, enrollan los ponchos en el brazo izquierdo y desnudan las dagas, cruzan los pies derechos hasta unir las puntas á los tacones, y entonces se empeñan en la lucha.

Son dos caballeros de poncho y daga, que ni desmienten el valor ni la hidalguía de la sangre española, que corre á raudales por sus venas.

Los ojos fijos en las armas, que centellean bajo la luna; el brazo del poncho arqueado á la altura del pecho, para «pisar» las estocadas ó parar los golpes, mientras la mano del acero busca donde herir: con la frente libre del sombrero y bien alta, manteniendo hacia atrás los bustos, y tan próximos que podrian descansar la daga en el hombro del contrario, los dos pelean sin moverse de su sitio, como si estuviesen clavados al suelo. Arquean su talla como un mimbre ante la aguda punta, que con

fría calma, con destreza suma apartan, para enviarse en cada puñalada ó hachazo la muerte. Pero la muerte se desvanece en chispas fugitivas que brotan al choque de los tajantes filos.

Ambos rivalizan en valor y en destreza. Con su vista y su daga, bien se podría cortar un pelo en el aire.

Pero, Lopez en su ódio, en su coraje no atina más que á herir, á matar, para saciar de una vez su venganza. Y ésto, le ha costado ya cuatro chirlos en la frente, dejando entrever al paisanaje que acude para rodearles, la idea de que Diego de los Llanos no quiere derramar sangre.

Eso se evidencia, en un momento en que la lucha se precipita hasta el punto de no poderse distinguir las armas, para apreciar cómo, después de oirse un choque récio, el facón de Lopez salta á la altura, mientras de los Llanos con rapidez asombrosa le cubre el rostro con el brazo del poncho, y le arroja lejos de un empellón, para quedar él en su sitio, casi pisando la enemiga hoja que destella á su pies.

Tras un instante mudo de estupor, á la vez que de ansiedad, dice de los Llanos después de envainar su daga:

—¡Tengo una vida, que á los valientes como usted se las doy con ésta mano: tómela, y donde quiera de la Pampa Diego de los Llanos será su amigo!—un murmullo de admiración brota de los labios del paisanáje á sus palabras. Todos miran con ansiedad á Lopez, esperando su respuesta. Pero éste, en su despecho ira-

cundo, debe sentirse humillado por tan noble acción, por que al punto replica con desprecio:

—¡Aprende á matar, «maula»....—de los Llanos le compadece, mirándole de pies á cabeza; luego, perfectamente tranquilo, dice:

—Está bien! ¡Recoje tu arma, mal gaucho y peor enemigo; que por si acaso mañana pisa este pago alguno más infeliz que yo, te voy á marcar en el rostro para que ni siquiera te respete, «por cobarde»;—y levanta el arma y se la arroja.

Lopez se abalanza sobre ella, y ciego de ira le arremete multiplicando sus tiros, que no logran herir, sinó provocar nuevos cintarazos, que repercuten en el silencio de la Pampa, como besos frenéticos. Hasta que á favor de la claridad de la noche, se ve brotar de su frente primero uno y después otro chorro de sangre. Y esto duplica el furor del taita que pálido y jadeante, vocifera al presentir el trágico desenlace de su fama:

—¡Mátame, maula!...

Todos esperan por momentos el término fatal de ese desafío. Ya no puede prolongarse más.

Y cuando los testigos de este duelo, sin pestañar quedan fijos en las flamantes hojas: cuando el alma de ansiedad queda suspendida con el aliento, cuando el carazón de zozobra queda hasta sin latir, cuando todos ven alargarse ya la mano de la muerte... entonces un paisano surge inopinadamente entre los contendores: de improviso se levanta entre los dos como salido de la tierra, les coloca sus puños en el pecho y al mismo tiempo les aparta, para que-

dar entre ambos erguido, impávido formando todavía con los brazos un crucero, mientras con la mirada y el gesto dice bien alto:

—¡Ay, del que se mueva!...

Los paisanos en un ámplio circulo, miran atónitos aquel gaucho, cuya figura esbelta parece que se agiganta más aún en su actitud decidida; cuya cabeza hermosa, se diría envuelta por un nimbo de luz blanca al irradiar sus canas bajo la luna: cuya mirada serena, va mirando uno por uno á todos, hasta que todos á una voz prorrumpen:

—¡Don Jacinto Zamora!...—el viejo gaucho, iluminado por una sonrisa de lejítimo orgullo, responde:

—¡Sí: Jacinto Zamora!...—y, después de medir á Lopez, agrega: — ¡Espanten, esa maula, de aquí!...—y mientras algunos paisanos le obedecen, él habla al oído á un mocetón, y cuando éste corre hacia las casas, se vuelve á de los Llanos, le contempla un instante, y luego dice con sentimiento profundo:—¡Amigazo, deje que apreté hasta reventarle esa mano de león!...

A esa prueba de inequívoca amistad, do los Llanos le mira largo en el rostro, envaina su daga, y tendiéndole la mano abierta, responde embargado:

—¡Ante un gaucho de su temple, amigo Zamora, «yo no soy más que un cordero!...»—y los dos gauchos se estrechan la mano, hasta arrancarse las mentiras de los dedos; y trás una pausa en que ambos se contemplan, dice el anciano:

—¡Tengo buen ojo, amigo, y el tero «por más

agachadas que tenga,» no es capáz de esconder á mi vistazo sus huevos!...—después de escudriñar hacia las casas, prosigue:—Y usted desde que lo ví, se me ha metido aquí en el corazón, lo mismo que un deseo muy dulce!... ¿Porqué?... —y el acento de Zamora tiembla de emoción al hacer esta pregunta.

Pero de los Llanos, parece no oír sus palabras. Diría que dialoga á solas con su destino, ó que al tener los ojos fijos en la lejanía luminosa de la Pampa, pretende sondar el abisde su nueva desgracia.

A este punto, el mocetón á quien hablase Zamora, regresa de las casas cavalgando en el Indio.

—¡Amigo de los Llanos,—dice entonces Zamora—para mí, es á «la otra banda» á donde usted debe apuntar—y aquí le habla al oído algunas palabras que no alcanzo á oír, pero que deben encerrar el nombre de una estancia ó paraje de la provincia de Santa Fe; luego prosigue en voz alta:—¡Y así que la «cosa» quede en la nada, yo mismo iré á bolearlo con la noticia, para que pegue la vuelta!... ¿eh?...

—¡Oh, eso es demasiado!...—balbucea de los Llanos, conmovido; y Zamora continúa:

—¡Aquí tiene el Indio de su amigo, para que mañana al ponerse el sol, haga de cuenta que está en Europa!—toma el cabestro de manos del mocetón y se lo pasa á de los Llanos, quien, al parecer entonces se dá cuenta de lo que se trata:

—¡Cómo!... despojarle yo, de todo ese Potosí?...—Zamora le interrumpe:

—No hay tiempo que perder, amigo... Y en cuanto á ese caudal, ya le he dicho que es el mismo que me dió otro gaucho en un trance como éste... ¡Ésto, es algo que impone la desgracia!

—Nada tengo que decir, entonces...—responde de los Llanos, y, alargándole su daga con vaina, agrega:—¡Péro, como un recuerdo de Diego de los Llanos, le dejo esta prenda que fué de mi padre!...

—¡Entonces, nó!...

—¡Es que yo quiero dejarle, amigo Zamora, la mitad de mi alma!...

—¡Ah, macho!...—prorrumpe Zamora, diría entre unos como sollozos que enronquecen su acento.—¡Se la tomo amigo, de los Llanos, por que sé lo que es dejar á un gaucho en estos momentos, su mejor prenda!...—y al tomársela, le pasa la suya diciendo:—Tome, para que en pago ageno no vaya á comer á tirones. ¿Y ahora?... ¡Venga un abrazo!—é interrumpiéndole así, de los Llanos le abraza, para luego estrecharse los dos fuerte y largo, con un cariño de padre y de hijo.

Y mientras la nieve y el ébano de sus melenas rizadas se confunden bajo el luminar melancólico de la noche, yo, que á dos pasos les contemplo mudo de emoción, presagio que sus corazones se llaman por su nombre en el lenguaje místerioso del latido.

Aquel nudo formado por dos generaciones, se rompe cuando sin palabra, trémulo, con lágrimas en los ojos, de los Llanos se desprende de Zamora, corre hasta el Indio, de un sólo

brinco se sienta en el basto, apreta el sombrero en la nuca al par que vuelve el montado hacia el punto de la lejanía en que clava los ojos, y después, parte á media rienda dejándonos oír su «adiós» prolongado, adiós triste, que vibra en el silencio de la Pampa como un sollozo...

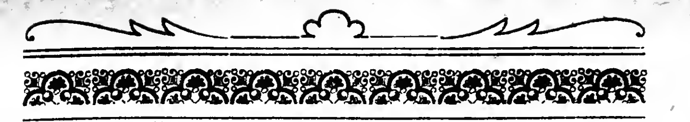
A través de no sé que ideas tristes, Zamora le mira descender al bajo y trepar la loma, donde el Indio prorrumpe en relincho soberano, como si desde allá también le gritase á su dueño, ¡¡adiós!!

Diría que ese relincho, vibra en el alma del viejo gaucho, como un clarín de guerra anunciando la victoria, porque sacude la cabeza con sentimiento indecible, y, alargando hacia allá la mano en que aun mantiene la daga, prorrumpe como si también profiriera un adiós:

—¡Ah, mis tiempos...!—pero, de súbito, como á través de un espasmo, queda fijo en el arma sin pestañar, hasta que, todo agitado en el estupor más profundo, la examina hasta convencerse de que no sueña: y entonces, agitándola ante mis ojos, profiere en un como desbordamiento de júbilo:—¡No hay deuda, que no se pague...!—y después de mirar lentamente á todos los paisanos que le miran sin comprender el alcance de sus palabras, clava las pupilas en la extensión luminosa de la Pampa en que Diego de los Llanos ya no se vé, pero se adivina su presencia en el grito penetrante de los teros.

Algunos jinetes, al paso del montado, se alejan de las casas acompañando á Timoteo Lopez...

LA HIJA DEL PATRÓN....



La hija del patrón....

La llama del fogón, lame sedienta el fondo olecoso de la pava sobre las trébedes de retorcido alambre. Y los peones, á la luz del candil «matan el tiempo», ya trenzando un lazo alguno, ó ya cosiendo un par de riendas otro, en tanto el cebador le da que hacer al mate, y ño Panta á «la sin hueso», refiriéndonos cosas de cuando Dios andaba por el mundo.

Es más ladino que Sarmiento, el viejo veterano, según suele decir el patrón, don Plácido. ¡Y tiene cada metáfora, «que ni poeta que fuese...!» Cuando él suelta el rollo, tiene más letra menuda que diario opositor al Gobierno.

Está en lo mejor de la de Cepeda, cuando de repente, se dejan oir estas palabras en la puerta de la cocina:

—¡Sosiegue, Julián...!—y la hija del patrón empuja al joven paisano, que al zamparse á la

cocina como balde al pozo, parece dejó rozar su brazo con el de ella, así, como si algo le picase el codo y buscara un palo donde *rascarse*. Sin embargo, el mocetón lleva la mano á la parte en que ella posara la suya, acaso porque siente todavía el efecto que surte «un pellizco de mujer enojada» y después, todo compungido, balbucea:

—¡Dispense, Petrona, no fué adrede...!

—¡Hum...! — murmura Petrona, puestas las manos en sus bien contorneadas caderas, mientras le mira de soslayo, en cuya actitud de dignidad ofendida contrasta con Julián, que, humilde y cohibido, protesta:

—¡Crea, Petrona, que no lo hice...!

—¡Bueno: si ha sido así...!—interrumpe ella, sin concluir tampoco su pensamiento. Pero, sus pupilas dicen bien claro que le perdona. Luego graciosa y gentil como un pejerrey entre dos aguas, se asegura de que no le han gastado el agua de la pava, y prepara el mate para sus padres.

Julián, sofoca un suspiro mordiéndose los labios; arrima una cabeza de vaca al fogón y se sienta; y, así que Petrona sale con el mate, dice como si quisiera librarse de algo que le pesara:

—*¡Caracho...!* Y no crean que lo hice con intención...—á lo que ño Panta responde con acento zumbón:

—¡Ya vimos que no...!—y después de guiñarme un ojo, agrega con seriedad insospechable:

—¡Sin embargo, cualquiera hubiese dicho que usted «quería *tantear* el terreno...!»—Julián, todo ruborizado le mira contrayendo el ceño,

pero la gravedad de ño Panta se diría que lo despeja.

—Tenga cuidado amigo Julián...—tercia Pedro alargándole el poro (1)—¡qué por esa china ha salido más de «uno» de la estancia!

—¿Y para qué es la hija del patrón...?—pregunta ño Panta, y pelando la tabaquera continúa.—Hace bien en ser engreida, no le parece Julián...?—éste le mira otra vez, con una pregunta en los ojos; y ya va á contestar, pero entra Petrona en aquel instante, y entonces baja la cabeza como avergonzado.

Petrona les mira detenidamente, como si presintiese que hablan de ella. Luego, ceba el mate y se vá. Entonces Pedro, viéndola alejarse, la designa con los labios desdeñosamente y dice:

—¿Y es de arisca...? ¡cómo potranca que no ha olido lazo!—ño Panta le pasa un cigarrillo á Julián, y replica:

—¡Bah! porque no ha encontrado quien la piale, todavía...—los demás peones le apoyan; y ésto, anima á Pedro:

—¡No creo que sea muy difícil...!

—¿Qué no...? ¡Hum!—interrumpe ño Panta—¡La mujer «que mira lejos...» amigo Pedro, es como el bagual; rompe por donde quiera, sinó se le dá campo...!—diría que Julián no puede contenerse ya, cuando interrumpe trémulo de indignación extraña:

—¡No todas las mujeres, han de ser lo mis-

(1) Mate, cuya forma es la de un huevo, se le prefiere al redondo, ó con pico por ser más sabroso.

mo!—y se pone de pie todo encendido, dejándoles pesar una mirada severa.—¡Para hablar así de «ella», es preciso que ustedes no hayan tenido madre...! se aleja, pero de pronto se detiene junto á la puerta para agregar:—¡Para mí, Petrona es un angel!—y al abandonar la cocina midiéndoles, se encuentra inopinadamente que su cara está á punto de chocar con la de Petrona, y entonces, queda como anonadado por un instante, hasta que todo confundido se escurre casi por entre sus polleras, huyendo lo mismo que alma arrastrada por el diablo.

Una carcajada infernal resuena en la cocina, cuyo sarcasmo sangriento debe herir en lo más íntimo á Julián.

Petrona le mira huír de aquel modo insólito y permanece aún por algunos segundos con la vista clavada en el marco obscuro que traza la puerta en el seno de la noche. Después, deja caer su mirada sobre los otros, pero tan abrumadora, que parece inculparles.

*
* *

Julián, ni dá señales de vida cuando empiezo á tender mi recado junto al suyo, bajo los paraísos del cerco.

Preocupado por las cosas de mi vida, me quito las botas cuyas cañas cruzo sobre los bastos, á donde también coloco la blusa, el tirador, el chiripá, y algunas otras prendas de vestir, que cubiertas con el pañuelo que me sirve de golilla, forman mi almohada. Luego,

me acuesto de espaldas, para atraer el sueño mirando la brasa del cigarrillo.

Pero, de improviso, Julián se revuelve en su recado, y, tras una pausa en que debe pensar como abordarme, pregunta:

—¿Usted cree, don Carlos, que me hará despedir la hija del patrón, «por eso...?»—estando á ciento cincuenta leguas de sus ideas, tengo que sofrenar el bridón de las mías para entonces responder, siquiera en holocausto de ese *don* con que me habiaron desde que pisé la Pampa:

—¿Y por qué le ha de hacer despedir...?

—¿Cómo dicen que *es tán...?* ¿vamos, no sé cómo...?—me inspira lástima el pobre mozo, y le tranquilizo: es verdad que don Plácido ha despedido á algunos por las quejas de su hija, pero, porque se permitieron ciertas libertades con ella, abusando de aquella bondad que dispensa á todos. Y mis palabras deben librarle de un gran peso, porque con más confianza en su futuro, dice:

—¡Oh... sí: la hija del patrón es muy buena, nos trata como si fuésemos sus iguales...!—(¡le dejo pasar eso «de iguales», no obstante que me pica en lo más vivo...!) Aquí deja oír un ruido de papel, como el que produciría una rata en la obscuridad, me explico de lo que se trata cuando me pide el fuego; y, después de exhalar una humeada ruidosa por las narices, comienza á hablar, primero como el que no sabe por donde empezar, y luego con tan exuberante verbosidad, que me recuerda cierto patrón que nutría la suya hasta con el correo

sin estampilla de los diarios, «fecundísima fuente de su erudición admirada...»

—¡Que ño Panta...!—empieza Julián, y escupe lejos por entre los dientes—Él lo sabe todo. Y al fin creo que ignora todo... ¡Bah! Para mí, los hombres pretendemos ser mucho, precisamente cuando estamos más convencidos de que no somos nada. ¡Hasta la propia madre, la pondríamos por los suelos, con tal de primar nosotros! ¡Mire usted...! A quien se le ocurrre decir, que la mujer es lo mismo que el bagual...?

—Hum!—gruño, mientras pienso «á qué sale á relucir el nombre de Petrona?. «Y zás, lo mismo que carancho sobre sus huevos, se larga en este otro giro de ideas:

—Y que la hija del patrón, es así?...¡Que dijera eso de las Beltran, que no quieren bailar con los de bota de potro por que ellas tienen cuatro ovejas.... pase. Pero, de la hija del patrón?...Bueno, lo que más me preocupa, es la idea de que élla pueda creer que aquello lo hice adrede.

—¡Adiós mi plata!—le interrumpo en son festivo—Como siga uste atacado por esos temores, acabará por quedar prendido á los encantos de Petrona ¡como perro hambriento á una vaca muerta!

—Yo?...—inquiere como sobrecogido—¡Ni jugando, diga usted semejante cosa!...Hum! ¡No ve que soy de los que me chupo el dedo, para andar habriendo la boca, nada menos que por la hija del patrón! ¡Ni loco que estuviera!... Como no!... Para que me haga echar?... ¡Escúpa-

me en la cara, don Carlos, el día que llegue á ser tan animal!

A través del blando sueño en que se abisman mis facultades, le escucho, dando y temando con la hija del patrón. Ah! lo que él experimentó en la cocina, á esa mirada con ella parecía perdonarle! No sabe que murmurio inefable brotaba de su corazón, para desbordarse lentamente en unas como dulcísimas cadencias por todo su sér, al par que sentía vivos deseos de caer á sus pies, implorando perdón. Qué sería eso? Luego, una especie de ansiedad se alzó en su alma: quería estar á solas, á tientas, para escuchar mejor todo eso tan lindo, tan embriagante como una música lejana.

Hasta cuando sigue hablándome Julián de la hija del patrón?... Sólo recuerdo que á sus palabras, se descorría el cosmorama hermoso de un sueño poblado de visiones fantásticas, que hacían más encantadora aún la imagen púdica de Marta. Ella me sonreía con sus labios, con toda la tempestad sublime de su pasión en los ojos, tal como en aquel instante en que su querer me dejara adivinar su amor cándido, y ante el cual yo, á duras penas permanecí sereno, impasible en la estóica lucha que libraba consigo mismo, hasta que antes de llegar á ser ingrato con quien me amparase como á un hijo. preferí alejarme para siempre de su lado. ¡Ah, en este limbo perdurable de mis desventuras, la dicha no es sinó un rayo fugitivo de luz que irradia hasta deslumbrarme, y que se esfuma hasta dejarme en tinieblas!

¿Que será de don Pedro Alaníz y su familia?...

*
* *

Desde esa noche, me parece que Julián huye de la presencia hermosa de la hija del patrón.

Y en la cocina permanece muy poco, el tiempo necesario para almorzar ó cenar. En cambio, busca cada vez más mi compañía, para hacerme objeto de sus confidencias.

Al terminar las tareas diarias en el campo, se junta conmigo siempre. Y cuando él menos piensas, zás, me habla de la hija del patrón. Ella, con las mangas recogidas hasta el codo, dejando ver sus brazos redondos y blanquísimos, extraía la cuajada de un balde así, con las dos manos, y la echaba luego en la quesera, mientras él, á diez pasos, encebando unas coyundas, la espiaba «con el rabo del ojo», y, no se atreve á creerlo, le pareció que ella también le miraba así, con disimulo. Bueno: eso sería para observar si trabajaba ó nó. ¿Y donde tendría él los ojos, para no reparar más antes en la hermosura peregrina de la hija del patrón? ¡Ni ciego, que hubiese estado!...

Una vez, en que dejamos «el rodeo del norte», me hace señas con mucho misterio, para separarnos de ño Panta, Pedro y otros peones. Y, cuando ellos entre sonrisas maliciosas nos dejan atrás, me dice:

—Sábe, don Carlos, que hoy de mañana me encontré con la hija del patrón?—me asombro por toda respuesta—Si. Yo iba con la ca-

beza gacha, y cuando menos pensé, zás, ella adelante, esperando á la entrada del camino de la quinta. Creía que la tierra me faltaba, ó que su mirada pesaba tanto sobre mi, que me hacía dar traspies como ébrio. Y, al cederme el paso, mirándome en los ojos muy largo, con no sé qué curiosidad secreta, dijo con tanta dulzura que su voz parecía trémula:

—«Cómo le vá, Julián?»...—no se lo que le respondí, huyendo como espantado de su presencia. ¡Ah, daría hasta la última gota de mi sangre, por saber de sus propios labios que ella no piensa que lo hice adrede!

¡Cuanto me place oirle así, con toda la ingenuidad de su alma pura, sana! Cuando habla de los raros encantos de Petrona, llega en su entusiasmo á elevarlos á tal altura, que la virgen queda reducida al triste rol de simple pecadora, «ante las virtudes sublimes de ella»... ¡que, acaso como una gracia suprema, Dios nos la envió bajo esa pormodesta de «la hija del patrón!» Las divinidades, no suelen revelarse siempre á las pastoras más humildes?...

* * *

Para ño Panta y los demás peones, Julián es un ambicioso que á fuerza de maña pretende acercarse á los patrones, y por eso, es el que más temprano toma el trabajo y el que más tarde lo suelta, hasta el punto de que muchas veces don Plácido, suele decirle amigablemente:

—¡Deje, amigo Julian, que mañana también

es día!...—entonces, los demás cambian miradas de inteligencia, ó se codean sonriendo sarcásticamente, hasta que ño Panta suelta alguna rasgando la tierra:

¡Ni socio que fuera!...—pero Julián, parece que ni le oye abismado en el mundo de sus ideas. Algunas veces el viejo pretende ridiculizarle á los ojos del patrón, sobre todo á los de Petrona, sin que él se de por advertido, tal como en este caso, en que con dulce mansedumbre llega hasta la temeridad.

Los muchachos, traen ese día la última manada para que la cerdiemos.

Don Plácido y doña Mamerta, sentados al lado del corral, se divierten mirando las proesas de sus peones en el arte fabuloso del lazo, interin toman el mate que les sirve su hija.

Ño Panta, que atiende la puerta, al ver un bagual moro que relincha temblando al cóntacto del lazo, se ilumina á una sonrisa diabólica, y pregunta á don Plácido:

—¿No es ese moro, el que usted quería hacer domar para la silla de Petrona?

—Sí, ño Panta — responde el patrón, y, volviéndose á Petrona:—Hazme acordar, hija, para hacer que venga el domador—y aquí ño Panta, casi en la propias narices de los patrones dice:

—¡Ahí tiene, amigo Julián, cumplido su encargo!—como en un espasmo, se agita Julian tódo encendido; y creo que va á protestar, pero el patrón pregunta en ese momento:

—¿Sabe domar, Julián?...—éste, al mirarle. encuentra las pupilas negras de Petrona, fijas

en su rostro, con ansiedad profunda; entonces, con acento extraño, responde:

—¡No señor; pero, por complacerle á ño Panta! lo voy á domar!—y después de mirar de hito en hito al «viejo zorro,» pide «que le hagan portear al potro,» y se aleja para preparar su recado.

Es un bagual soberbio, de siete cuartas de alto, largo y delgado como una cimbra, cuyas crines caen pesadamente hasta más abajo del encuentro.

Hay que voltearlo para ponerle la natana, (1) á la vez que el bozal. Y luego que lo hace poner de pie, Julián le sujeta las patas con el lazo en una traba corrediza, para ensillarlo detenidamente, con pocas caronas, el basto con gurupa, (2) la cincha, y un cuero sugeto con dos vueltas del cinchón. Después, recoge el chiripá bien corto, asegura las espulas nazarenas, se ata la vincha, y volviéndose hacia mí, dice:

—¡Quiere apadrinármelo!...—Julián está pálido, y su voz tiembla de emoción; pero resuelto toma la rienda, pisa en el estribo y monta, mientras uno de los peones sujeta al potro por el fiador del bozal, á la vez que le tapa el ojo con la otra mano. Entonces él, de un tirón desata el nudo-rosa que mantiene la traba, la que al mismo tiempo se afloja para caer al suelo...

Una especie de zozobra embarga el ánimo de todos, á este punto en que el animal queda libre, para oponer su fuerza indómita á la inteligencia del hombre.

(1) Tientos gruesos, torcidos, que pasados por las presillas de las riendas, se sujetan en la parte inferior de la boca, á guisa de freno.

(2) Cuero ó lazo enrollado; que cruzado en la parte delantera del basto, no deja subir las rodillas.

Julián con las espuelas clavadas en la cincha, y calzando las rodillas bajo la gurupa, manteniendo corta y firme la brida, con la izquierda, y el rebenque á la altura del pecho listo para bajarlo en el primer chirlo, y, con el busto enérgico algo hacia atrás, alza la vista para abarcar todo en una sola mirada; de sus ojos negros y grandes, que por un segundo quedan fijos en Petrona, quien, toda lívida, trémula de ansiedad, le contempla acaso como nunca al encontrarle tan hermoso y viril. Se me antoja que ni respira, esperando sobre cogida de angustia á que Julián baje el rebenque, retando á duelo al potro.

Al fin cae el rebenque, electrizando á su chasquido al bagual, que, cual herido de súbito por todo su cuerpo, se empina sobre las patas traseras, abalanzándose luego en un salto altísimo, en el que va á apoyarse en las delanteras á unos seis ú siete varas, para partir después corcoveando así en derechura al campo profiriendo chillidos penetrantes como los de un chancho recientemente degollado. Y entanto Julián, manteniendo firme las riendas con ambas manos, parece que no se encorve hasta meter la cabeza entre las patas, se amaca en vaivenes frenéticos sobre ese columpio desordenado, horrible, en la especie de paroxismo férvido en que el potro lucha desesperado por su albedrío.

Apenas puedo adivinar el rostro de Julián en aquel baja y sube á que lo precipita sin tregua el potro, interín se lo apadrino con mi caballo, guiándolo por donde no hay peligro de rodar, cuando no me pongo á la par para enderezarlo.

El sol reina en la plenitud de un día claro y fresco. La llanura se dilata inmensa, con lejanas poblaciones y animada aquí y allí por la vida pintorezca del ganado. Y allá en el rodeo, un grupo de personas inmovilizadas por la espectativa, deben seguir con el alma en las pupilas los azares de esta lucha muda pero terrible.

El potro en ese vértigo de su soberbia audáz, ora se zarandea agazapándose á uno y otro lado; ora de improviso se avalanza furioso, y cuando más se espera que seguirá corriendo, se vuelve sobre las patas traseras corcoveando á vuelta en un remolino vertiginoso en que se va la cabeza, hasta que de pronto, vuelve á partir recto como una flecha. Pero, poco á poco, agota sus alientos, dejando de corcovear al fin para correr á saltos, y luego á un trote largo, torpe, sin bríos, en el que ya casi sigue paso á paso las huellas de mi montado...

—¡Ha triunfado, Julián!—le grito sofocado de júbilo, en el propio instante en que él se echa atrás tirando de las riendas, para clavar al potro en la mitad de la llanura...

No puede hablar, en la anhelosa precipitación en que se le dilata el pecho, la boca y las ventanas de la naríz. Está lívido, como el asesino ante la víctima que agoniza aún. Sus labios descoloridos se agitan convulsos. Sus ojos desencajados miran sin pestañar. Parece un loco delirando en el extravío de sus horrores trágicos.

Le ruego que no me conteste, ni se mueva hasta que no recobre nuevos alientos.

—¡Si ésto dura más, don Carlos, yo caigo muerto!—al fín prorrumpe Julián, como entre sollozos de júbilo, y hasta me parece que los ojos se le llenan de lágrimas—¿Que habría sido entonces, de mi pobre madre?...

—Pero, qué le dió á usted?...

—¡No sé, don Carlos!—me interrumpe Julián con sentimiento insólito; y prevenido para cualquier tentativa del animal, agrega:—Mire: en el instante en que iba á decir «no», ví que la hija del patrón me miraba con no sé qué súplica en los ojos, como si su alma muy dulce implora: ¡«Julián!» Y entonces, creámelo, olvidé hasta que yo era el único sosten de «mi pobre vieja!»—y cual si se avergonzase de sí mismo, empieza á tironear al potro sin cuidarse de que puede quebrarlo en la boca. Luego me pide se lo vuelva hacia la estancia y que paso á delante, para seguirme guiándolo él solo, reboleándole ya á un lado ya á otro de la cabeza, el rebenque.

Y así llega al rodeo cabalgando el bagual, que jadeante, sudoroso, con las orejas paradas, y mirándose los flancos, como si por instantes quisiera besar los pies á su vencedor, así, soberbiamente brioso pero domado, pisa la playa profiriendo en su relincho, acaso un adiós á la libertad querida...

El mismo ño Panta, prorrumpe en «bravos» batiendo palmas en honor de Julián. Y después corre seguido por otros, para desensillar al bruto y atarlo al palenque.

Parece que Petrona esperaba á Julián con el mate cebado, por que así que llegamos á la

presencia de sus padres, se lo alarga mirándole intensamente en los ojos, tal como si en el lenguaje misterioso de su alma le gritase «¡gracias!»

Don Plácido agita la cabeza, mirándole á través de un pensamiento. Luego dice:

—¡Por mi nombre que no adivinaba en usted semejante jinete!—Julián, con todo el candor de su alma ingénua, responde:

—¡Ni yo mismo, patrón, sabía semejante cosa!—don Plácido le mira perplejo un instante, hasta que inquiere:

—Cómo?...

—¡Señor: en mi vida he domado!—contesta Julián ruborizándose, y sus ojos en una mirada breve se fijan en Petrona, quien, se diría que turbada, baja los suyos indecisos.

Don Plácido y doña Mamerta, también se miran. Pero, con una pregunta en los ojos.

¡Cuanto puede una mujer, tan solo con una de sus miradas!

*
* *

Creo que ño Panta, Pedro y los demás peones, ahora murmuran menos de Julián. Diría que desde su hazaña, pretenden captarse su amistad. Pero él, sigue siempre lo mismo para con ellos: reservado y atento.

En la noche, estamos en la cocina á punto de concluir la cena, cuando vemos entrar á Petrona trayendo en un plato una gran torta, de las que ella amasa para sus padres.

Los peones se miran con extrañeza, cuando ella se la alcanza á Julián, á la vez que dice sonriente:

Sírvase!...—creo que Julián desearía poseer la virtud de la cenicienta para desaparecer en ese instante, por que visiblemente turbado no sabe á donde dirigir los ojos que no encuentra ojos que le miren, ni que hacer de sus manos para librarse de esa torta al parecer muy rica, pero que á él le resulta un infierno en el que se debate impotente, sin ser dueño de sí para tomarla, y sin hallar en la incoherencia de sus ideas una palabra para reusar ésta súplica amable de Petrona—Pero, tómela! (no me desaire!) «Es para usted!» para que se la sirva con sus compañeros!—y aquí se ve obligado á recibirla por que élla casi se la deja caer, y, solo entonces, acierta á murmurar:

—Gracias!...—ella también se siente turbada, á la sonrisa de malicia de la cocinera y demás peones; y entonces, alejándose balbucea justificando su conducta:

—¡El interés, rompe el saco!...

—Ni que hablar!... — responde la cocinera, á lo que añade ño Panta con la misma socarronería:

—Eso?... ¡Por sabido se calla, que si no fuera «el moro!»—y Pedro también mete su cuchara, dándoselas de tenorio:

—¡Ah! no haber «otro moro», para ligar también yó!...—aunque se ruboriza más aún, Petrona dice desde la puerta á la vieja cocinera:

—¿No tiene usted «otro moro», para que se lo dome Pedro?—todos aplaudimos la oportunidad de Petrona, que se va corriendo, graciosa como una gacela...

*
* *

Desde entonces, le llueven los regalos á Julián. Ni falta que nos hace ahora comprar azucar y café. Bah! Y maldito el apetito que nos inspiran las tortas fritas, ó el pan desabrido que allá de tarde en tarde, por un acontecimiento inesperado, hace la vieja cocinera para los peones ¡Son tan exquisitas las tortas con dos palomitas, y no sé qué otros enigmas, que amasa Petrona!...

Es tan corto de genio Julián, que cada regalo de Petrona le resulta una amarga prueba. Trina! ¡Se lo lleva el diablo, debatiéndose en medio de la mayor impotencia! En la cocina, en el patio, y en cualquier parte que ella le obsequie con algo... allí no faltan ojos que le miren, ni menos indirectas que lo partan. ¡Es inútil. el ojo de Caín lo persigue á Julián!

¡Es claro! Viéndole objeto de tanto favor, todos quieren intimar relaciones con él. Pero Julián, creo que se estremece, tiembla á la vencindad de ellos, como si fuesen demonios que se le acercaran. ¡Tiene miedo, de que puedan hablarle de la hija del patrón!

Apropósito de sus temores, una noche le digo:

—¿Pero, que tiene de malo, Julián, el que Petrona le dé cualquier cosa...? ¡Eso prueba, que pretende su amistad...!—él agita la cabeza con amargo pesar, exhala un suspiro y responde:

—¡Hum! ¿Y si lo saben los patrones...?

—¿Y usted cree, que ellos lo ignoran...? que Petrona es de las que tienen secretos para sus padres?

—No. ¡Pero si ellos lo supieran, ya me ha

brían echado como á un perro!—en vano pretendo desvanecer su lógica.

Julián. á la manera de los que se embriagan para no sufrir, trabaja sin tesón para aturdirse en el día y poder encontrar en la noche un sueño que no le permita ni pensar.

No hay árbol, ni poste, ni alambre en la estancia, que no lo haya tocado su mano laboriosa en los ratos perdidos. Allá, atrás del monte viejo, ha plantado uno nuevo, y aquí en el patio, un hermoso jardín.

Se diría que la estancia ahora ha crecido, ó que se destaca mejor sobre su loma.

Todo lo que Julián hace, merece el aplauso del patrón, quién más de una vez suele consultarle la conveniencia de éste ó aquel trabajo. Pero él, no obstante esa consideración, se mantiene alejado, como si don Plácido también le inspirase miedo.

Si no tiene que hacer, limpia al moro, que ha resultado un sobervio pingo, que lo sigue por todas partes cuando no lo sujeta á la estaca.

Es una sorpresa: ver una mañana al moro aparejado con la silla de Petrona. Los patrones, quedan como asombrados á la vista de tan regio flete.

—¡Pero don Plácido, es una temeridad que Petrona monte ese redomón!—dice doña Mamerta, alarmada; entonces Julián, que tiene al moro por la rienda sujetándolo en la crimera dice:

—¡Siervo!—el moro, alarga una después de otra las manos, bajándose hasta casi tocar con

el estribo el suelo.—Si ya está hecho un cordero, patrona...—don Plácido le mira á Julián un instante, y exclama:

—¡Pero, amigo, usted nos está haciendo ver milagros!

—No señor, eso no vale nada...—responde Julián, entregándole la rienda á Petrona.

—Bueno, vamos á ver con que le paga la dueña...—á estas palabras de su padre, Petrona, al par que monta, mira intensamente á Julián ruborizándose; y luego dice:

—¡Julian, hasta luego...!—de tan embargado, él nada le contesta, viéndola alejarse al trote marcial del moro hacia el Azul, en compañía de don Plácido.

Al ponerse el sol, regresan del pueblo. Y en la noche, entra Petrona á la cocina para entregarle á Julián un poncho de color, que le manda de regalo su padre.

Esta vez, recibe el obsequio sin turbarse, á caso porque se lo envía el patrón. Y, así que se retira ella, va á desdoblarlo para que lo veamos, cuando se desprende de él un pañuelo de seda bordado con un corazón, y éste nombre en letras rojas: «Petrona Garay...»

¡Eso sí, que vale más que el poncho...!—esclama ño Panta como deslumbrado; mientras Julián recoge el pañuelo, más rojo aún que las letras esas que acaban de hacerlo temblar, y después huye, para ir á ocultar sus rubores en el abismo negro de la noche...

***

Como si le hubiesen echado los perros, desde esa noche anda lejos de las casas Julián.

Se lo pasa por la quinta ó los corrales, cuando no hay trabajo en el campo. Nunca le faltan pretextos, para librarse de almorzar con nosotros. Y en la noche, se mete al cuarto y no tiene ganas de cenar.

Cierta noche, cortó una tira de asado y se la llevó, inventando una disculpa cualquiera, cuando de pronto, quedó sobrecogido á la presencia de Petrona, que, desde la puerta del cuarto, toda agitada, mordiendo con ansiedad su pañuelo, espía á Julián. Parece que llora con mucha pena.

Salto los alambres del cerco para ver lo que hace Julián. Pero, se me enreda una espuela produciendo ruído, y entonces ella se sorprende, mira en derredor toda amedrantada y huye por atrás del cuarto

Veo después á Julián sentado junto á la mesa en que se ata la lana, con la cabeza apoyada en la izquierda, mientras con la otra dobla y desdobla el pañuelo de Petrona. Y también me parece, á la pobre luz de una vela, que deja correr sus lágrimas muy tristes...



La tristeza de Julián, se hace cada día más profunda, más doliente en su rostro pálido, en sus ojos hundidos en la sombra negra del insomnio. Hasta en su paso lento é incierto, diría que exhala suspiros muy tristes su pena.

A donde quiera que dirija Petrona sus pasos en la faena de sus quehaceres, la sigue como aye lastimero la mirada melancólica de Julián. Le adora de lejos!

Una ocasión le brinda su suerte para que la adore de más cerca:

El muchacho, no puede una tarde arrimar al tambo algunas lecheras chúcaras, para que las ate Petrona, quien, en un arranque de desesperación, vuelve los ojos hacia las casas para encontrar los de Julián fijos en ella, con mirada de éxtasis supremo.

Se contemplan entonces unos segundos á traves de los cien pasos que les separan, hasta que ella prorrumpe en son de dulcísimo ruego:

—Julián!...—él la adora todavía un instante iluminado por aquel relámpago sublime de su alma, y corre después hacia el palenque, desata el cabestro, de su pingo, de un brinco se sienta en el basto, y, cerrándole las nazarenas, acude á donde ella demanda su auxilio.

Haciendo escarcear arriba á su flete bayo, cuyo encuentro hace retumbar el vacío de las chúcaras, sentado bien atrás y estribando apenas con la punta de los piés, Julián repunta las lecheras sobre el tambo. Y entonces ella, recompensando su comedimiento, deja jugar la doble hilera de sus dientes blanquísimos sobre el rojo transparente de sus labios carnosos pero tan cariñosa, tan insinuante, que él, dichoso hasta desprenderse de sus escrúpulos candorosos, también sonríe á pesar de todas las miradas.

En esa despreocupación de su persona en que Petrona lidia con los animales, Julián la contempla al fín á su placer. Fija sus ojos en esa cabeza de madona, que poco á poco se libra del pañuelo de seda blanco que á medias

la cubre; en esa frente, despejada con proporciones varoniles; en esas cejas bien pobladas y unidas, como arcos triunfales de esas pestañas crespas, que aprisionan dos boyeros con sus dulces nostálgias; en esa nariz fina, imperceptiblemente aguileña, reposando sobre esos labios rojos, que siendo carnosos en el centro, más bien parece tuviera por boca una pequeña rosa ligeramente achatada en los extremos; y como una transición de aquel ensueño riente, baja la vista hasta ese seno, que su morbidez palpitante revela el arcano hermoso de sus formas; abarca esa cintura, demasiado delgada para esas caderas opulentas, que vibran modelándose bajo el percal pintado de su vestido. La mira aún con ansiedad de piés á cabeza, y luego entorna los párpados con lánguida somnolencia, cual si fuese á dormír el sueño de una quimera deliciosa.

Y Petrona, en medio de los colores pintorescos de las vacas y los terneros, también le contempla embellecido por ese candor que ilumina su rostro pálido, que parece más desencajado todavía á la sombra del vello sedoso de su barba naciente. Pero le mira furtivamente, mientras con acento cariñoso llama á la lechera que le toca su turno:

—Blanquita!... venga la Blanquita! y la vaca de ese pelo, á su acento muge cariño, acercándosele paso á paso; alargando el hocico hasta lamer su mano, hasta limpiarse un ojo en la falda refregándose en su pierna, que se patentiza ebúrnea como al desnudo, interín ella la acaricia, le dá algunos granos de sal y conti-

nua insinuante, como si hablara á un ser querido—Ella sí es buena! nó!... viene cuando la llaman! verdad?... ¡así me gusta que sea juiciosa, no como esa mala de la Porota!...

Hay momentos en que conmovido Julian á esas ternuras que prodiga Petrona, se muerde sacudiendo la cabeza con no sé qué de pena infinita. ¡Oh si él pudiese convertirse en Blanquita, por solo aquel instante!

Realmente, la Porota es una mala, una perversa que no acude al dulce reclamo de su ama, por más que ella la llame «Porotita!..., ¡venga la Porotita!»... y le alargue un puñado de sal... «Nó!», responde la pícara sacudiendo la cabeza sin moverse de su sitio, y luego muge como si dijera: «¡No: me vas á engañar, aprisionándome después!»

Es preciso que Julián la enlace, que luego dé dos vueltas de lazo á un poste, para irla tirando hacia él, mientras Petrona la arrea hasta que la Porota da con la frente en el poste. Entonces, para sujetarla, ambos se unen junto á la cabeza de la vaca, pero tan próximos uno del otro, que sus hombros se tocan y se mezclan sus respiraciones, sintiéndose vivir en la atmósfera tíbia del calor que exhalan sus cuerpos.

Una tarde de rigurosa primavera llena el confín de vida ardiente. La Pampa se incorpora, recobrando la verde lozanía de su tapiz de grana. Allá por la loma, un padrillo repunta su manada; y bajando al bajo, hacia la laguna cristalizada, corre una vaquilla jadeante, perseguida de cerca por su amante toro; mientras

aquí en la majada vecina al rodeo, lidian los padres por el amor do su hembras; y corren y brincan en las vizcacheras, los corderos. Por todas partes se estremece voluptuosa la naturaleza, germinando en el placer de su seno, la vida.

Julián y Petrona, con el rostro encendido, y sus arterias poderosas transparentándose azules, llenas de fecundidad lozana que vibra como un canto misterioso cundiendo por sus carnes, frente á frente, allí junto á la Porota, se miran con los ojos trémulos de pasión hasta que se alejan, acaso presintiendo la mirada de los patrones fija en ellos.

Así que termina de atar las lecheras, Petrona se aleja hacia las casas, llevándose el alma de Julián en la mirada con que la sigue ávido de contemplar todavía su figura esbelta. Y quizás, envidie la suerte de algunos guachos que á su presencia se cortan de la majada saltando, para detenerse luego unos frente de otros haciendo como que se van á topar, hasta que de pronto sacuden la cabeza picarezcamente, y corren otra vez hacia ella dejando oír los alegros de su valido simpático. Cuando la ve seguida por esa turba alegre salvar la tranquera, cruzar el jardín y perderse en el monte después, entonces, cual si maldijese su estrella clava los ojos en el cielo, hiere sin compasión los ijares del bruto con las nazarenas, y parte hacia el campo.

Le miro alejarse hacia el fondo del campo en línea recta, al galope tendido de su bayo cabos negros, hasta que allá lejos, trepando la loma. prefiere el ¡ay! de su alma cantando muy triste:

¿Para qué vivir la vida
cuando ella es tan injusta,
que al pobre se muestra adusta
mientras que al rico rendida?...
Pues sea de él «la querida,»
hasta colmar sus excesos...
Basta que en los goces esos,
haga á mi dueña dichosa...
¡no importa que desdeñosa,
me niegue el sol de sus besos!...

***

Veo á Julián, en otras tardes como aquella, acudir al tambo para adorar á hurtadillas á Petrona, devorado por la ansiedad inefable de su pasión, en la que se debate impotente para escalar la cúspide del imposible que lo separa del objeto de su amor, y que sin embargo lo atráe con las tentaciones sublimes del abismo.

Pero, todo viene y pasa en la vida sin que se conozca el principio de donde emana ni el fin á donde termina, y obedeciendo á esas leyes inmutables de las cosas, el auxilio de Julián se hace inecesario. ¡Las chúcaras ya están mansas!

Vuelve otra vez á su aislamiento solitario Julián. Lo mismo que perro viejo, acobardado de que le pisen donde quiera que se eche, él huye de las casas. Y allá en las horas de comer, todo flaco, caminando apenas, viene como amedrentado á pegar un tajo pero muy chico, tan chiquito como la tira de asado que suelen dar las madres á sus hijos para que lo chupen. Y después pesando la cabeza sobre el pecho, e le ve alejarse cual una sombra que se des-

lizara doliente. Pero es tan pausado su paso, y tan religiosa su actitud, que sugiere la idea de que se producirá el milagro de vérsele el alma á través del cuerpo, y que éste se convertirá de pronto en el lampo refulgente, para enrarecerse luego en la luz blanca del día, llenando la inmensidad de tristeza infinita.

Ño Panta, sinceramente compadecido, prorrumpe viéndole alejarse así:

—¡Pobre Julian! ¿A dónde irá dar con él su pasión?

*
* *

Mañana al despuntar el día, entre otros peones saldré de la estancia con rumbo á Chaquel Carhué, llevando la hacienda á mejores campos. ¡Ah, cuanto le valiera á Julián ir con nosotros!

Pero el queda con ño Panta y Pedro. Y en verdad, que no «como encargado» de esa invernada sino como compañero, me gustaría llevar conmigo alguno de ellos.

Mientras espero á que llegue la noche para que el patrón me de el dinero y sus últimas órdenes, ando de aquí para allá sin saber en que matar el tiempo, cuando diviso á Julián con la cabeza sobre el pecho, deslizándose paso á paso bajo la fronda naciente de los duraznos en flor, para ir á detenerse en el límite occidental del monte.

Como rico estuche de improviso abierto, se abre á sus ojos la extensión anchurosa de la Pampa.

A unas cien varas, pronuncia el bajo dilatándose la próxima loma, que se diría el primer

escalón de la serie de gradas que forman otras más altas, que en la lejanía mueren al pie de empabonados cerros. La hacienda flaca y sin bríos, baja al cañadón seco y guadaloso, para apagar la sed de su hambre en los pequeños charcos, que brillan aquí y allá entre el incendio de la tarde, como ojos ensangrentados que acusan la conciencia sin pestañear.

Allá, por el camino del fondo, unos en pos de otros al lento paso de sus bueyes, se divisa la caravana errabunda de unos trece carretones, cruzando la extensión vacía á modo de caminantes taciturnos, que fuesen siguiendo el rastro dudoso de su destino.

A unos diez pasos de Julián, junto á un matorral de cañas, me detengo con la idea de hablarle, de ofrecerle una ocasión para que deje estos por aquellos donde iré, y en donde quizás pueda encontrar remedio para sus males. Pero, en esa actitud penosa en que se abisma, me perece que ni se siente vivir de tan ageno á su pesar, y prefiero á despertarle á la vida, esperar á que me vea.

Hay en la ansiedad secreta de su mirada, algo de esa avidez angustiosa con que se abarca por vez última el hogar paterno, cuando se va á partir para siempre. Mira el bajo. la loma y todo detenidamente, como si en el lenguaje místico de su alma le gritase á todo: «¡adiós!...» Luego queda fijo en aquellos carretones. que por la lejanía cruzan lentamente como si fuesen meditando muy tristes, pero los sigue con tal amargura en los ojos, que parece por momentos que va á romper en sollozos su angustia,

Al ruído que produce en este punto el paso de una persona en el fondo del monte, me vuelvo, para ver que es Petrona. Ni se por que me oculto. Acaso por que no crea que espiaba á Julián.

Viene por el sendero que costea el alambrado en que se apoya Julián, trayendo el delantal recogido, repleto con algo que deben ser huevos. De pronto se sorprende al reparar en él; y toda recelosa investiga en derredor, hasta que acude á su lado y le habla.

No puedo oír de sus palabras sino un confuso murmullo. Pero, veo que Julián á su acento se sobrecoje, se vuelve y la mira indeciso, confundido, hasta que baja los ojos doblegando la cabeza sobre el pecho, vacila un instante como si no supiese qué decir, y luego responde sonriendo tristemente, y habla primero con timidez, y después vase animando, se hacen sus ademanes pausados más elocuentes, y se atreve á mirarla con un infierno de pasión en las pupilas, que la obliga á apartar las suyas, mientras deja correr sus lágrimas.

Se me antoja que su llanto exhala tanta angustia, que llena de melancolía profunda la tarde, que palidece y como gimiendo amargura abandona la Pampa; que la brisa solloza de pena entre la fronda, y que hasta las aves en su última trova, se lamentan muy tristes. ¡Hay en todo, no sé que presagio vagoroso de infurtunio!

De improviso, Petrona alza la cabeza en una especie de arranque, y mirándole en los ojos sin pestañear de un modo ardiente, le interrum-

pe víctima de extraño frenesí, en que vibra con inflexiones de llanto su acento suplicante. Y en ese desbordamiento de su alma trémula de pasión, suelta el delantal sin preocuparse de que puedan romperse ó no los huevos, y avanza hacia él resuelta, para sellar sus labios quedando fija en sus pupilas con una pregunta intensa en la mirada, tal como si le interrogase: «¿Y dudas todavía...?»

Julián la contempla un instante como á traves de un vértigo, entornando los párpados blandamente y sonriendo con toda el alma en el semblante, hasta que Petrona, sin poderse contener en un transporte de júbilo, le abraza ocultando el rostro en su pecho...



Al cabo de cuatro meses, cuando mejoran los campos de la estancia con la gramilla de verano, Don Plácido, envía un peón para decirme que regrese con la hacienda.

Una de las primeras preguntas que le hice á ese paisano, fué acerca de Julián. El era nuevo en la estancia, y solo conocía ese nombre por haberlo oído mentar. ¿Por que saldría mi compañero...?

Prefería ser prudente, esperando unos días.



A la simple vista, mientras desensillo mi caballo y respondo á las preguntas de don Plácido, me parece que en la estancia hay cierto abandono que la entristece, no obstante el rejuvenecimiento lozano de su monte y de sus llanuras,

Y en efecto. El jardín, que cultivase Julián tan prolijo, pasando horas enteras regándolo y cortando uno por uno su naciente yuyo, está arruinado, deshecho como un rastrojo cubierto de grana seca, entre la que veo hasta estiércol de caballo. Y el monte, los corrales y todo, diría clama á gritos en su abandono triste por la mano laboriosa de aquel hombre. Mirando en derredor mío, espero ver por momentos todavía la sombra errabunda de Julián, deslizándose misteriosa como un suspiro doliente.

Petrona está pálida, enflaquecida y triste. Diría que á la presencia adusta de sus padres, no se atreve alzar los ojos, y que hasta huye de ellos como amedrentada.

En la noche ño Pauta y Pedro me dicen lo que saben al respecto. Una tarde, Julián vino de la quinta todo agitado, recogió lo suyo, y. ya iba á montar, cuando don Plácido le entregó sus cuentas, diciendo visiblemente disgustado:

—¡Si mañana sé que andás por este pago todavía, te voy á hacer destinar á las tropas de líneas...!—y á pesar de eso, le ven desde entonces errando por las cercanías, lo mismo que ánima en pena. Para ellos, «Julián le había perdido la vergüenza á la hija del patrón...» ¡Y eso era todo!

Pero, con lo que me dejan más perplejo, es con la inopinada nueva de que en esos días se casará Petrona: ¡y nada menos que con Galo, un antiguo pretendiente suyo, á quien ella detestaba!

* * *

Una tarde en que regreso del fondo del campo, y precisamente cuando menos espero encontrarme con Julián, le veo de repente hacia mi izquierda, como un fantasma negro brotando de improviso de los espacios.

Viene hacia mí, al galope de un pingo oscuro, vistiendo riguroso luto, con el ala del sombrero quebrada al soplo de la brisa y su rostro pálido, con no sé qué impasibilidad fría destacándose de su barba vellosa. Sus ojos grandes, hundidos en un círculo negro, subyugan con fascinaciones insólitas. Me sorprende la soberbia apostura de su continente. Diría que el sufrimiento le ha transformado de manso cordero, en bravo león.

—¿Qué tal, don Carlos.?—dice, sofrenando el bruto, sin tenderme la mano, mirándome con insistencia en los ojos, como si me estudiase; comprendo su desconfianza; y lejos de ofenderme, le alargo la mía:

—¿Como, Julián, que ya no somos amigos?—entonces me la estrecha fuerte:

—¡Oh... sí! Perdone, que le haya confudido con los otros, que me disparan como á la peste. ¡Bueno: los pobres, tienen miedo de que los eche el patrón!—saca su tabaquera bordada por las manos de Petrona y lía un cigarrillo; luego esclama:—¡Quién diría, don Carlos, que yo me había de desgraciar nada menos que con la hija del patrón!—y aquí una sonrisa amarga entristece su semblante.—¡Ah cuanto sufro, á la idea del sacrificio tremendo á que ella pretende llegar, por no desobedecer á sus padres!—de pronto, se torna sombrío, agranda los ojos

brillantes de ira, hace crujir los dientes á la vez que respira con fuerza, como entre un sollozo contenido apenas, pero se sobrepone:—Mañana la hacen casar, ¿nó...?

—Es decir, se casa...

—¡No, don Carlos. «la hacen casar!»—y en un arrebato de coraje, prorrumpe alargando la mano hacia el oratorio en que se debe efectuar la ceremonia—¡Ah, pero en aquel día!... Mire...—medita un instante—¡Preciso que usted me haga un gran servicio!...

—¡Si puedo serle útil ya sabe!...

—¡Oh... sí! Solamente que temo ofenderle. ¡Es un mensaje!...

—No importa, Julián: sea lo que sea!—Julián me mira con los ojos llenos de lágrimas, y con acento embargado dice:

—Deseo que le diga á Petrona estas palabras, que me dijo una vez las reservase para el último momento: «¡que ya no tengo madre!...—aquí dos lágrimas ruedan de sus ojos. —Y que por ella, seré el más malo ó el mejor de los hombres!»—entre un sollozo se interrumpe, pero sacude la cabeza protestando de su dolor, y agrega:—¡Hasta mañana!...—y parte al galope de su caballo, dejándome en mitad de la llanura á tientas en un abismo de penosa incertidumbre.

Nada comprendo! Y sin embargo, no vacilo en cumplir sus deseos. Pero esa noche no puedo hablar con Petrona...

*
* *

La aurora llena el oriente con la vida juvenil de sus alegres colores. El panorama esplén-

dido de la Pampa, surge lentamente de las sombras de la noche al milagro sublime de la luz Y las aves, echan al viento las trovas jubilosas de su pico, llenando las pausas en que no vibra el canto soberano del gallo.

La concurrencia, espera á la novia en el patio bien barrido y salpicado todavía por el riego.

El rico chiripá y los calzoncillos con flecos y randas, y las polleras de floreados percales ó flamante seda, dejan oir su ruge ruge con armonías de placer. Y más de una polla, mira con el alma en los ojos los primores que hizo en la blusa, ó en la pechera de la camisa que luce ufano algún criollo de simpática presencia, quién no puede menos de codiciar con la mirada ese *chiche* de sus ensueños, viendo las iniciales de su nombre en el pañuelo con que ella ata su cabeza graciosa.

Los mates, luciendo la joya primorosa de su bombilla, van y vienen de la cocina al patio corriendo de mano en mano. Y los fletes chapeados de plata, arqueando el pescuezo á la rienda recogida de intento sobre el basto, clavando las orejas hacia adelante y mirando lejos, en el palenque relinchan por el llano de su querencia.

Y ahí, en la orilla del patio, en el jardín que labraban un día las manos de Julián, el moro se ostenta soberbio con la silla de su dueña, haciendo sonar la coscoja junto á la joyería deslumbrante de los caballos del novio y de los patrones.

La conversación brota de los labios pintoresca,

intercalada con algún retruecano picante, que sueltan los que están á los que vienen llegando, á guisa de bienvenida...

Don Plácido, con su catadura garbosa de hombre bajo y grueso, empinándose sobre los tacones altos y finos de sus botas de charol, de punta en blanco, con su traje lujoso de paisano, departe amigablemente con los más prestigiosos del pago, sin preocuparse gran cosa de Galo, su futuro yerno, que por más que aborda hasta la política, no cautiva ni sus miradas.

Ya empieza á intrigarme esa indiferencia de don Plácido para con Galo, cuando ño Panta me sopla al oído:

—¡Me parece que el chino Galo, le pesa al patrón como un empacho de masacote negro!...

—Cómo! qué no le quiere bien?...

—Hum! ¡No sé cómo del día á la noche, le va á salir queriendo!...—y á mi gesto de profundo estupor, agrega sentencioso:—¡Ahora creo, «que hay gato encerrado!»—y guiña un ojo.

—¡No comprendo!...

—¡Yo tampoco! ¡Pero ni falta que nos hace, «el meternos en esas honduras!...»—y ya se va á retirar, cuando todo misterioso dice:—Hoy, cuando fuí á echar la tropilla, lo ví al pobre Julián del otra lado de la tapera. ¡Da lástima como anda de triste!—esto, á la vez que me preocupa, me recuerda el mensaje suyo que debo dar á Petrona...

*
* *

El banquete pampeano, promete ser de los mejores, como que va á asistir á él nada menos

que «el señor padre cura,» cuya venida al oratorio era tan esperada para el casamiento.

Ña Ciriaca, que para eso de las comilonas es más buscada que partera ó vieja rezadora, arremangada hasta los codos, y mordiendo el pucho con sus únicos colmillos, va de aquí para allí respondiendo á las consultas, é impartiendo nuevas órdenes, á la vez que prueba este picadillo, aquel dulce, y tenta la masa para los pasteles y el pan. Todo se agita y trepida á su paso de coja. Unas despluman aves, y otras baten huevos; la cocina despide humo hasta por el techo y las grietas de la pared, y sus ollas de tres pies, hierven haciendo resonar las tapas con briosos repiqueteos de furor; los fogones, cubiertos de costillares y picanas con cuero, reverberan bajo la mirada experta de ño Satungo, que no por eso pierde de vista «al frasco» y el horno, allá junto al charco de los patos, vomita un infierno de flamulas chisporroteantes al revolverlo «el viejo guasquita,» que suda la gota gorda purgando el crímen tremendo de sus pecados...

Es una mañana hermosa de verano, en que alborea la vida placentera.

Las gallinas y los pavos, buscan en tropillas el campo; las ovejas en el corral, se incorporan y sus corderos corren y brincan; las lecheras, recientemente ordeñadas dejan mamar á sus terneros vecinas al tambo, ó se alejan pastando hacia la próxima llanura, donde el ganado aquí y allí ante los despojos de la carneada, prorrumpe en mugidos lastimeros, mientras braman sus toros echándose tierra, y las aves de rapiña voltean armando infernal algarabía.

El sol ya se eleva triunfante sobre la Pampa, cuando las mujeres se dan el último toque guiadas por la *luna magnífica* de su buen tino, y los hombres se aprestan á montar.

Poco después, seguida por su madre y algunas íntimas, aparece Petrona envuelta en la nube blanca de su atavío de novia, pálida, con un si es no es de melancolía secreta en la sonrisa dulce con que retribuye á los elogios que le tributan al paso.

Galo á su presencia encantadora, queda extático. Y ella á la suya, se torna tan dulce, que parece su alma no sufriera por otro hombre...

Se me antoja que se siente tan conmovido don Plácido ante la sumisión humilde de su hija, que está á punto de tenderle los brazos, para mitigar su pena al bálsamo inefable de sus besos y sus caricias. Y hasta creo entrever un ruego supremo en la mirada con que doña Mamerta mira á su esposo por un instante. Pero él, como si librase consigo mismo una lucha sorda, aparta los ojos contrayendo el ceño, y luego dice:

—¡No perdamos más tiempo, que se hace tarde!—y echando su vicuña al hombro, se dirije á su caballo con paso breve pero enérgico.

Al fin, veo llegar la ocasión que tanto esperaba para transmitir el mensaje de Julián. Me sustento trémulo, como si fuera á cometer un crimen. Pero, para dar al traste con mis escrúpulos de una vez, corro hasta el moro, le aparto del picazo de doña Mamerta y le grito:

—Siervo!—solo cuando el moro se alarga

hasta casi tocar el suelo con el estribo, parece que Galo encuentra justo el que me apodere de su novia, dejándole el fardo de su futura suegra.

Diría que Petrona al ver al moro humillarse á su presencia, está á punto de proferir en un grito de angustia suprema: Julián!... Pero, se muerde el labio inferior y respira con fuerza hacia adentro, mientras los ojos se le llenan de lágrimas, que tiemblan un instante en sus pestañas, y luego se desprenden silenciosas.

¡Yo no puedo ver impasible las lágrimas de una mujer, desde que ví como lloraba su dolor eterno mi madre! Y por eso, conmovido hasta el punto de casi no poder hablar, le entrego la rienda al par que murmuro fielmente las palabras de Julián.

Al oírlas, Petrona se estremece de pies á cabeza, se torna lívida como un cadáver, y no sé qué de dolor horrible descompone su semblante. Creo que está á punto de morir, cuando le digo soportando su talle furtivamente:

—Valor, Petrona!...

—¡Es que ya no puedo más, don Carlos!—de pronto, diría que se levanta sobre sí misma fortalecida por una idea inquebrantable, y, después de sentarse en la silla, fingiendo inclinarse para recojer su falda à la vez que agrega:
—¡Por Dios, dígale que me deje sufrir sola!... Que hacer «eso» ante los altares, es una temeridad!—y ya nadie diría que sufre, viéndola recoger su bruto á un paso marcial, mientras se aleja hacia su novio.

¡Oh, qué arcano inefable es el alma de la mujer!

*
* *

No menos de cien personas de ambos sexos, cabalgando fletes hermosos, ricamente emprendados, esperan en el rodeo á que los novios rompan la marcha colocados entre los padrinos, mientras seis de los mejores guitarreros del pago, pulsan vihuelas adornadas con flores y cintas, y algunos criollos rompen cajones de cohetes para «arrimarle el pucho» así que se muevan.

Ño Franchisco el pulpero, que es el hombre más *láido* (leído) del pago, ordena en columnas la comitiva, hasta que agitando el sombrero grita con voz de contrabajo:

—¡Eh, vivan los novios!!... — y viva, repiten como un eco todos al mismo tiempo que parten, y los guitarreros dejan oír en armonías trémulas de júbilo el Pericón Nacional, que poco después solamente se oye en las breves pausas del estallido graneado de los cohetes.

Y sobre el pucho se arma la de Dios es Cristo entre los pingos fogosos, que enarcan el pescuezo parando las orejas, que bufan con las narices bien redondas, y alzando la cola de rico cerdamen, se tienden hasta hacer rayar al ginete con la espuela la llanura. Aquí un paisano le cierra las nazarenas al flete, «bajándole la lonja» para que recuerde con razón sus tiempos de bagual, y allá una hembra, que está «en el serio peligro de manifestar hasta lo que no debe» logra al fin recoger su bruto á la rienda, orgullosa de que su San Antonio la haya sacado

bien de semejante apuro... Pero en medio de este desorden en que á cada uno le sobra quehacer, salta de pronto, como una perdiz, la nota pintoresca con todo el cuerpo y el alma de ño Franchisco, cuyo caballo corcobeando lo tiene de la cruz al anca, ó de un costillar al otro, por más que *charquea* con uñas y dientes, majurando con elocuencia vehemente contra la dona de su patria en el idioma de sus abuelos. Parece una bolsa de trapos saltando sin cesar sobre el lomo del tostado, hasta que, como por arte del diablo, se desprende del basto elevándose para luego describir una rápida trayectoria, que se prolonga todavía cuando el dá en tierra «buscando el centro de gravedad...»

Al paisanaje le duele ya la barriga de tanto reirse, cuando ño Franchisco cubierto de espinas y abrojos se pone de pie, y, llevando la mano «á cierta parte» en que debe dolerle, recoge su *pipa* y su sombrero. Luego, trata de justificar el golpe:

—¡*Per* Cristo! ¡Qué bruta vestia!—aquí sopla la pipa, le quita la ceniza dando dos golpes en la uña, la coloca entre los dientes, mientras busca en el bolsillo el yesquero, pregunta al que tiene más cerca:—¿Ha *vete* visto *come fugue* la cosa?...

—¡Ni ciego que fuera, *che!*... ¡cuando has dado más de mil vueltas en el aire, para quedar después panza arriba, lo mismo que sapo pidiendo agua!...—los demás prorrumpen en sonoras carcajadas que hieren el amor propio de ño Franchisco, que replica:

—¡Eh... *amico, dejase* de *frecar*, que *fu per cuel porco* estribo que me trobo!...

—¡A otro perro con ese hueso, che!...

—¡Sí, hombre, jugá limpio confesando la partida, y montá, que ya van lejos los demás! —y ño Franchisco tiene que darse por vencido, viendo que los otros se alejan «pasando el rato á su costa.»

Veo á Petrona á la cabeza de su séquito de bodas, toda de blanco en su moro regio, que trota pausado y corto, imprimiendo á su ginete gentil un baja y sube que tiene mucho de coquetón. Y el chino Galo, con su barba lacia, cerdosa, enmarañando su rostro empabonado, de pómulos salientes, naríz aguileña y labios gruesos, pero que tiene dos ojos hermosos que embellecen su fealdad cuando se iluminan con secretas ternuras: con su traje lujoso de chiripá que proclama á gritos los caudales de su inmensa fortuna, y con los dedos llenos de anillos, cuyas piedras falsas él pagó por buenas, cabalgando su alazán cubierto de plata, va junto á ella como mosca en la leche, ávido de contemplar las dos palomas de sus botas blancas, que á los caprichos del viento descubre por instantes la falda flotando.

Los compases trémulos de la guitarra, y el tronar sucesivo de los cohetes, alzándose victoriosos sobre la algazara de la comitiva, parecen proclamar á los cuatro vientos la dicha de los novios...

La Pampa se despeja al paso luminoso del día, ofreciéndose á nuestra vista su extensión espléndida. Aquí á la derecha, se divisa una

estancia con su monte largo, estrechando en su centro una serie de ranchos chicos que semejan una toldería de indios. Es la casa del novio. Y de ella nos saludan agitando el sombrero los hombres, y las mujeres batiendo sus delantales, mientras un grupo de ginetes parte hacia nosotros al galope de sus pingos, que chapeados de plata centellean por momentos bajo la luz blanca del sol. Y allá adelante, lo mismo que si se fuese incorporando á nuestra presencia, surge lentamente de la lejanía anchurosa el oratorio con la albura de su atalaya.

Entre tanto, encontradas ideas bullen en mi mente, abismándome en una incertidumbre que empieza á mortificarme; cuando de repente creo ver á Julián allá lejos, en un ginete apeado, que apoyando los brazos sobre el apero y la barba en ellos, nos mira cruzar al parecer muy triste...

No me es posible cumplir la súplica de Petrona.

*
* *

Muy pocos son los creyentes que oyen misa, cuando entramos al oratorio de la rica viuda de Castro.

En el fondo de un semisalón blanqueado, se alza el pequeño altar no más arriba de la mitad de su pared. Después, unos escaños de pino sin pintar al centro de algunas sillas enfiladas á ambos lados, dejando «dos purgatorios» para los que pretendan llegar á primer término...

Los novios van á sentarse adelante, é inmediatamente una parte de la comitiva, mientras la restante queda de pie llenando el salon.

Entramos en el momento en que «se forja el milagro portentoso del vino y el pan...» El padre se posterna, y el viejo paisano que le sirve de monaguillo deja oír uno, dos y tres campanillazos, en tanto los creyentesse doblegan como al peso de sus culpas tremendas, hasta ensuciar los labios con el polvo del suelo en la unción religiosa de sus almas. En el instante que se eleva el cáliz solemne, rompe á llorar un chico casi al pie del ara.

Entonces el monago, desprendiéndose de la piel de cordero de su oficio, aplasta á la madre de la criatura profana y dice:

—¡Por el mandinga, tápele la boca á ese muchacho!...—y cubriéndose otra vez con aquella mansedumbre dulce de su oficio, empieza á darle á la campanilla perdido en lo mejor de la misa, interrumpiendo al sacerdote en lo más divino del éxtasis en que apura la sangre de Cristo... pues se ve obligado «á conducirle beatíficamente por el poncho», al punto que él se encuentra del misal...

Ño Franchisco apenas puede contener la risa, parado allá en la puerta. Parece que le hacen cosquillas, al ver en tan serio apuro al viejo monago.

El padre, acaso teniendo en cuenta que el mártir del Gólgota perdonó á su verdugo, hace extensiva su bendición hasta el sacrílego de ño Franchisco, y se aleja por la única puerta lateral, seguido tan de cerca por el paisano mo-

naguillo, que á dos por tres comete la profanidad impía de pisarle los talones, armándole un tropel de cien yeguas al galope, con el *ríc rác* de sus tamañas nazarenas...

Ño Franchisco puertea tapándose la boca con el sombrero, para no soltar la carcajada adentro.

*
* *

Un momento después, empieza la ceremonia.

Petrona, de pie junto á Galo, pálida, trémula, agitada visiblemente á pesar de sus esfuerzos, escucha las palabras del sacerdote con la la vista baja, estremeciéndose al menor ruído que produce alguno á su espalda, cual si temblando esperara á cada instante oír los pasos ó el acento de alguien... El novio, completamente extraño al infierno atroz de su ansiedad, inclina la frente en su recogimiento profundo. Doña Mamerta, torturada por no sé qué dolor recóndito, de momento en momento aprieta con fuerza los pápados, para cortar el doble caudal de su llanto silencioso. Y don Plácido, sombrío, patentizando en las mejillas la presión de sus dientes, contrayendo por intervalos el ceño, cual si quisiera apartar una idea tenaz de su mente, se diría que libra una lucha sorda ante su conciencia.

La concurrencia, sigue detalle por detalle la ceremonia; mientras el viejo monago, con el pelo y la barba en desorden, se muerde á cada gota de cera caliente que le cae en la mano con que mantiene la vela, á la altura del libro en que lee el padre. Pero, en la solem-

nidad augusta de ese acto él va tan lejos, que ni siquiera pestañea al rayo de sol que le dá en los ojos, ni á la persistencia tenaz de una mosca que va y viene por su rostro, levantando al diablo en el cuerpo de ño Franchisco.

Llega el instante supremo en que el padre pregunta con acento silboso:

—No hay algún impedimento, que se oponga á la unión de ambos?...—y el sacerdote, deja vagar lentamente una mirada interrogadora sobre la concurrencia muda, sobre las estampas de mártires que penden impasibles de la pared, hasta que queda fijo en ño Franchisco, como si esperase á que alguien responda.

Intensamente pálida, Petrona se agita trémula de ansiedad en su sitio, al par que sus pupilas se elevan en una súplica indecible hasta la faz marmórea de la virgen, que continúa indiferente, fría, con la impasibilidad serena de una muñeca grande, iluminada por ocho velas sobre el altar. Doña Mamerta, diría que á punto de sollozar muerde una punta del pañuelo. El semblante adusto de don Plácido, parece imponer obediencia ciega. Y ño Franchisco, sigue con el diablo en el cuerpo, tapándose á medias el rostro con el sombrero, para ocultar la risa que le inspiran los gestos ridículos que hace el paisano monaguillo á los empeños tenaces de la mosca, que pugna por metérsele en un agujero de su nariz...

Hay no sé qué de ansiedad vagorosa en todo para mí. Sin saber explicarme porqué, espero con todos los latidos del corazón á que se presente en ese instante mismo Julián. Pero

nó, es inútil que mire con el alma en las pupilas hacia la puerta: nadie salva su dintel.

El padre otra vez pregunta:

—Recibes por esposo, á don Camilo Galo?...

—debatiéndose en el paroxismo supremo de la angustia, Petrona retuerce entre ambas manos el pañuelo, alza hasta la virgen los ojos llenos de lágrimas, para suplicar con el ruego más férvido en las pupilas, mientras sus labios descoloridos tiemblan sin lograr desplegarse, en la lucha muda pero terrible en que sufre y llora, forcejeando como si una mano invisible la sujetase en aquel sitio, hasta que de súbito prorrumpe entre sollozos, cayendo de rodillas ante el sacerdote.

—¡No puedo, padre...! ¡Algo, desde el fondo de mis entrañas... me grita que nó, que pertenezco á otro hombre...!—el cura y todos quedan consternados á esa inopinada revelación tremenda; mientras don Plácido fuera de sí, se adelanta alzando la mano:

—¡Desgraciada...!—pero, cuando ya la baja para cruzar el rostro de su hija, un puño poderoso le sujeta, arrojándolo después á algunos pasos; entonces don Plácido, víctima del estupor más profundo, agrega—¡Julián...!—efectivamente es él, él que sin duda ya estaba en el oratorio cuando entramos, para descubrirse solo en ese instante en que le veo erguirse arrogante como jamás me lo imaginara, afrontando como hombre las consecuencias de sus actos.

Diría que el dolor le ha arrancado de su mansedumbre paciente, al mágico conjuro de su sabia enseñanza; hasta el punto de que no

sé explicarme si es su rostro adolorido, ó su actitud serena á la vez que decidida, lo que en él más impone cuando replica escudando con su pecho á Petrona:

—¡Si, señor Julián...! ¡Yo, que vengo á interponerme entre usted y su hija, movido por un sentimiento sagrado...!—y dirigiéndose á Galo:—¡Esta mujer nunca podrá hacerle feliz... «ha sido ya mi esposa», ante Dios y mi conciencia!—y con ademan resuelto, toma á Petrona por una mano, para luego dejar su mirada tranquila sobre todos.

El viejo monago, apaga la vela dando por terminado el acto, ó tal vez para librarse de su martirio. Pero don Plácido, temblando de coraje quiere precipitarse sobre Julian, para castigar su audacia no obstante el sitio en que se halla. Empero, Galo y otros de sus principales amigos, le contienen. Y el sacerdote mismo, con su palabra conciliadora, trata de persuadirle de que la violencia no conduce sino á mayores desgracias, que en ese asunto y en ese momento, se imponía de un modo perentorio la reparación. Entonces doña Mamerta, acaso animada por esas ideas del padre, suplica de rodillas á los pies de su esposo, «que les deje reparar su culpa: que les perdone...

A la angustia suprema de su esposa, don Plácido se agita como sujeto al suelo por un poder extraño. Hay momentos en que se pasa las manos por la frente, como si quisiera apartar una visión horrible de su cerebro, y otros en que rechaza á doña Mamerta y pretende alejarse de allí, con espanto. Así lucha debatién-

dose con su propia conciencia, hasta que al fin dice todo sombrío:

—¡Haga usted, doña Mamerta, como madre que es al fin... lo que crea más prudente: pero yo, ya no tengo hija...!—y se aleja seguido por Galo y otros, agitando en sentido negativo la cabeza al par que la mano, á estas súplicas de su hija y de su esposa: «Tatita...! don Plácido...!»

***

Don Plácido apoya los codos en los alambres junto á la tranquera, ocultando el rostro entre ambas manos, cuando su esposa conduce á los jóvenes hasta él, y dice con acento apenado:

—¡Don Plácido...!—él se estremece violentamente como á un pinchazo de improviso, y la mira con extrañeza profunda sin reparar en ellos—¡Acaba de reparar con su nombre, nuestro nombre...!—y solo entonces se vuelve, para ver á los desposados de rodillas á sus pies.

Algo inexplicable debe pasar en el alma de ese padre.

Sus ojos se agrandan en un relámpago sangriento de ira, en el propio instante en que una como sonrisa de ternuras indecibles irradia en sus pupilas, que lentamente se inundan de lágrimas. Traga un sollozo, á la vez que hace rechinar los dientes. Alarga las manos, cual si fuese á bendecirles pero horrorizado las retira y hunde los dedos crispados entre sus cabellos. Al fin, ahogando el grito formidable de sus pasiones, en algo como un desbordamiento de salvaje júbilo, les alza, para abrazarles después

ocultando el rostro bañado de llanto entre sus cabezas...

Abismado en un pensamiento profundo me encuentro todavía ante ese grupo, cuando me sobrecogen de improviso los arpegios jubilosos de las guitarras, y los entusiastas fragores del estallido de los cohetes, mientras ño Franchisco, agitando el sombrero sobre su cabeza, repite una, dos y más veces hasta quedar ronco:

—¡¡Eh, vivan los novios...!!



LAS CAUTIVAS

No se qué de subyugador misterio tiene para mí el viejo gaucho...

Desde que caí á este pago, traté de hacerme su amigo. Y lo he conseguido, hasta el punto de que ahora somos inseparables. ¿Que puede haber de común entre ese anciano y yo, que soy cuasi un niño?

¡Es tan bondadoso don Quintiliano, y me refiere tantas cosas de esa Pampa y sus gauchos! Sin embargo, nunca me habla de él, de su vida, de su juventud. Quizás por eso siento viva ansiedad por su pasado?

Sin aludir jamás á esa aurora de su existencia, he esperado hasta hoy á que la ocasión se desprenda por sí sola, tal como se desprende el fruto maduro de la rama...

*
* *

Atardece. Pero con esa melancolía doliente de las tardes lloviznosas de la Pampa.

La garúa, cae sutil y fría sobre la vasta llanura, para deslizarse luego á los caprichos del viento, en mangas densas que por instante van á envolver las sierras lejanas.

El ganado, bajo el cuerno y las picanas al sudeste, en grupos caprichosos corona desde la falda las lomas. La yeguada, con el pelo erizado, flotante la crin y con las narices rozando la gramilla, en enfiladas puntas ó líneas pintorescas, encara al trote la fría lluvia, para volver después sobre el rastro pastando aquí y allí ó retozando con soberbio albedrío hasta adquirir nuevo calor. Las ovejas, blanco el humedecido vellon y un tanto encogidas, van poco á poco buscando el amplísimo del monte, dejando oír sin intervalo el simpático desconcierto de su penetrante balido. Y los peones, cual palomas que tienden su vuelo cansada hacia la selva en que está su nido, de distintos puntos de la Pampa regresan á la estancia; mientras la noche se adelanta al postrer desmayo de la tarde que aún no ha llegado á su fin.

Don Quintiliano y yo, somos los últimos en llegar á las casas. Pues venimos de más distante, del fondo del campo. Y, así que le volteamos los cueros á los fletes y cambiamos la ropa mojada por otra seca, pasamos á la cocina para sentarnos junto al fogón, sobre cuyas rojas llamas alargamos las agarrotadas manos, sonriendo á la idea inefable de que estamos bajo de techo, de que tenemos lumbre y que comer...

—¡Qué noche, madre santísima!—prorrumpe la vieja cocinera, alargándonos un par de tortas fritas, para que no sirvamos con mate.

—¡Pobre, del que agarre sin poncho!...—responde mi aparcero á lo que asienten con sentimiento todos los demás, fijando la mirada en el campo, como si viesen cruzar allá por la

última loma, á los que sorprende semejante noche en la intemperie vagorosa de la Pampa.

Y el cimarrón empieza á correr de mano en mano, lo mismo que el haz de oro cuando entre caballeros y damas juegan «al sucio...» Y doña Micaela, sin desatender la masamorra, el guiso y el asado, sigue achatando y redondeando pedazos de masa entre sus rugosos y limpísimos dedos; interín le da que hacer al pucho con los dos últimos colmillos que aún le quedan; ó abaraja en el aire algún retruecano que le largan los paisanos á quema-ropa.

Las gallinas, entre tanto, van subiendo de uno á otro palo á la destechada ramada, ó de un solo volido trepan la rama del árbol en que suelen dormir; los pollos, piando y todos encogidos siguen la madre que busca el reparo de los yuyos para cubrirlos entonces con sus alas; los patos, échanse bajo el lacio ramaje de los llorones y á la orilla del charco, donde los gansos se deslizan bogando como en un ensueño; los perros, temblando y con la cola gacha, vienen á acurrucarse junto á la pared; las ovejas se rodean en los primeros pastos próximos á la playa; y las lecheras, tendidas en el tambo tascan pausadamente vecinas á los entropetados terneros.

Plomizas nubes descienden silenciosas á la tierra, donde retorciéndose se enanchan hasta fundirse en estrecho abrazo para desplegar sobre la Pampa anchurosa oscura noche, lloviznosa y fría.

*
* *

Cenamos. Y cuando la cocinera recoge las cucharas y el fuentón, cada uno arrastra el banco hasta su antiguo sitio junto al fuego, y se monda los dientes con la punta del cuchillo, ó «pela» la *guayaca*, (1) para liar uno de chala. Alguno, descuelga la yerbera del alero y empieza á cebar mate; y otros, á echar una costura en la bien ancha y blanca cincha, en cuyos extremos ya ostenta las iniciales de su dueño, trazadas con finísimos tientos. Y así, comienza nuestra velada pampeana, solamente que esta noche se prolongará hasta el amanecer, porque las majadas duermen á rodeo y hay que rondarlas de hora en hora, «¡no sea el diablo que se hagan una!»

Pero, en tan árdua tarea, pasamos las horas inadvertidas, escuchando las historias de don Quintiliano. Es una especie de compromiso moral que ha contraído con nosotros. Y por eso, alargándole el primer amargo el cebador, dice:

—Y á ver, si nos cuenta algo...—el viejo gaucho, nos sonríe agradecido por que sabe que en noches tan crueles, no le dejamos tomar turno en la ronda.

Entonces, se quita el sombrero y pañuelo con que cubre su cabeza. Peina con sus rugosos y encorvados dedos su cabellera y barba, que al esparcirse circúndanle pecho y hombros en un desorden hermoso de hebras de plata. Luego su mirada de ojos negros, bajo un arco de enmarañadas cejas, se alza hasta el ennegrecido techo de paja mansa, cual si quisie-

(1) Guayaca, tabaquera de cuero ó paño, suelen usarlas con primores de seda.

ra abarcar primero el panorama risueño de su pasado, para recién empezar esta narración, en la que no solo trataré de imitar su tono pausado sino también su modo de decir gauchesco.

*
* *

—¿«Quien, desde Puan á los fortines de Lavalle y Mercedes no conoció al Marucho?... (1) ó al menos, no ha oído mentar el tino con que supo conquistar ese renombre en las travesías del desierto?...

Agapito Lara, era su nombre. Gaucho bien *empilchado* (2) y de alma atravesada, como quien dice. Conocía el desierto, como á la palma de su mano. Y tenía unos ojos, que en más de una noche negra los ví brillar lo mismo que dos ascuas.

Hay hombres completamente diversos á los demás. Se diría que fueron hechos de materia distinta á la común, y que por eso tienen cualidades raras, peregrinas, que al no alcanzarlas nadie por que no las posee... son un fundamento para que los declaren locos, ó poseídos por el diablo, (¡creo en Dios padre!). De ahí que el Marucho pasara por un ser extraño en su pago, donde hoy llaman Puente Alsina.

No faltaba quien dijese que por sus venas corría sangre real. Pero lo cierto del caso es que él era blanco, y rubia su melena y barba; de rostro hermoso, y talla esbelta.

Del día á la noche, desaparecía de su ran-

(1) Marucho, ó baqueano, guía que orientaba á traves del desierto á los ejércitos.
(2) Empilchado, emprendado, de *pilcha*.

cho. Transcurrian uno ó dos meses sin vérsele hasta que al despuntar de una madrugada el hombre aparecía yerbeando á su puerta, mientras con la vista iba ayuntando por sus pelos á cincuenta ó más fletes orejanos, que en el corral relinchaban por su querencia.

Los paisanos que caían empujados por la curiosidad, preguntaban:

—¿De donde trae esos baguales tan raros, amigo Lara?...

Los he boleado muy lejos... —¿Para que querían saber más?...

Pero, cuando Marucho acudía al corral se desvanecía la idea de que esos pingos con crines tan largas y orejanos, fuesen baguales, alzados; por que después de quitar una de las tres palmas que servían de puerta, él llamaba por éste ó parecido nombre:

—Huinca! (5)—y uno de aquellos brutos de colores tan extraños, se cortaba de los demás y sin tocar las trancas saltaba y acudía junto á él, que entonces, después de acariciarlo agregaba:—Achumao!—aquí el caballo se tendía á sus pies, quedando como dormido.

El paisanaje al ver eso, huía como espantado de aquel hombre, á quien creian el mismo diablo en persona. Pero yo, que sentía una mezcla de admiración y cariño por Marucho, me quedaba para ayudarle á llevar sus caballos á tal ó cual persona de las principales de la ciudad, quienes se los compraban á muy buenos precios. Luego adquiría prendas de plata, como ser pretales, chapeados, estribos

(5) Cristiano.

de brasero, espuelas y facones. Y después, me dejaba «para los vicios» y volvía á desaparecer con todo aquel Perú. A donde iba Agapito Lara?...

En una de estas ocasiones, fué cuando él me dijo:

—Aparcero, quiere que lo lleve conmigo?...— Mi respuesta, fué afirmativa. Y esa misma noche, echamos una tropilla de diez caballos por delante y apuntamos tierra adentro.

Cuando asomó el lucero, á nuestra espalda entre las sombras fugitivas de la noche quedaban las últimas poblaciones de la Pampa; y ante nosotros, lentamente como un ensueño delicioso, iba surgiendo inconmensurable la planície absoluta del desierto.

Todavía de diez leguas en diez leguas, lo mismo que una cara que me sonreía allí donde no esperaba verla, se destacaba alguna estancia coronando de simpático miraje á algún médano. Pero, al ponerse el sol el quinto día, dejábamos de pisar el suelo cristiano para invadir los dominios del salvaje.

No se qué de grande, sin embargo, experimentaba á medida que más nos internábamos en aquella inmensidad expléndida del indio.

El ñandú, volviendo á uno y otro lado la cabeza todo avispado, solapándose entre la paja mansa con los alones desplegados, que golpeaban aquí y allí los matorrales para ocultar los charavones; la gama, alto y hacia atras el pescuezo, y las orejas clavadas con la vista allá lejos, erguíase como ufana de su presencia; el ciervo, con su cornamenta soberana, puntean-

do al vacuno bravo; el burro, de pelo lustroso y límpio, mezclado con la turba de baguales orejanos, cuyas crines agitadas por el viento rozábanles el anca, mientras bufando se miraban los costillares y su cola de rico cerdamen flotaba sobre el fachinal; la liebre partiendo veloz, y la martineta saltando bajo el freno; la cigüeña hendiendo magestuosa los espacios, y el yajá en el terraplen alzando su grito potente: todo eso lleno de vida y movimientos surgía incesante á nuestro paso.

Marucho, íbame designando por sus nombres aquellos parajes que me eran completamente desconocidos. Y así dejamos atrás Blanca Grande, Río Tapalqué, Chinquel Carhue, Guaminí y Puan, para avistar algunos días después, desde las márgenes del Río Colorado, los primeros toldos del salvaje.

Echamos pie á tierra. Y Marucho se puso á observar el inmenso bajío que nos separaba de los médanos, en cuya falda norte se alzaban los toldos.

El sol, ya iba á azotar las puertas de occidente con los flecos magníficos de su poncho escarlata. Y el sociego vagoroso de las inmensidades apoderábase del desierto.

Transcurrió un momento de silencio, hasta que Marucho preguntó socarronamente:

—¿Que ve, amigo Quintiliano, allá en el plan del bajo...?

—Una yeguada...—le contesté convencido de que eran eso solamente aquellos animales, que estando con el pescuezo tendido y tan quietos, se me antojaban hartos del verde gramillal que

tenían á sus pies. Pero él me sacó de semejante error, diciendo con marcada ironía:

—Fíjese bien, amigazo, en esa yeguada...— en vano me volví todo ojos para ver, hasta que él agregó sonriendo:—¿Pero, no ve que es la indiada...?—y á la perplejidad con que yo le miraba, se tornó grave para terminar: Tendida sobre el lado del lazo, espera las órdenes que le trasmitirán sus jefes desde aquel grupo, por medio de un cuerno...

No se qué algo enfriándome la sangre en las venas, erizó mis cabellos á esta noticia. Y en el mismo instante, un lamento agudo é intenso vibró en el silencio de la tarde. Como por encanto, aquellos animales viéronse por jinetes, que mientras más y más se precipitaba esa voz, más y más vertiginosa era la carrera á que se lanzaban, hiriendo con larguísimas lanzas á un enemigo invisible, al par que todos á una proferían este alarido:

—¡Ya! ¡ya! ¡ya! (1)

Enmudeció el cuerno. Pero en medio de aquel correr estrepitoso que hacía temblar la tierra, alzaba su grito de lucha la turba guerrera, la que en grupos desiguales y con direcciones distintas, se esparcía como sedienta de más luz y más espacio para su fiero albedrío.

Interín aquel sordo rumor se alejaba como el hórrido retumbar de un trueno, y las próximas lomas se coronaban de jinetes, Marucho, después de sentársele á su pingo, me decía:

—Todas las tardes, hacen lo mismo... Y con

---

(1) Grito de guerra que equivale decir: *¡vamos!*

el pretexto de alejar al *gualichu* (1) de su toldería, se ejercitan á la manera que nuestras milicias en el arte de la guerra. Pues, en aquel grupo á que vamos, estan los jefes principales, que son el cacique y los capitanejos; el estado mayor compuesto de indios viejos cuya experiencia suele ser consultada, y algunos adivinos; (2) y el trompa de órdenes.

A este punto, tendidos sobre la paleta del lado del lazo de sus caballos cuyas crines del pescuezo bajo y alargado azotándoles el pecho iban á confundirse con sus largas melenas aprisionadas con vincha, ó corona de plumas; lanza en ristre y fija la espuela en los hijares, salieron á nuestro encuentro diez jinetes del grupo de jefes, escalonados en dos columnas: la primera, pronta á herir nuestros montados; mientras la segunda amenazaba á nuestro pecho.

Confieso, que cuando ví á un tiro de flecha aquellos salvajes de cara enrojecida por la intemperie y el carmín, y llegó á mí el zumbido siniestro que producían las plumas de sus lanzas y taparrabos, estuve á punto de olvidar las oportunas indicaciones que me hiciera Marucho de no intimidarme por nada, que bastaba que fuese con él y que hablase su lengua, (pues hacía mucho que me había enseñado el ranquel) sería suficiente para ser respetado como á un hombre valiente.

(1) Ser imaginario que mora en las tinieblas, y que según crée el indio, es portador de la desgracia.

(2) Indio ó india, vieja ó joven, que tiene el don de presentir al gualichu, ó los males que amenazan á la tribu, y cuyos designios son inapelables, pues nunca se escucha á la víctima

Pero, Marucho se apresuró á levantar la vicuña y rebolearla de izquierda á derecha sobre su cabeza, lo que hizo que aquellos desarmasen su actitud á la vez que sofrenaban sus brutos. Entonces, repitieron la señal de paz, hasta que algunos de los del grupo contestaron con el mismo signo telegráfico. Y, después de clavar en tierra las moharras, en perfecto ranquel nos dijo uno de ellos:

—Los hermanos que vienen de paz, pueden pisar nuestra tierra...—y después de presentarme Marucho, de sufrir las muestras de simpatía que resultaban un tanto duras, y de ser observado con semicuriosidad y recelo, galopamos todos hasta llegar á los jefes, cuyas miradas profundas y abrumadoras tuve que mantener mientras duraba esta otra presentación:

—El hermano Pichaencú, el cacique más toro que pisa sobre el haz del desierto...—á éste elogio, un indio de edad madura, de corpulencia que se diría de bronce por lo fornida, que montaba un soberbio tordillo negro chapeado de plata, sonrió con mezcla de fiero orgullo y me tendió su mano pequeña, pero con el vigor de la manaza de un gigante; Marucho prosiguió, designándome: -Éste, es el hermano Quintiliano Ponce, gaucho lindo, macho bueno, toro, que habla tu lengua... ¡y que para conocerte ha dejado el suelo cristiano!

A semejante noticia Pichaencú evocó toda la fuerza de sus ante pasados para expresarme con la presión de su mano el respeto profundo que le inspiraba «el cristiano macho, bueno, lindo, toro, que hablaba su lengua»...¡Qué alma

tan noble tiene el indio, cuando se le trata con el corazon en los labios!

Entonces, ví la admiración reflejarse en el semblante de todos los que me rodeaban. Esto, me probó que Marucho conocía á fondo á los infieles; y, asimismo que debía aprovechar ese momento para proclamar «mi fama de gaucho resuelto á todo»...

Y por eso, sobre el pucho le cerré las nazarenas á mi flete, describiendo á la vez un vertiginoso circulo entre los atónitos bárbaros; desnudé el naranjero, que dejando oír los *tin tin* de sus dos montes mientras destellaba á la altura de mi sién, fué objeto de un murmullo de estupor; y así que dije «que el hermano Quintiliano Ponce sabría morir en cualquier parte del haz de la tierra por el hermano Pichaencú y los suyos... apreté la cola del disparador y tras una pausa de muda espectativa, resonó un estampido formidable, que poco después tartamudearon los ecos tal vez como nunca en aquella inmensidad de calma augusta.

No me había equivocado. Pues, no obstante encabritárseles los brutos, y hasta dar en tierra con su *tatú* (1) y *sabiduría* una vatídica... todos estrecharon más el círculo para admirarme más á su placer. Pero, eso sí, sin atreverse ya á tocarme, temerosos quizás de que también fuera á estallar al contacto de sus dedos.

Noté que Pichaencú codiciaba con mirada ansiosa mi arma. En verdad que no había contado con «eso»... Sin embargo, el caso no

(1) Peludo pequeño de los Andes, al que embalsaman y llevan consigo los adivinos, á guisa de amuleto. Le creen sagrado.

era para vacilar. Entonces, alargándosela dije:

—Toma hermano Pichaencú, para tí la traje del suelo cristiano...—y al ver que la tomaba con recelo, le persuadí de que nada debía temer. Y con éste rasgo de *obligada* generosidad, acabé de grangearme la fraternal confianza del cacique y su estado mayor. ¡No era poco!

En tanto, los indios que corrían el gualichú regresaban de todas partes del desierto hacia nosotros, arrastrando la lanza al galope tendido de sus jadeandes potros.

Pichaencú abarcó de una mirada sus huestes. Meditó un instante, hasta que sus ojos chicos, redondos é inquietos, se iluminaron como al paso de una idea. Luego hizo una seña particular á un infiel bajo y rechoncho, el que llevó á sus labios la parte fina de un gran cuerno blanco, y, como ¡ay! lastimero algo distante, vibró el primer toque; después de un intervalo de silencio, le sucedieron notas agudas los mismo que el mugido finísimo de la vaca, y tonos graves como el ronco bramar del toro, que al sociego vagoroso de la tarde se alzaban con no sé qué de tristeza infinita;

Los caballos de la indiada, que ya venía á un tiro de bolas, quedaron como clavados en el suelo hasta que enmudeció la trompeta, lo que indudablemente esperaban para caer entonces largo á largo, dejando á sus jinetes de pie y apoyados en su lanza.

Quedé verdaderamente maravillado á semejante maniobra. ¡Ah, si los ejércitos de la patria tuvieran pingos como esos!

El cacique, altivo como un soberano, paseó

una mirada ufana por aquel ámplio derredor erizado de lanzas que le pertenecíau. Luego, me miró de soslayo en los ojos para preguntar:

—Hermano, que pareciendo «eso?»—y como si Pichaencú estuviera convencido de que en todo el mundo nadie era capáz de hacer eso, sin esperar mi respuesta se volvió para dar algunas órdenes que no pude oír. Después, nos invitó á seguirle hacia los toldos.

Á poco andar, divisamos un jinete destacándose del norte. Pichaencú, al golpe de vista reconoció en él á uno de los suyos.

Con el rostro iluminado por el júbilo salvaje que retozaba en su pecho, y montado en un pangaré sudoso y jadeante, llegó el indio á los toldos del cacique casi con nosotros. Por él se supo que los hermanos que habían ido á *trabajar* (1) llegarían dentro de poco, «trayendo mucho ganado, muchos cautivos y mucho *pulcuy*» (2).

Esa noticia cundió rapidamente por la toldería y el campo, al que ya abandonaba la indiada. Y poco después, aquí y allí en el espacio que abarcaban los toldos sobre la falda á lo largo de los médanos, lucían grandes hogueras en cuyos huesos enrojecidos asábanse costillares y picanas de potro con cuero, pra recíbir á los que debían llegar en breve.

Marucho, que iba de toldo en toldo haciendo canje de prendas por caballos orejanos, dijo á este punto designándome los fogones:

—A la luz de esos candiles, amigo Ponce,

(1) Así dicen los indios cuando «ván á pegar sus malones.»
(2) Aguardiente ó vino, indistintamente.

dentro de poco se va á *divertír* como nunca en sus pagos...—y después de examinar detenidamente una polvareda que se alzaba á una carrera de tiro largo, (1) prosiguió:—Sí; dentro de un momento estarán aquí... No oye usted la griteria?...

En efecto. En las pausas que sucedían entre el balerío y relinchar de vacunos y yeguarizos, y se levantaba la grita de los indios, cuyos acentos poblaban el desierto de ecos fatídicos.

Las sierras lejanas, envueltas en sus tules de azulado pavón, se empinaban atrevidas sobre el gualda horizonte, como con ansias de enjugar la lágrima peregrina del lucero de la tarde. Y las primeras sombras de la noche, trémulas, como sollozando se deslizaban buscándose unas á otras, para fundirse en una con el amor eterno de la naturaleza, cuya grandiosidad sublime vibraba en los espacios mudos, como un canto de Santos Vega».

*
* *

Aquí de su narración se interrumpe el viejo gaucho, dejándonos en el alma unos como ensueños hermosos de aquel pasado suyo, en el que nos parece hasta verle joven y viril, con el semblante lozanizado por la vida y las esperanzas.

De buena gana le pediríamos que continue hasta el fín. Pero, hay que hacer la primera ronda. ¡Y lo que es peor todavía, soy yo, el autor de estas líneas, «Carlos Surígnez y Acha»,

(1) Cuarenta cuadras; y la de «tiro corto» es de veinte.

uno de los tres peones á quienes toca el primer turno!

¡Ah, quisiera seguir contemplando la cabeza hermosa de mi aparcero, para sentirme vivir en esa edad espléndida de la patria mía!

Con verdadero sentimiento dejo la cocina, adelantándome á los otros, quienes ruegan á don Quintiliano los espere para entonces continuar su historia. Son dos paisanos muy buenos. ¡Pero, nunca fueron más lejos de «allí» donde mean las viejas!

Al bañar mi rostro la garúa fría, experimento un escalofrío de pies à cabeza, que me inspira la idea de que mis patrones duermen en lo *calientito*, allá en Buenas Aires.

Las nubes densas de la tormenta, circunscriben renegrídos ámbitos en la Pampa, mientras en la altura por instantes se degarran al paso lento de la luna. Del ras al cenit, en magnífica gradación de colores vánse estrechando hasta finalizar en el disco mismo del astro, semejando en su conjunto sublime, colosa cúpula tímidamente iluminada por un fanal de luz pálida, cuyos rayos, ora vívidos y ora macilentos, fuesen aquí y allá á flotar en lo oscuro, lo mismo que línea movible de blanquísima espuma cruzando la superficie azul de terso mar.

Allá por la loma, como si errase perdido en la extensión vagorosa de la Pampa, deja oír por intervalos su *tilín tilín* el cencerro de alguna madrina y en silbosas rachas el viento, culebrea revolcándose indeciso sobre la verde grama, para alzarse después hasta las nubes, como insultante grito.

Las ovejas, echadas, unas á otras muy juntas para prestarse mutuo calor, ya duermen con el hocico posado sobre las patas; ó ya rumian con la cabeza alta y los ojos semicerrados, cuando no se paran, se estiran, estornudan y vuelven otra vez á echarse. Ninguna abandona el rodeo.

Recojo dos corderitos que acaban de nacer, y á los que en aquel páramo en vano pretenden las madres transmitirles su calor con la lengua. Los llevo á la cocina, á donde los otros paisanos han regresado ya con otros, para calentarlos vecinos al fuego entre la lana de cueros del consumo. Pobres animales! Cuando recobran la vida, abren sus ojos puros, azulados, y los fijan en nosotros se diría con gratitud profunda, para luego prorrumpir su dulce balído.

Así que ocupamos nuestros asientos, y el cebador de mate nos alarga el *poro*, (1) don Quintiliano me pregunta, tal vez por que soy más observador que los otros:

—¿Y...? ¿qué tal...? no ha salido la luna, aparcero...?

—Si, señor... Pero, no logra romper las nubes...

—No importa eso...—medita un instante y luego pregunta: —¿Andan muy bajas las nubes...?

—No, señor, todas muy altas y corren hacia el Norte...

—Entonces mañana podremos secar los trapos al sol... La tormenta se está haciendo al Norte,

(1) Mate forma de huevo, que se prefiere al redondo por creérsele más sabroso, sobretodo para el mate amargo.

para correrse después por el Este al Sur... Lloverá á eso del primer canto de gallo, con viento Pampero, para limpiar...—y aquí el viejo gaucho, que se funda en su larga experiencia para predecir las mutaciones de la naturaleza, paseando la mirada de sus ojos negros y melancólicos la fija en el tercio de yerba, que está abierto en un rincón; en el asador, con algunos restos de carne clavado en el techo: en el salero de cáscara de mataco, que pende de una tijera junto á la grietada pared de barro; hasta que la posa vagamente, como á traves de una idea, en el candil que soportan las flores de la marca.

Con no sé qué sentimiento religioso, esperamos á que reanude su relato aquel anciano, en cuya actitud serenamente pensativa se me antoja la visión venerable de su pasado, surgida de la noche de las edades para hablarnos de algo noble y grande, que nos pertenece como el honor y la gloria de nuestros mayores.

Después de un instante que permanece abismado en su pensamiento, exhala un suspiro de lo más íntimo, nos mira como si pretendiera recordar algo hasta que nos sonríe con el alma en las pupilas; y luego continúa así:

—«Tenía para mi aquella espectativa, un no se qué de angustioso... ¡Diría, que unos como presentimientos muy tristes me llenaban el corazón!

Aquella masa compacta é informe que ofrecían cinco mil ó más cabezas de ganado, avanzando pesadamente en medio de incesantes balidos y relinchos, coreados por el alarido de

no menos de mil indios, que á la carrera estrepitosa de sus brutos la arriaba agitando ponchos ó quillangos, semivelados por las primeras sombras de una noche calurosa y callada; aquellas hogueras de colosales piras coronando la falda de los médanos, á cuya lumbre roja y vívida la china y su chusma desplegaban su actividad con alegría salvaje; aquel ir y venir jinetes de distintas direcciones, y toda esa vida y movimiento inusitado á esa hora de tanto sosiego, era algo horrible en no se qué de fantástico, que hubiera helado la sangre en las venas del hombre mejor templado.

Á un paso cansado, cruzó la hacienda por la punta occidental de los médanos, para ir á quedar empampada entre los cañadones de la próxima llanura; mientras los cargueros venían por la ladera á los toldos del cacique, que se alzaban á unas dos cuerdas de los de la indiada.

Lo mismo que chimangos á la osamenta, empezaron á caer á ese punto los indios, para colmar su curiosidad á medida que iban descargando el rico botin.

Pichaencú, á la lumbre de las fogatas, miraba con ojos risueños bajar piezas de género entre mezcladas con artículos de almacen y de cuanto tenía de bueno la civilización. Y el capitanejo Huatá, le refería donde y como tomaron ésto ó aquello durante el malón, en el que había asolado pulperías de campo, estancias, y hasta el mismo 25 de Mayo, sin que por eso dejasen de hacer una feliz retirada.

Á este punto, entre algunos cautivos, llegaron dos jóvenes á la presencia de Pichaencú. Este, al

verlas caer de rodillas implorando misericordia, buscó con la mirada en derredor á un lenguaraz, y, al no encontrarlo, me miró de un modo profundo en los ojos, para luego preguntarme:

—¿Que quieren esas lindas cristianas...?—traté de ocultar la emoción extraña que sentía á la angustia desgarradora de las jóvenes, y un tanto embarazado por el respecto que me inspiraba su aspecto distinguido, las dije:

—Señoritas, éste que está á mi derecha y yo somos de allá... Pero, sean prudentes... ¿De donde son ustedes...?—hasta ahora no he podido explicarme la razón que tuve para expresarme de ese modo.

Al vibrar en mis labios las armonías de su idioma, ambas jóvenes quedaron como atónitas, con los ojos grandes y redondos de asombro, hasta que una especie de rayo de luz iluminó su semblante descompuesto de angustia. Luego, la menos anonadada, y al parecer de más edad que la otra, contestó en un arranque de supremo ruego:

—¡Somos de «La Sofía...» y nuestros padres darán cuanto ustedes quieran por nosotras...!

—¡Basta!—la repliqué con sequedad, mientras algo de una amargura infinita me llenaba el corazón: no se por que me sentía ofendido, humillado á su *oferta*... Entonces, dije á Pichaencú:—Dicen, que ellas saben que tu eres tan bravo como bueno, y que por eso esperan las ampares teniéndolas cerca de tí...—los ojos del cacique brillaron de satisfacción secreta; se pasó la derecha por los carnosos labios, como si los limpiase; y después de contemplar con mirada

hambrienta los raros encantos de las cautivas contestó entornando los párpados como al blando soplo de un sueño:

—Deciles, hermano, que nunca soy malo con las «lindas cristianas»... y que si ellas son buenas, las tendré siempre en mis toldos...—¡que consuelo para pobres!

Les dejé entrever una esperanza, sin embargo, en la desesperación de su cautiverio. Entonces, la más joven, en son de súplica, me interrumpió:

—¡No nos abandone, por piedad!...—y así debatiéndose en el paroxismo de su dolor, esa mujer deslumbró mi alma con no se qué de sublime. No pude seguirla mirando. Y al apartar los ojos de ella, advertí que la otra también imploraba á Marucho.

—¡Sálvenos, y le daré en cambio mi vida!...

Ante aquellas mujeres de blanco vestidas; con la cabellera suelta en hermoso desorden, enmarcando su rostro de belleza peregrina: y con mirada suplicante demandando nuestro amparo, nos sentímos sobrecogídos por una emoción extraña, Marucho y yo; y, sin saber por que nos miramos furtivamente al par que nos estrechabamos las manos con fuerza. bajo el poncho.

Con la mirada fija en mí, el cacique esperaba una respuesta. Entonces me apresuré á decirle que ella le daban las gracias; que le prometían ser buenas con él, con tal de que las tuviese en sus toldos.

Por toda contestación, Pichaencú ordenó las llevasen á un toldo cercano, el más curioso de todos por ser de cueros cuyo pelo era blanco.

Y á los cautivos, no lejos de allí, los hizo poner en «cepo de lazo»...

Los fogones, enfilados allá con la toldería, íbanse extinguiendo mientras los de aquí, frente á las chozas del cacique, flameaban más vívidos, iluminando el vasto derredor á que las chinas y su chusma traían la carne asada para el festín, con que celebrarían la *maloca* (1).

Cuando todos los indios vinieron á ocupar su puesto ante los diversos montones de costillares y picanas con cuero, el cacique, antes de deponer su autoridad (2) al primer taco de pulcuy, arengó á sus fieles con frases concisas, vibrantes de ódio y de venganza, que resonaban en el silencio, lo mismo que un clarín tocando á degüello. «Ellos, debían esterminar la raza del huinca, que pretendia arrebatarles la tierra de sus mayores, aquel suelo en que habían nacido, y del que nadie tenía derecho para arrojarles... Que el cristiano, sin que ellos le ofendiesen, les hizo la guerra, les violó sus hijas y mujeres, y las llevó para hacerlas esclavas... Que cuando mataban algún hermano, le sacaba lonjas de la piel para ostentarlas en bozales, cabestros y corriones, algo que ellos, «los indios», los *salvajes*, nunca hacían... Pero que en adelante, ellos debían vengar todos esos ultrajes y vejaciones, asolando sus pueblos y trayendo sus hijas y mujeres, para que «él también sienta el peso de la desgracia»...

(1) Correría ó invasión.

(2) Cuando bebe el cacique con sus fieles, pierde su autoridad; y en ningún caso el abuso de sus inferiores en esas fiestas, es castigado, aun cuando fuese víctima de él, el mismo cacique.

La indiada, aclamó con alarido unánime sus arengas, mientras blandía las lanzas sobre sus cabezas y chispeaba su mirada de odio.

Luego, empezaron á comer á la luz de las hogueras, cuyas llamas lo mismo que una madriguera de sierpes, se retorcían sobre las ascuas y bajo las osamentas de potro y vaca que las iban arrojando, para desflocarse después indecisas entre sus concavidades, de donde poco á poco se alzaban en flámulas inígferas, que semejando espirales caprichosas iluminaban aquel sarcasmo á la humanidad...

Con el cabello enmarañado, y el rostro cobrizo pintarrajeado; semivestidos de paisanos algunos, y semidesnudos los más; vecinos á la clavada lanza, cuyo plumero agitándose al soplo del viento, los indios devoraban la jugosa carne que iban cortando con sus propios dientes, ó con descomunales cuchillos que centelleaban, como ensangrentados entre la roja lumbre. Y las chinas, coronadas con plumas de diversos tintes, y envueltas con quillangos de vistoso pelo, ó taparrabo de guarnecido plumaje sugeto á la flexible cintura; á la vista el seno chico y redondo, y el pequeño pie andando vivo en su paso de gacela: gruñonas las viejas y risueñas las jóvenes, iban todas de grupo en grupo escanciando en las cáscaras de peludo y tortuga que servian de copas, ó repartiendo *cosquel* (1) á manos llenas.

Y los cautivos, á un tiro de bolas yacian tendidos, y maniatados el uno al otro con lazos, abrumados por la sed, el hambre y el cansan-

(1) Galleta ó pan

cio, quizás pensando en sus padres y hermanos, en sus esposas é hijos... Después más distantes, aquí y allá entre los enfilados toldos solitarios, lucían por intervalos, como vagas fosforescencias en lo oscuro, los últimos restos de los fogones abandonados.

Por donde quiera imperaba la noche bajo la faz augusta de los cielos. Solo, de tarde en tarde, interrumpian su silencio religioso el relincho de algún potro buscando la manada; ó el aullo prolongado y triste que el aguaraz profería allá, muy lejos...

La charla interrumpida, cuando el estómago estuvo repleto y el cerebro poblado de fantasías por el efecto mágico del alcohol, volvió á reanudarse con más calor, en un tono demasiado alto, acompañado de gestos que á pesar de ser bien convincentes no lograban persuadir á los interlocutores, que ya empezaban á ver cada cual por el prisma hermoso de su diversa borrachera... Y, no obstante las protestas de la china para que no bebiesen más, ellos con más desenfreno se entregaban al beberaje, que poco á poco íbalos arrancando del taciturnismo de su modo de ser, para impulsarles en una ruidosa francachela, en libertades que por ser demasiado «libre» taimaba á las madres, é igualando al humilde vasallo con el noble capitanejo daba al traste con la autocracia absoluta del cacique, para convertirlo en hermano menor, á quien observan ó aconsejan sus hermanos mayores...

Una vez declarada la igualdad por «el dios pulcuy», empezaron los cantos y las danzas.

Pichaencú, algunos capitanejos y nosotros, formábamos un grupo. Y no por estar en él representada la aristocracia de la tribu, dejaba de ser menos *señor* el «peludo» que balanceaba la cabeza de todos, mientras prorrumpían en alaridos que Marucho y yo, por no aguijonear la desconfianza de los indios, repetíamos como si en realidad estuviésemos «achumao...»

Entre unos cien varones y hembras, formaron ante nosotros la gran rueda para «La danza del sol.» Entonces el cacique, con una de sus mujeres, fué á colocarse en el centro de ella.

Un indio, sentado no distante de allí ante un gran arco munido de parche crudo como el de una pandereta, agitó dos palillos apropósitos en el aire, y, algo así como un redoble, empezó á dejar oir:

Al primer compás de esos roncos sones, giraron todos los danzantes á su derecha, y siguiéndose unos á otros sin abandonar la rueda, cada uno inició el remedo de tal ó cual animal pero siempre el mismo y aquel que cuadraba á su sexo...

¡Extraño espectáculo, que empezó por hacernos reir, para terminar llenándonos de pavor el alma!

Éste, ante su compañera que toda esponjada hacía de gallina clueca, cantaba como gallo, é iba en los giros del baile, arrastrándole el ala que era su quillango ó su poncho, cuando no escarbaba la tierra llamándola á comer junto á él con el *clué clué* propio de jaca. Pero ella, «que no estaba para requiebros...» enteramente apática, dejando oír el *có... có... có...* «muy natural

de su estado», se alejaba para ser seguida con más empeño por el gallardo *conchinchino*, el que al fin si no logró sus pretensiones por lo menos fué escuchado... Y, así uno de soberbio toro y otra de baquilla amedrentada, todos seguían volteando mientras la pareja del centro los imitaba indistintamente, al par que bosquejaba las marchas y contramarchas en los azares de la danza.

Ya dando brincos, ya revolcándose, con el rostro semicubierto por cabellos flotando en desorden, las narices dilatadas, y la boca entreabierta con el labio baboso y suelto: todo jadeantes, sudorosos, y volteando así al rojizo infierno de las hogueras flameando en el limbo lóbrego de la noche, nos ofrecían no se qué de diabólicos fantasmas fraguando el conjuro de la muerte.

En esas vueltas y revueltas, la embriaguez fué apoderándose de sus facultades y el cansancio extenuando sus alientos. Empezaron á disminuir el brío fogoso de la danza, hasta que al fin se detuvieron indecisos, con la vista extraviada, mirando como á través de un vértigo, y, lo mismo que si la tierra ondulase en giro veloz á sus plantas, iban tambaleándose á caer aquí y allá, para pedir luego á su china más pulcuy... ¡al que «se prendía», como guacho á la leche!

Sucedió entonces una pausa de silencio profundo, en la que se oía perfectamente el jadeo ruidoso de las respiraciones, ó el recio ronquido de los borrachos que dormían. Interín la madre presentando el hijo al padre, rogaba cariñosamente que no bebiese más. Y esto, enterneciendo el alma del indio, hacíale prorrumpir en ge-

midos lastimeros, en sofocados sollozos, hasta que todos, chicos y grandes, rompieron á llorar «á dos velas colgando...»

Aquello parecía un cementerio, sobre cuya infinidad de tumbas se lamentasen muy tristes angustiados deudos. ¡Eso llenaba de zozobra mi espíritu!

Poco á poco fueron cesando en su lloriqueo y sus cuitados acentos, para quedarse con los ojos fijos en los fogones casi sin llamas, con la cara compunjida, semivelada por sus enmarañados cabellos, y surcada de lágrimas. Y así, con las pupilas vagamente clavadas en un punto, sin pestañear, siguieron por mucho tiempo como anonadados, hasta que acabaron por adormecerse.

Pero, cuando entre uno y otro balanceo ya sus párpados se unían cediendo al sueño, uno, al ir á dar su frente con una damajuana, se despertó sorprendido, se restregó los ojos y paseó la mirada en torno de sí. Diría que una idea picaresca llenó su cerebro, porque sonrió hasta descubrir la doble hilera de sus dientes blanquísimos, y al punto se golpeó la boca profiriendo largo y penetrante alarido, que, en gradación creciente, provocó los otros mil de toda la indiada sobrecogida por aquel grito de alarma. Empero, cuando todos avispados y sin acertar con su lanza, se dieron cuenta de la broma, la festejaron rompiendo en carcajadas sonoras.

¡«Bien merecía ella otro trago!» Y por eso, reanudaron sobre el pucho el beberaje y la francachela...

Marucho y yo, entretanto, con los párpados

entornados y delirando con visiones cada vez que convenía, correspondíamos «á los grotescos saludos» del cacique y los capitanejos. Pero allá, en lo más íntimo, yo sufría no se qué de pena extraña, algo de una ansiedad secreta devoraba al recuerdo de la imagen triste s cautivas. Y por qué?...

me el canturreo de sus glorias, á que se
de la bién las voces tiples de las indias, no
Entre nes recordasen las antiguas ofen-
unirán tan estando frescos, trataban como
faltaban quie sentían renacer el dormido
sas á los que, eciente lo viejo se desha-
hermanos; y éstos ntra aquellos que fueran
encono, y mirando su vez, acaban con por
cían en improperios co lanza y su cuchillo
sus víctimas: quienes, á
apelar á la razón de su
«para acallar al insolente»... ndo, vióse en-

Todo aquel campo mal ilumin tambaba in-
tonces cubierto de combatientes, que alcan e:
dose luchaban con el primero á su pa
que caían exhalando ayes de dolor, acaso rios
no levantarse más, ó, para alzarse más escarmiento..
de coraje, profiriendo gritos de escarmiento..
Y, en medio de ese trágico horror, como el contraste sublime de la luz entre las tinieblas, surgía la mujer llorando á gritos su angustia cuando se interponía entre el hombre suyo y el extraño... Ah! ¡Y esa madre infeliz, en el propio instante en que alargaba al hijo entre sus brazos suplicando, rodaba por el suelo sin conseguir otra cosa que aguijonear más todavía la sed de venganza que los enceguecía!

En vano Pichaencú y algunos capitanejos, obedeciendo al hábito de mando, pretendieron

imponerse. Su autoridad no les libró de ser los primeros en caer.

Diría que Marucho esperaba ese momento con ansiedad, porque así que les vió tendidos, se puso de pie y dijo:

—Al fin!...—y designando el naranjero que había dejado en el suelo Pichaencú, agregó:—Cárguelo hasta la boca, aparcero...—y así que lo hice, fuimos á tendernos á un tiro de flecha sobre el pasto. Largo rato permaneció meditabundo, víctima de febril incertidumbre, hasta que de pronto prorrumpió con acento extraño: —¡No se qué tengo, amigo Ponce!... Pero, desde que ví esa cautiva que habló primero, siento que una mezcla de alegría y de tristeza llena mi corazón, algo de una esperanza risueña entre el presagio de un vago infortunio: diría que su imágen pálida se alza en mi espíritu como una música muy dulce, pero muy triste! —y después de agitar la cabeza con sentimiento, se quitó el sombrero para abarcar la región de las estrellas, la inmensidad anchurosa del desierto, hasta que vino á quedar fijo en el tumulto de indios, cuyos gritos de coraje y ayes de dolor, era coreado en sus pausas breves por el llanto lastimero de las chinas.

De pronto, en un ímpetu de rabia, sacudió la cabeza, y alargando la derecha hacia los toldos, profirió:

—Ah, siento vivos impulsos de lanzarme allá, y al tajo de mi facón acabar con todos... Esta incertidumbre me mata: se me antoja que esa mujer, en este momento muere de angustia!... —y tomándome por una mano, pretendió á tra-

ves de la obscuridad leer en mis ojos; luego, agregó con acento inquebrantable:—¡Aparcero nosotros «debemos» salvarlas!

Esas palabras suyas me sobrecojieron de un modo inefable. Salvarlas?... ¡Ah, ese era mi sólo pensamiento! Luego, había algo que también me llenaba de júbilo sin saber por qué: «él no pensaba en la más joven de las cautivas, en aquella mujer blanca, cuya mirada llorosa y suplicante había deslumbrado mi alma»... Me parecía ver abrirse las puertas del cielo ante mí, á la sóla idea de arrancarla de su cautiverio. Por eso le respondí con profunda convicción:

—¡Si «debemos» salvarlas!

—¡Hum, ellos son mil ó más indios!...

—Y qué?... Aprovechemos este momento de confusión, para alzarlas en nuestros fletes y buscar el suelo cristiano...

—¡No acabaría el día de mañana, sin estar en manos de ellos la vida de nosotros!... Esperemos, así tendremos más caballos y mejores...— y después de dominar el campo de la refriega ocultó el rostro entre los brazos, tal vez para meditar.

Los indios, habíanse esparcido en diversos grupos que á tal ó cual caudillo respondían, para después disgregarse en confuso remolino por entre la toldería, hasta que la lucha degeneró cuerpo á cuerpo y sin tregua. Pero, á medida que se alejaban ellos ella fué disminuyendo. Al choque de las armas y á los gritos frenéticos de la turba, seguía el silencio penoso de la muerte.

Y entonces, sucedieron á la luz y la alegría, las tinieblas lóbregas y el acerbo llanto. Luego, lo mismo que fantasmas errabundos de la noche, las chinas iban y venían en la triste tarea de recoger sus muertos ó heridos, para llevarles allá al limbo eterno de sus toldos... Y más tarde, se hizo en aquel campo el mutismo augusto de las tumbas, que sólo interrumpian de intervalo en intervalo, los como gemidos infantiles del nacurutá.

*
* *

El viejo gaucho hace otra pausa. Y entonces, van tres peones á hacer la segunda ronda.

En mi cerebro, veo desarrollarse, como á través de un cosmorama, esa escena trágica en medio de las soledades del desierto; mientras el narrador, posando los antebrazos en las rodillas y manteniendo entre los dedos de ambas manos un cigarrillo á medio liar, permanece absorto, con los párpados casi unidos y los lábios ligeramente entreabiertos, como al paso de una sonrisa. Diría que su alma se adormece al dulce columpio de un ensueño delicioso.

Los perfiles de su cara blanca, enrojecida por la intemperie, se pronuncian á pesar de los años con la energía y pureza que embellece la hermosura perfecta en todas las épocas de la vida.

Los del segundo turno, le traen á la vida cuando exhalan el ah!... con el aliento que les arranca el frío.

Sus ojos claros y tranquilos, alza lentamente hasta ellos; les sonríe dejando retozar la bondad

cariñosa de su alma en los labios; y luego pregunta:

—Y?... ya se hizo la tormenta al súr?...—uno de ellos, con las manos alargadas sobre el fuego, responde:

—Si; y viene de fea!... (¡Madre santísima!)... No oye como truena?... ¡Y sopla un Pampero!... que apenas me dejó encerrar la majada...

—El Pampero?...—interrumpe don Quintiliano—¡Ahijuna!... ¡Si para mí era como si la hubiese estado viendo!... Y para que no digan que miento: oyen?...

Todos prestamos atención, fijos en su mano alargada como en un conjuro misterioso: oímos entonces «el primer canto de gallo», alzándose en las treguas mudas de la tempestad, lo misque un grito de júbilo.

Vuelvo los ojos á él, y ya no lo encuentro iluminado por el triunfo de su profecía, sinó grave, meditabundo. Así permanece un instante, hasta que exhala intenso suspiro para decir, cual si hablase consigo mismo:

—¡Hasta esa tempestad, me trae recuerdos gratos de aquella!...—y agita la cabeza con pesar profundo; luego nos mira largo, como á través del panorama hermoso de sus ideas; y después, prosigue su relato.....

* * *

—«Todavía transcurrieron algunos momentos de angustiosa espera, hasta que Marucho de un brinco se puso de pie, abarcó detenidamente los toldos, y dijo:

—Ahora sí: la ocasión se presenta más favo-

rable de lo que esperaba... El final de la fiesta, (¡que mucho temí durase hasta el día!)... ha sido terrible como ninguno de los que conozco...

—Pero, podremos salvarlas?...—le pregunté con ansiedad, mientras ibamos hacia los toldos del cacique.

—Bah! Podríamos golpearnos en la boca gritando, que ellos no nos oirían... ¡Pero, lo dificil no está en arrancarlas de allí, «si no en salvarlas»...

— « En salvarlas?» ...—Verdaderamente, en aquel momento no me dí cuenta del alcance de de sus palabras, sinó más tarde...

Respiramos un hálito denso y tibio al pisar el terreno de la matanza, emanado de la sangre.

Cuerpos mutilados, yacían junto al de los ebrios profundamente dormidos, en horrible tendal; mientras aquí y allá exhalaba agónico gemido alguno que lentamente moría.

Pronto nos convencimos de que podíamos operar sin comprometer nuestra empresa libertadora. Y dueños de un aplomo tranquilo, que se difunde en el corázón del hombre cuando en las ciscunstancias más críticas juega la vida por una causa noble, empezamos á obrar sin comprender que tropezabamos á cada paso con la muerte.

Que' importaba que á nuestros pies se abriese el abismo eterno de la muerte cuando en nuestro cerebro irradiaba la dicha y la esperanza, la luz sublime de la vida?...

Recogimos los recados, que durante la fiesta nos habían servido de asiento, y fuimos después á libertar los cautivos.

Éllos, creyéndonos en el primer momento sus verdugos, se debatieron sujetos de pies y manos implorando piedad. Pero, cuando sus ligaduras caían rotas, cuando con acento amigo les recomendabamos prudencia, convenciéndoles de que no eran víctimas de un sueño, sofocando apenas el grito jubiloso de su alegría, nos abrazaron trémulos de gratitud.

Les ayudamos después á munirse de pilchas para el apero y de armas para defender su vida. Y luego, con algunos caballos atados á soga, y los del cacique que estaban en un corral, reunidos los treinta y dos que necesitabamos para diez y seis ginetes.

Con los recados de Pichaencú y Huatá, aperamos una yunta de oscuros para las cautivas. Cuando todo estuvo listo, fuimos por ellas dejando á los demás con el pie en el estribo.

Las cautivas, sentadas en el suelo y con el rostro oculto entre los brazos cruzados sobre las rodillas, permanecían silenciosas á dos pasos de una china profundamente dormida. ¿Nos reconocieron ellas, á la débil lumbre que producían nuestros yesqueros al soplarlos?... Después lo supe por sus labios, nó: nos presintieron con no se que latir insólito de sus corazones, y por eso, vertiendo más lágrimas á la idea de su libertad que á la de su cautiverio, sin poderse contener cuando las arrancamos de allí, cada una de ellas tomó las manos de su salvador y las cubrió de largos y ardientes besos. ¡Ah, que embriaguez inefable experimenté al contacto de aquellos besos de la cautiva! Cuál de las dos sería?...

Poco después, partimos al tranco de los brutos hacia el norte.

El Jordan, con su palidez luminosa de alborada, se ofrecía á nuestros ojos sobre el azul profundo del cenit; y los Tres Reyes, las Tres Marías y la Siete Cabrillas, ya buscaban el occidente haciéndose imperceptibles en la lejanía inmensa de los cielos, mientras. El Crucero más espléndido hacia el norte, nos servía de guía.

Por la colocación esa de los astros, calculamos serían las dos de la madrugada.

Marucho y yo, llevando al lado de montar una de las cautivas, y al del lazo dos caballos de tiro, íbamos á la cabeza de un escuadrón de doce jinetes escalonados de á tres, y perfectamente dispuestos á vender cara la vida.

Cuando pisamos el plan del bajo, pusimos los brutos á un «galope indio», que equivale á la media carrera del caballo nuestro.

Marucho iba taciturno. Y cuando no alzaba los ojos hacia las estrellas de su guía, dejando pesar la cabeza sobre el pecho parecía abismarse en una como tristeza infinita.

Yo también sentía algo de una pena extraña en medio de una tempestad inefable de presentimientos. Empero, allá en el limbo de ésta como angustia, vino á irradiar un no sé qué de alegría, cuando como un recuerdo lejano surgió sobre el confín lentamente el alba, y, á su luz indecisa, pude reconocer la faz encantadora de la cautiva á quien libertase. ¡Era «ella!»

¿A qué se debía el que yo, y no Marucho, fuese el que cortara sus ligaduras en aquel abismo negro del toldo?

La idea de que pudiese ser «la otra», habíame hundido en un infierno de dudas y esperanzas, y, sin embargo, permanecí hasta ese momento sin atreverme á mirarla. ¡Pero, qué sobrecogimiento grato experimenté á su presencia espléndida de hermosura!

El matorral abundoso de su cabellera suelta en magnífico desorden, lo mismo que un crespón renegrido cubríale la espalda é iba á doblarse como desflocada por el viento sobre el anca del bruto. Su rostro de cutis delicado, de perfiles correctos y de una blancura deslumbrante, completamente libre con su frente bien alta me inspiraba respetuosa adoración. Y su seno alto y ebúrneo, parecía vibrar al pronunciarse enérgico bajo la muselina del vestido, cuya falda flotando con la albura de una nube blanca sobre el azul del cielo, dábale ese algo etéreo de una virgen con alas. ¡Ah, cerré los ojos deslumbrado. Pero allá en el fondo sombrío de mi alma, se levantó su imagen bella como una alborada!

¿Y por qué todo eso, como una música de ensueños me embargaba ante élla y no ante la otra?

La aurora, fué lentamente llenando la inmensidad desierta con los lampos fugitivos de su luz hasta que el arroyo, la laguna y las cañadas, vibraron la diana triunfal de los colores, bajo el palio oriflama del «dios del desierto.»

Toda la creación se incorporaba como ávida de vida y de luz, á la esperanza riente de aquel día apacible y puro.

Habíamos galopado diez leguas, y á nuestra espalda no distinguíamos alguna señal de peligro. Nada había que temer por ese día.

No obstante transcurrir el segundo como el primero, en la madrugada del tercer día, Marucho significó la conveniencia de separarnos en grupos de á cuatro, para despistar á los indios de las cautivas y nosotros, por quienes habrían iniciado la persecución. Y más que por todos, por Marucho.

Así lo comprendían ellos. Y no solamente estaban dispuestos á separarse, sino que, si era preciso, hasta dar la vida por sus salvadores.

—¡No!—replicó Marucho, y de un solo brinco se sentó en el vasto.—Ninguno de ustedes caerá en poder de los indios, mientras sigan punto por punto los parajes accidentados del desierto que les he señalado hasta el suelo cristiano—y después de estrecharles la mano, protestó á sus palabras de agradecimiento con sequedad, como si ello le causara enojo:—Nada me deben. Por que á no mediar «algo» que ni yo mismo sé, nada hubiera hecho... ¡tal como nada hice por otros muchos, muchísimos á quienes ví en peores circunstancias que la suya...!—y aquí fijó una mirada intensa en su compañera, hasta que de pronto sacudió la cabeza, y sin poder hablar le cerró las espuelas al pingo, diciéndoles adiós con la mano.

Nos separamos, para seguirles con la mirada hasta que se hicieron imperceptibles á través de la distancia y del espejismo brillante de la luz de pleno día.

Quedamos tristes con la ausencia de tan alegres campañeros. Se me antojaba entonces, que eramos tiernos polluelos arrojados del nido por la tempestad á las soledades mudas del desier-

to. Y, que al faltarnos el abrigo amante de las maternas alas, unos á otros nos buscábamos más y más, unos á otros nos estrechábamos, para prestarnos en aquella intemperie mutuo calor y mutuo consuelo.

Y en efecto, desde aquel momento, nuestra intimidad se hizo más franca y más cariñosa.

Al ponerse el sol de ese día, yendo Carmen al lado de Marucho y Laura al mío, avanzábamos al trote cuando ésta, abrumada quizás por mi largo silencio y no sé qué de pesadumbre que me entristecía, fustigó el caballo hasta pechar el mío, y, afectando gravedad varonil que la hacía más graciosa, me midió de soslayo y luego preguntó:

—Amigo: por qué tan callado y tan triste?... —y su mirada de soslayo á través de las pestañas me sonreía; y en son de reproche, agregó:

—¡Si le carga mi compañía hasta el punto de no querer hablar conmigo, llamaré á mi hermana y á Lara, para que lo alegren!...—y los alegros de su carcajada argentina, vibraron en la religiosidad doliente de la tarde.

Presentía Laura, que su presencia cándida y el acento de su voz dulcísima, eran ya parte de mi vida?... Con todas las ternuras del alma la miré en sus ojos negros, grandes y rasgados como por una melancolía eterna, y la repliqué:

—¡Qué despiadada es usted, señorita!...—me interrumpió, agitando la cabeza picarescamente en sentido negativo, y dijo:

—¡No Ponce, no: que me apena cuando usted me trata *así*, vamos: «como usted sabe!»

—¡Bien, «Laura», no la trataré más *así*, «co-

mo yo sé!»...—ella prorrumpió en su carcajada alegre, y luego murmuró con mimo:

—Que mordaz es usted!...—¡que encantadora la encontraba en aquel destello sublime de su alma infantil: hubiera dado parte de mi vida, por oírla repeiir esa música deliciosa de su candoroso mimo!

A esa espanisón de su amistad cariñosa, sentí vivos deseos de manifestarle todo lo que por ella experimentaba... Pero, me contuve avergonzado á la idea de que era su salvador, y que por consecuencia, hasta cierto punto ella estaba á merced de mi voluntad. ¡Solo le pregunte:

—Y sabe en que iba pensando, Laura?...

—No, Ponce...

—En que me será muy triste, cuando allá en la estancia de sus padres tenga que separarme de usted para siempre... ¡Me he acostumbrado tanto á su grata compañía!...—al infierno de pasión que fulguraron sus ojos, me interrumpí todo confundido. Entonces, ella bajó la mirada ruborizándose. Y luego, desenrredando distraídamente la crín de su caballo con los dedos, balbuceo:

—¡Son tan viejitos mis padres!... ¡Y después, son tan buenos!... tan sencillos, á pesar de su riqueza!... ¡Y los pobres, ni siquiera un hijo varón han tenido!...— y al no saber cómo proseguir, guardó silencio un momento. Y yo, trémulo de ansiedad, sin embargo ni me atrevía á acariciar esa esperanza tan dulce que me había dejado entrever. ¡Era tan solo un triste gaucho: sin patria, sin rancho, y sin querencia!

Luego, continuó hablando. Pero, de como las

habían cautivado los indios. Ellas, aquella noche estaban bien lejos de pensar en la desgracia que se cernía sobre su cabeza. Festejaban con un baile el restablecimiento de la salud de su padre, por cuya enfermedad habían permanecido siete meses en 25 de Mayo. Serían las dos de la madrugada, cuando de improviso se dejaron oír alaridos en medio del sordo rumor de la carrera estrepitosa de muchos, de muchímos caballos... ¡Ah, cómo retemblaba la tierra! Ella, llegó á creer que por momentos se abriría un abismo insondable á sus pies. No era dueña de moverse de aquel sitio en que la dejó su pareja, para salír al encuentro de los salvajes. Ella no tenía conciencia de lo que pasaba en derredor. Sobrecogida, como á través de un vértigo veía en tumulto horrible agitarse hombres y mujeres, á la presencia pavorosa de aquellos fantasmas semidesnudos... No recordaba más de aquel trágico instante.

Y enmudeció, para volverse á contemplar el sacrificio sublime de la tarde en su postrersegundo.

El llano, con el cristal bruñido de sus lagunas; la loma, con el fachinal hirsuto de sus pajonales doblegados; los médanos, con la sucesión interminable, caprichosa, de sus prominencias desnudas; las sierras envueltas en su palio azul, empinándose atrevidas sobre el horizonte: todo, el desierto parecía recogerse en sí mismo con no sé qué de misteriosa angustia, ante aquel sol que lentamente moría en el através infinito del misterio...

Exhaló un infierno de chispas el sol, y murió envuelto en la túnica roja de sus rayos.

Entonces, de súbito, Laura preguntó:

—No tiene familia usted, Ponce?...

—No: nada tengo en el mundo!

—«Nada?»...—replicó, con picaresca incredulidad.

—Lo pone usted en duda, Laura?...

—¡Oh... no: «pero!... pero!»...—y como si se avergonzara á sus propias ideas, con el rostro encendido y la mirada medrosa, permaneció un instante indecisa, hasta que de pronto partió al galope hacia Marucho y su hermana, invitándome con su mano bien perfilada y diminuta á que la siguiese, mientras su blanca dentadura parecía desgranarse entre las púrpura tranparente de sus labios...

Transcurrieron tres días más, en los que dormíamos algunas horas bajo la vigilancia de uno de los dos, y los caballos bebían y pastaban lo suficiente para marchar hasta el amanacer, que era el momento de hacer alto en donde hubiese buena aguada, de bolcar algún ciervo ó avestruz, para desayunarnos.

Marucho y Cármen, lo mismo que Laua y yo, se hacían cada véz más inseparables. Iba simepre juntos, manteniendo largos diálogos que nosotros nunca escuchábamos ni tampoco interrumpiamos, por estar absorvidos en las ocurrencias nuestras.

Cármen, era de un rostro si és no és trigueño, y hermoso. Sin ser más alta algo más corpulenta que su hermana. Más felíz también era en un no sé qué de coqueteria, y por eso sus ojos pardos parecían dos puñales revolviéndose en el corazón de aquel á quien miraban, y que el

nombre de «Pepe» hubiese sido inventado para que lo pronunciaran los labios de su boca pequeñísima. Pero, no obstante eso, en un todo se hermanaban, hasta en esa energía varonil con que la vida y costumbres de la Pampa retemplan el alma de la mujer.

Era Carmen, la que con sus agudezas nos arrancaba de aquella vaga zozobra que nos preocupó á la idea del peligro, hasta el noveno día.

Este, despuntó como los anteriores: sin novedad. Pero después de medio día, tropillas de avestruces y ciervos, punteando libres la hacienda alzada y demás bichos moradores del desierto, corrían tras nosotros alborotando el campo en todas direcciones.

No tuvimos la menor duda de que los indios nos venían pisando el rastro, á unas tres leguas.

Decidimos entonces aprovechar las ventajas que teníamos sobre los salvajes. Ellos, tanto por el rastro como por el campo alborotado que dejábamos á nuestra espalda, podían saber más ó menos que suelo pisábamos á esa hora. Pero no avistándonos, no precipitarían la persecución, la que sin embargo hacían reventando caballos. Podríamos mantener la distancia que nos separaba hasta que viniese la noche á protegernos con sus sombras, durante la cual solo podían destacar algún bombero, el que no nos descubriría á través de la oscuridad, ni de nuestra marcha, que solamente sería interrumpida muy tarde para que bebiesen y pastasen los brutos.

Una vez resuelto este plan, que nos permi-

tiría después del día siguiente y su noche avistar las primeras poblaciones del suelo cristiano, pusimos los caballos al galope.

Sobre occidente, negros nubarrones en magnífico promontorio de turgencias, semejaban caprichosa cordillera, nevada aquí y allá en sus cúspides altaneras por blanquísimas nubes.

Á nuestra espalda, á los flancos y al frente, por donde quiera á lo lejos, divisábamos animales que huían en tropillas todos azorados, que alborotando el campo vivo y uniforme formaban un vasto círculo, en el que podíamos contemplar la grandeza maravillosa de la creación. Y mientras próximo y distante el tero, la lechuza, el yajá y todos proferian su penetrante grito de alarma, el cielo continuaba impasible y mudo, como pendiente de no se qué presagio vagoroso de catástrofe.

Empero, de esa vida y movimiento, á modo de un alarido prepotente sobre mil confusas voces, se destacaba llena de unción religiosa la magestad sublime de un Dios.

Laura, meditabunda y con el semblante entristecido por una pena insólita, mantenía la mirada fija allá en la extensión lejana como si á través de esa inmensidad esperase descubrir el oasis riente de la estancia paterna...Creí que por momentos rompiera á llorar con angustia infinita, y, para consolarla, dije:

—No se preocupe, Laura, que les llavamos demasiada ventaja...

—Yo?...—me interrumpió, envolviéndome con la noche de sus secretas meláncolias al mirarme luego, agitando la cabeza con pesar profundo

suspiró, para agregar:—¡Bien sabe mi Dios, Ponce, que no me preocupo por mí!...

—Cómo?...—prorrumpí sin comprender; ella me sonrió tristemente, y después prosiguió:

—¡Si algo desgarra el alma mía en éste momento, Ponce, es la idea de que usted vaya jugando la vida por mí!...

—¡Oh...basta! No prosiga hablando así... Laura por que no obstante la generosidad de sus palabras vá á inferirme la mayor de las ofensas... ¡y acaso, sin querer, fuera entonces conmigo ingrata!—á éste punto de mis palabras, me dejó sentir la tempestad sublime de sus ternuras en en una mirada intensa. Diría que acababa de despertar en ella la ansiedad de contemplarme, y que miraba detenidamente mi rostro.

Luego fué entornando los párpados, como embriagada al perfume de una esperanza risueña, hasta que balbuceó con acento trémulo:

—¡Oh... gracias!

Le hubiese dicho en aquel instante todo lo que por ella sentía en el fondo de mi alma. Pero, la contemplaba tan ingénua, tan cándida, tan aurea como esa estrella de la tarde que semejaba sobre la faz del cielo una lágrima triste: ¡la encontré tan serenamente dulce en la actitud lánguida de su abandono que preferí, extático adorarla!

Sin avistar al enemigo, nos perdimos á través de la sombra de la noche. Y con ella vino la quietud para los moradores del desierto, el que se abismó en sí mismo con un silencio sacrosanto; diría que en el hálito de sus brisas

escuchaba el rumor lejano de la locomotora audaz del progreso.

Las estrellas, como reminicencias de un recuerdo delicioso, emergían lentamente sobre el límpido azul del firmamento. Y mientras en el limbo de la noche erraba la luz fosfórica de millares de luciérnagas, allá al sur, de intervalo en intervalo se estremecía el relámpago que llegaba hasta occidente serpenteando indeciso.

Y los sapos y las ranas en la laguna, con los grillos del abardon, dejaban oír por donde quiera monótono coro contrapunteado por la voz grave del escuerzo en los guadales. A nuestro paso, en el agua clara del estero, albos cisnes y patos de plumaje pintado surcaban dejando en la linfa risueña estela: las garzas blancas y las rosadas, los teros reales y las gallaretas, inmóviles sobre el terraplen, parecían soñar su imagen reflejada en el líquido cristal; por la altura, como un rosario roto arrojado á los espacios, los ciriríes cruzaban tranquilamente en bandadas pintorescas, que iban entre el juncal á plegar su vuelo, y aquí y allá, en distintas direcciones, el yajá profería su grito soberano, que despertaba en la claridad del silencio mil voces de alarma.

En medio de esa calma grandiosa, pasamos la noche como nos habíamos propuesto. Y cuando la aurora vino á descubrirnos perdidos en aquella inmensidad, ya nuestros caballos galopaban con nuevos alientos.

Los indios, seguramente, montaron más ó menos á la misma hora que nosotros, porque

desde entonces empezó á alborotarse el campo á nuestra espalda.

Ese presagio fatídico, nos seguía sin tesón, como una ola inmensa que pretendiera envolvernos, para después devorarnos. Hasta que á eso de medio día, descubrimos los salvajes allá en la lejanía, en la que apenas se destacaban como pequeños puntos flotando en un mar de indecisos reflejos.

Anduvimos aún «otro tirón largo». Y entonces, con los recados nuestros, ensillamos para Carmen y Laura dos de los cuatro caballos de refresco, y con los de Pichaencú y Huatá aperamos los restantes, pero los echamos de tiro montando en pelo aquellos que ellas cabalgaran, pues, por el poco peso que habían soportado, estaban menos cansados que los nuestros que acabábamos de soltar. Y, después de asegurarnos de la carga de los naranjeros, partimos al galope-indio, llevando las cautivas adelante, á un tiro de flecha: distancia que ellas debían mantener, para dejar libre nuestra acción.

Algo más que una carrera de tiro largo, ya nos separaba tan solo de los indios. Eran veinte.

Según Marucho, saldrían de los toldos con doble tiro y en número de cien. Pero, al dar con cinco rastros, se fraccionarían para perseguirnos á todos.

El momento se hacía cada vez más supremo. ¡Y hasta la temperatura cada vez más sofocante, parecía envolvernos por grados con el sudario intangible de la muerte!

El sol, aunque semivelado por una atmósfera

caliginosa, era enteramente abrasador. El aire parecía haberse condensado con la luz blanca del día. Y la grama, incolora al bochorno ardiente, de tan reseca se requebraba bajo el casco de los brutos.

Aunque no habíamos comido desde la noche anterior, no sentíamos hambre, pero si mucha sed, mucha, muchísima. Era aquella sed, algo como un infierno que se alimentase lentamente con nuestras entrañas, con el jugo de nuestros músculos á la vez que parecía cuagular la sangre en nuestras venas. Y este fuego abrasador que cundía más y más por todo nuestro ser, iba resecando, escociendo como al contacto de una llama nuestra boca, hasta el punto de que inflamada la garganta se nos adhería, lo mismo que dos llagas. ¡La cabeza se nos iba, y todo se multiplicaba á nuestra vista!

Se mé antojaba en aquella agonía eterna, que hasta la naturaleza íbase abrasando al volcán de nuestras entrañas.

Por el suelo candente, se deslizaban jadeantes iguanas y lagartos, que huían á nuestra presencia haciéndose pocho descoloridos pelechos de víbora. La espadaña entre el fachinal hirsuto, aquí y allá amarillaba en medio de fugaces reverberaciones. Las lagunas como empañado cristal centellaban, fermentando embalsados de verdinegra espuma. Los enfilados médanos, con sus calvas prominencias de oro calcinado, alzábanse como centauros entre espejismos ondulantes. A lo lejos, allí donde la gramilla acuática verdegueaba risueña como un oasis, con los alones dilatados y el pico abierto, veíamos la

cigüeña tranquear lo mismo que un centinela perdido, impasible ante la turba de animales que producían una especie de zumbido perpetuo en su carrera vertiginosa. Y desde la altura, describiendo lentos giros con las alas dilatadas, el yajá profería á los cuatro vientos su formidable grito, mientras allá en los dominios del Pampero casi sobre el ras de la tierra, se destacaba el azul negro de la tormenta.

Todo era fuego, entre el bostezo perenne de aquel volcán.

Después de andar unas tres leguas sin perder nada de nuestra ventaja, los indios saltaron (1) al caballo de refresco, acaso con la idea de alcanzarnos antes de anochecer. Nosotros, hicimos lo propio. Y entonces, se pusieron en juego su astucia y la nuestra.

Aquellos infieles, que veíamos como á través de un vértigo con su endemoniado ropaje de quillangos ó taparrabos, que hacían más horrible su desnudez; cabalgando brutos de abundosas crines, que se agitaban pesadamente á impulsos de la carrera, y con sus lanzas, enriquecidas con plumas, á la rastra, y profiriendo alaridos de júbilo al encontrar los caballos que habíamos soltado, se nos antojaban en el delirio de nuestra sed, una legión de diablos vomitada por los infiernos á esa inmensidad suspensa, y ardiente como un abismo lleno de reverberaciones blancas.

¡Y sin embargo, tanta vida dentro el sosiego

---

(1) El indio, cuando se le cansa el montado, sin detenerse salta al de tiro, caballo que lleva descansado para entrar en batalla ó pegar malón.

de tanta calma, era algo agitándose magestuosamente soberbio en el centro de un cosmorama sublime!

Pero, todo á nuestros ojos giraba cada vez más, precipitándose tumultuoso en la vertiginosidad fantástica de la fiebre que empezaba á conturbar nuestro cerebro. Apenas, si en esa ansiedad tantálica, atinábamos á tirar de la rienda para levantar los brutos, conservando así su furia, sus alientos, su vida, que era la esperanza suprema que alimentábamos en la suprema desesperación de aquella agonía eterna de la sed. En medio del dolor agudo, ora punzante ora intenso, que parecía poco á poco taladrar nuestras sienes, veíamos manchas negras, azules, rojas ó blancas, que por intervalos nos cegaban, ó que tomando transparencias cristalinas, se nos antojaba un manantial rumuroso y fresco, en el que al fin beberíamos muchos, muchísimo, hasta apagar el infierno voraz de nuestra sed. Y llegó aquel instante en que pensé, que la muerte ya iría á posar sus labios sobre mi frente.

El alarido de los indios llegó claro y distinto á mis oídos, y me volví para verlos tan solo á unas veinticinco cuadras. Pero de súbito no ví más: la cabeza se me iba, se me iba hacia adelante, y ya fuí á caer sobre la cruz del montado, cuando Marucho me sostuvo por un brazo y murmuró una palabra...¡Ah, llevaba mi salvación consigo y no lo sabía, ó no lo recordaba! Le obedecí, bebiendo con avidez uno, dos, tres, cuatro, y hasta cinco tragos cálidos y salobres de mis propios orines... ¡empero, que en aquel

momento de pérfida sed, me parecieron un nectar delicioso, un elixir inefable que se difundía por todo mi ser, apagando el escozor de mi garganta y despejando mis facultades!

Diría que despertaba de una pesadilla horrible. Era tiempo!

Efectivamente: tan solo unas veinte cuadras nos separaban de los salvajes, que ebrios de entusiasmo se golpeaban en la boca gritando.

«Tanteamos nuestros pingos», y con satisfacción indecible vimos que ellos «no aguantaban todavía» las nazarenas...

A este punto, se cortaron cuatro indios con «la poca santa» idea de bolearnos el flete. Pero, cuando agotando los alientos de sus caballos se aproximaron á un tiro de flecha, les arrojamos aquí y allí los estribos de Pichaencú y Huatá, que eran unos grandes braseros de plata, capaces de tentar al mismo diablo en persona.

Nuestro «desprendimiento» los deslumbró. Y como lobos hambrientos al olor de la carne, se precipitaron sobre las prendas prorrumpiendo gritos de codicia salvaje.

Entre ellos, debió armarse la de Dios es Cristo discutiéndose el mejor derecho de posesión... Pues, no solamente fueron alcanzados por los demás y dejados atrás, sino que también los perdimos de vista.

Otros, atraídos por el «sebo», volvieron á adelantarse más sedientos que los anteriores, con quienes no podiamos menos de ser también «pródigos»...

Y aquel suelta y toma prenda en que jugá-

bamos la vida, acabó, ya que no podía divertirnos, por distraernos absorviendo por completo todos nuestras facultades, hasta el punto de olvidar el aguijón pérfido de la sed.

El sol, al fin parecía haberse «despejado del cenít», para descender lentamente á su ocaso, envuelto en la lumínica atmósfera de un nimbo rojo. Y allá, sobre el horizonte infinito, levantaba el turquí profundo de su pendon magestuoso, la tormenta. No se qué hálito precursor de una frescura indecible, suspendiendo el aire cálido empezaba á cernirse sobre la tierra; interín por todas partes, simpáticos en su raudo vuelo, millares de aguacíles hendían los espacios presagiando la tempestad.

Ah! Respiramos con ansias, con fruición en aquel afán jadeoso de arrojarles pilcha tras pilcha, hasta la última de los dos recados. Pero, á pesar de toda nuestra astucia, cinco indios nos pisaban el rastro á solo tres cuadras, viniendo á una diez los últimos. Sin embargo, nuestros brutos, corrían arrollados. Contábamos con caballo todavía, aunque no nos era dado saber hasta donde, por no conocerlos...

Las cautivas, rientes lo mismo que dos visiones blancas, continuaban siempre allá, adelante.

¡Con cuanta ansiedad volviamos los ojos hacia ese sol que ya llegaba como cansado al poniente, y hacia esa tormenta que ya escalaba la altura, sublime como la avenida de un río anchuroso, inmenso!

De pronto, los indios precipitaron la persecución, cerrándoles las espuelas á los montados, al par que proferían su grito formidable

de guerra. Les dejamos aproximarse hasta unas dos cuadras, para que rematasen los caballos alimentando la idea de alcanzarnos. Era el último recurso de Marucho.

Pero, en aquel propio instante, el estallido poderoso del trueno vibró sobre nuestra cabeza, como el primer cañonazo que anuncia á los orbes una victoria. Y, súbitamente, nos cubrió con su docel magnífico la tormenta.

Algo indescriptible me llenó el alma, cuando Marucho se golpeó en la boca profiriendo un alarido, jubiloso como una diana triunfal, y después, castigando el montado con la vicuña, me dijo:

—¡Vamos, que nos sobra caballo para ganar el suelo cristiano con la tormenta!—y en efecto, nuestros brutos partieron con brío «tirando á un campo á los salvajes.»

¡Al cabo! empezábamos á sentirnos vivir en un ambiente liviano, fresco, saturado con emanaciones de tierra recién abierta, y con aroma delicioso de sandía á la proximidad del agua. La noche vagorosa de la tormenta, dilatándose veloz sobre el desierto, ya iba á imponer su avasallamiento á la postrera luz de la tarde, allá en el suelo cristiano. Y los salvajes, en un fondo semioscuro, se agitaban á nuestra espalda como sujetos á la tierra, como si en una desesperación suprema se empinasen para llamarnos, implorando perdón.

Marucho, recogió otra vez su caballo á un galope indio, á la vez que hacía seña á Carmen y Laura para que nos imitasen. Quería ver si los infieles desistían de su empeño. Y, entre tan-

to, me alargó un cigarro encendido, para luego, en un como desbordamiento de júbilo, y enteramente ageno al peligro, referirme sus amores.

¡Carmen le amaba! Y en la dicha suprema de sus esperanzas rientes, llegó á tratarme de egoista, creyendo que le ocultaba los amores de Laura.

La luz fugitiva del relámpago, partía de este ámbito al otro ámbito, culebreando inquieta. El bramido soberano del trueno, llenaba los espacios de roncos fragores. Y el primer hálito frío del Pampero, llegó hasta nosotros presagiando su torva soberbia. ¿Qué había sido de los indios?

Alcanzamos entonces las cautivas, para estrechar su mano profundamente conmovidos, mientras los brutos se estremecían relinchando su desbordante júbilo.

—¡Nos hemos salvado...!—dijo Marucho, contestando á la pregunta ansiosa de las jóvenes, y de pronto, alargando el brazo hacia adelante, agregó:—Esta noche, dormiremos allá...—y puso su caballo al trote.

Allá, á unas dos leguas y media, blanca lo mismo que una paloma batiendo el vuelo entre el claro oscuro de la tormenta, se destacaba la primera población del suelo cristiano.

El Pampero, nos envolvió con la furia turbulenta del huracán. Y á su paso fué convulsionando los elementos, que sensiblemente fraguaron la noche.

Fué en este momento, en el que ya poníamos los caballos al galope, alegres á la idea her-

mosa que nos inspiraba el cercano techo hospitalario, cuando divisamos entre el incendio de un relámpago algo inopinado, que nos hizo temblar de estupor: á un tiro de flecha venían cuatro indios lanza en ristre, sobre nosotros.

No tengo exacta conciencia de aquel momento supremo de mi vida.

Recuerdo tan solo, que un escalofrío cundió por mi cuerpo y vino atragantarse en mi garganta, como un pedazo de pan seco; interín todos mis miembros temblaban, lo mismo que la carne viva de un animal recientemente muerto. Y que luego, en una como anhelosa precipitación desesperada, monté el naranjero, volví grupa al enemigo cerrándole sin piedad las espuelas al bruto, que relinchó como herido de muerte.

Transcurrió un instante, en el que corría veloz azotado por el viento, en medio de un abismo negro. Hasta que de súbito, á luz fluyente de un relámpago, dominé aquella escena trágica: Marucho seguido por Carmen, se encaraba con dos indios abocándoles el naranjero á solo diez pasos, mientras yo, sobre el primero de los otros hacía fuego, sintiendo que la lanza de uno de ellos desgarraba mi muslo derecho.

Tras una pausa breve, resonaron casi unísonos entre las tinieblas dos estampidos, á cuyo ronco acento sucedió un ¡ay! de agonía.

Con el corazón palpitante y el alma llena de zozobra, con la espuela pronta á herir los hijares del montado, y blandiendo el facón á la altura del pecho, esperaba, debatiéndome en un infierno

de ansiedad, ser herido por momentos en aquel limbo, que ensordecían en su paroxismo loco el huracán y el trueno.

Por fin acabó aquel martirio tremendo, cuando otro refusilo clareó la inmensidad desierta, para ver á un tiro de bolas una forma blanca destacándose risueña entre un nimbo sangriento de luz y que, cercanos á mí, yacien dos infieles luchando con la muerte.

—Qué ha sido de Marucho y Carmen...?—preguntó ansiosa Laura, así que llegué junto á ella; y cuando le respondí diciendo lo que sabía de ellos, algo más tranquila, dijo—¡Ay... Ponce, un instante más, y caigo en poder de los indios...!

—Cómo...?

—Al oír el tropel de dos ginetes que pasaban junto á mí, estuve á punto de llamarles creyéndoles algunos de ustedes...¡Ah. sino hablan tan pronto...!

—Hacia que parte iban...?

—Hacia allá, en contra del viento...

—Y eso fué, en seguida de usted oír las detonaciones...?

—¡Oh...sí: inmediatamente!

—¡Entonces, Marucho y Carmen están fuera de todo peligro!—y libre ya de la incertidumbre que me inspirara la suerte de ellos, busqué un matorral de espadañas para guarecernos de la lluvia, que, como el roce de muchas hojas secas arrastradas por el viento, ya se dejaba oír á nuestra espalda al caer sobre el fachinal. Además, era preciso estancar la sangre de mi herida, que empezaba ya á sentirla.

Algo más tarde, sentados uno frente al otro sobre el recado semitendido, estábamos Laura y yo, haciendo espaldas en un matorral de cortaderas, cuyas hojas arqueándose al soplo del viento gemían silbosas sobre el grueso poncho de paño que nos servía de techumbre, interín el trágico horror de la tempestad, dominaba las soledades vagorosas del desierto...

Mi carne herida, parecía requemarse al contacto de la yesca. No era grave, sin dejar de ser una buena lanzada que no me permitiría caminar por algunos días.

¡Pero, allá en lo íntimo del alma, mil veces la bendecía!

Por ella, veía á Laura con sus bién perfilados dedos ir quemando pedazos de su blanca falda para que yo fuese poco á poco estancando la sangre... ¡Que bella y pura la encontraba, cuando prolija y semillorosa ahogada en humo, soplaba aquellos trozos de tela hasta que ardían iluminándola con rojos fulgores, que fugaces transparentaban la vida hermosa de su semblante!

¡Ah, cuanta gratitud se levantaba en mi corazón, y cuantas esperanzas envolvían mi espíritu, como alboradas hermosas de una dicha eterna! Al verla tan solícita, como habría sido aquella madre que nunca conocí, yo sonreía ebrio de júbilo, soñaba despierto á la idea de que no estaba solo, desamparado en esa intemperie desolada, que al menos en aquel instante de la orfanía triste de mi existencia, velaba también junto á mí una mujer.

Después, sentada á mi izquierda, quiso ha-

cerme tender para soportar con sus manos mi cabeza febriciente... ¡No creí nunca merecer tanta dicha en la tierra! Temía abusar de su gratitud. Y solamente me recosté á medias, posando la mejilla en mi siniestra, para quedar con la frente rozando su brazo.

Ella me hablaba, y era su acento tan dulce, que me parecía un reclamo cariñoso de los cielos; mientras el relámpago en el báratro sombrío de la tormenta, parpadeaba lo mismo que ojos iracundos en un estrabismo. Ella tampoco sentía ni hambe ni sed. Podía estar tranquilo por eso, y dormir: ¡que ella estaba ahí para velar mi sueño, así como tantas veces yo había velado el suyo, allá...! Y si al aclarar, no dábamos con Lara y Carmen, no importaba: ella ensillaría mi caballo, me ayudaría luego á montar, y después, paso á paso, con mucho cuidado, me llevaría hasta aquella estancia que vieramos al anochecer...

Y yo, á esa luz intermitente, contemplaba su cabeza de madona inclinada hacia mí; su cabellera destrenzada, que enmarcando su rostro de vírgen venía á dilatarse en la opulencia eburnea de su seno, que alto, duro y redondo se dejaba soñar á través de la tela húmeda de su traje. Pero, cuando todo yacía en tinieblas, sus pupilas radiosas de resplandecencia creía ver en aquel limbo: ¡limbo incapaz de robarme el iris de su sonrisa angélica, por que en la ambrosía perfumada de su aliento la adivinaba!

Aquel hálito tibio de su alma, cayendo sobre mi rostro parecía infiltrarse en mis venas, para hacerlas vibrar con las armonías de un arpa

misteriosa: para transmitir á mi sangre laxitudes que esparcieran por todo mi ser, la mágica embriaguez de su nombre querido... Y ese calor de su cuerpo se deslizaba tan suavísimo en torno mío, que despertando una ansiedad secreta en mi espíritu, me envolvía con las carícias inefables de un sueño delicioso...

Y ya al desmayo embriagador de esas flaquezas me adormía, cuando se produjo el fiat-luz sublime de un relámpago prolongadísimo, y nos miramos largo en los ojos... Pero, con tanta ansiedad de contemplarnos nos mirábamos, que el estallido de un trueno inaudito nos sobrecojió, hasta el punto de que en el paroxismo del más profundo estupor, cual si fuesemos ó rodar al fondo de un abismo, nos precipitamos á la véz uno en brazos del otro...

Cuando entre unos como enervamientos dulcísimos torné de ese espasmo á la vida, comprendí que en el vértigo de la pasión había unido mis labios á sus labios... ¡y que en ese instante sus labios, como la nota de un violín perennemente sostenida por una ansiedad eterna, me besaban...!



Y aquí el viejo gaucho, como si lo sofocase un sollozo sacude la cabeza con amargura indecible, interrumpiéndose.

Luego, deja pesar la cabeza en la mano izquierda apoyando el codo en la rodilla, mientras aprisiona fuertemente los párpados, para cortar el doble caudal de sus lágrimas silenciosas. Pero ellas siguen rodando lo mismo que

páginas de un libro que deshoja el viento, llevándose en cada una fragmentos de una historia triste...

La cáscara de mataco que pende del costanero, se balancea lo mismo que el péndulo de un reloj. Las pajas olecosas que cuelgan del techo, tiemblan por instantes á las ráfagas heladas que entran por el marco sombrío de la puerta. Y la llama del candil sobre las flores de la marca, parpadea lentamente, como un ojo fatigado al soplo del sueño.

Un silencio religioso pesa sobre nuestra conciencia. Estamos pendientes de aquel anciano venerable, como quién espera por momentos ver romperse un misterio.

Así le contemplamos con respeto profundo, veneramos con unción religiosa aquel símbolo augusto de nuestra libertad, hasta que lentamente alza la cabeza, y sin mirarnos, como si se avergonzase de haber llorado, termina balbuciente:

—¡Aquel hermano de corazón, aquel héroe anónimo... dos años más tarde, fué víctima de la venganza de los indios... (1) Y después, primero mi esposa... luego, uno tras otro, todos me obandonaron...!—y su mano rugosa y trémula, se alarga hacia el cielo—¡De mi dicha pasada... amigos, ya no me quedan más que tris-tristes recuerdos!.

(1) Marucho, siendo baqueano del ejército, fué cautivado por los indios, quienes más de una vez pidieron á los gefes que se lo entregasen en cambio de cualquier otra cosa. Le colocaron dentro de un saco de cuero fresco, le ataron á la varriga de un bagual, y lo soltaron, diciendo «que él, Marucho, era muy baqueano, y tan *toro*, que sabría ír á reunirse con las dos cautivas»... Esto, me refirieron dos gauchos más, en distintos puntos de la Pampa. *El autor*.

Y el viejo gaucho, deja pesar la cabeza entre sus manos, para quedar abismado en el mundo hermoso de sus tristes recuerdos... mientras afuera, lo mismo que la noche aquella de su pasado, domina el trágico horror de la tormenta, y nosotros seguimos rondando.....

MI AMIGO, EL "DOTOR"...



Mi amigo, el "dotor"...

No menos de cien tijeras, dejan oir su repiqueteo argentino bajo la ramada.

Es una mañana de Noviembre. cálida pero deliciosa.

Los esquiladores, hombres y mujeres en una mezcla de jóvenes y viejos, de pié, inclinados sobre la oveja, esgrimen á dos manos la tijera esquilando con todo el tajo. Los agarradores, recojen las maneas, del cuero de «las primeras peladas...» y en tres zancadas entran al brete, para traer por la pata á las que deben entregar el tributo anual de su vellón. El atador, hace sobre la mesa cuadrados líos de dos ó tres libras de lana. Y el «médico», un *Vichenzo* á quien hacen trinar los paisanos con sus bromas, va de aquí para allá con su tarro de alquitrán y su hisopo, acudiendo al grito del que ha cortado.

Ño Machengo, sentado á la entrada de la cancha, con su actitud poderosa de patrón y de alcalde, observa la esquila entre mate y mate, al par que deja caer de á una lata por cada oveja que pelan, los centenares que tiene en su bolsa.

El alma de los paisanos, retoza placentera en los dichos que sueltan maliciosos, haciendo ruborizar las muchachas y taimar las viejas, pero divertiendo á mi patrón el señor alcalde, que no es lerdo en las agudezas picantes, y le gustan hasta aplaudirlas con carcajadas sonoras, cuando sobre el pucho no las retruca con otra de mejor *lay*. Y más de una vez, no obstante «su austeridad de hombre público», le he visto así... con tomaña boca, «violando el pudor» de una mujer reflejado en algún espejo, de los que suelen colocar en el suelo bajo sus polleras.

*
* *

Las cosas de don Marcelino Rivero, quien para los del pago no pasa de ser «ño Machengo», si alguien las conoce de cerca... (¡pese á mi modestia de «peón que sabe leer *de corrido* y escribir *con buena letra!*») soy yo, que hace rato gozo del honorífico rango de ser su secretario privado, y de la perspectiva risueña de su puesto, pues me dejará en él así que «le suban», según sus propias palabras.

¡Y como se vió de enredado en las cuartas, el día en que le bolearon con el primer título de la magistratura! ¿Cuando podía amigarse con la idea de que él, ño Machengo, era autorid

nada menos que en su pago? Sin embargo, (¡y para mí, en el asunto la patrona también metió la pata...!) el hombre empezó á acostumbrarse con la *cosa,* hasta que la *cosa* se le hizo lobanillo en el cerebro. De modo que ahora, como águila que con las alas rotas desde el llano mira la cumbre, se lo pasa soñando con no sé qué pináculo del poderío...

Aquello de «no hay mal que por bien no venga», en ño Machengo se impuso como cosa emanada de los cielos.

Un lindero, por más señas paraguayo, le andaba pinchando hacía tiempo, como tábano á la siesta. ¡Es claro, que mi patrón se la guardó! Hasta que una tarde le encontró corriéndole los animales en su propio campo, ¡y ahí no más, «le pegó una...! ¡que ni su madre, le dió otra parecida cuando era chico...!»

¡Naturalmente! La cosa llegó á las narices de la justicia, la que no siendo todavía como fuello, hizo que cayese su larga humanidad de las dos... en el cepo.

Pero, como llovido del cielo, se le presentó un doctor... Al principio ño Machengo creyó ver al diablo en el hombre letrado, por más que no exhalaba azufre.

—¡Yo le voy á sacar, «amigo», como si tal cosa...!—le dijo el doctor, y en menos tiempo del que empleó ño Machengo en volver de su sorpresa, el hombre, valiéndose de unos artículos que para mi patrón «eran de la mágica negra,» le sacó bajo fianza.

Después, corrieron los papeles por unas que el le oyó llamar «primera instancia» y «supre-

ma corte...» Y más tarde, cuando el asunto ya lo tenía lo mismo que animal enmoscado, el doctor le pechó con la nueva de que *la cosa* había quedado en la nada, ó lo que para el caso es lo mismo, que la habían ganado sin castigar... ¡sin que por todas «esas molestias», *le cobrase más que los sellados,* el hombre...! Pués él, el doctor, «se conformaba con ser su amigo...»

Por cierto, que ño Machengo quedó como atado al doctor, con ese desinterés generoso.

Empezaron entonces á llover regalos sobre el Tandil, para el doctor. Corderos y vaquillonas, yuntas de caballos para el coche y lecheras recientemente paridas, para la leche de los niños. ¿Qué...? ¿lechones, pavos, gallinas, huevos, quesos, manteca y grasa...? ¡Bah! ¡Eso iba á la casa del doctor, como basura al río...! ¡Hasta le mandó una burra, para que criasen á no sé cual «de los nenes empachados del doctor...!»

Y ya creía mi patrón haberse portado siquiera á la altura de ese desinterés del doctor, (¡estaba escrito...!) cuando una vez vino á visitarle él, «en persona...» Y á la cuenta le echó el ojo «para buen político», porque á los tres días le envió las credenciales de Teniente Alcalde, con una carta en la que apelaba entre otras *cosas muy lindas,* á su patriotismo. «¡Los hombres conscientes y desinteresados, amigo Rivero, se deben á la patria!»

Ni en sueños se le había ocurrido que él, Marcelino Rivero, se debía en cuerpo y alma á la patria. Y lo que es más todavía, «que la

patria, en esos momentos angustiosos», recordase nada menos que de él pidiéndole «su valioso apoyo.»

Así, que á la carne con cuero asada por sus propias manos para que no se quemase, y á los peticitos overos como poroto para la silla de los niños del doctor, tuvo que agregar para la patria su noble esfuerzo, mandando gente cada véz que hahía elecciones... Por que eso sí: ¡ni por los amores de la más hermosa de sus cincuenta comadres, él bajaba al Tandil con su gauchage!

Solo entonces tomé parte activa en los asuntos prívados de mi patrón. Pués su amigo el doctor, le envía cuanto diario pasa por sus manos, y luego la correspondencia, á la que no solamente debo contestar, sinó también emitir mis pobres ideas, aunque ellas, tal cual las concibo, se le ocurren primero á él, solo que siempre espera á que yo responda á sus preguntas, «para saber si estamos los dos de acuerdo»...

Empezaba otra véz á resollar medio desobligado de las tantas atenciones de su amigo el doctor y de la patria, ¡cuando zás... que me lo *nuembran* Alcalde de todo el distrito!

—¿Como corresponder ahora á mi amigo, el *dotor*?...— me preguntó aquel día mi patrón el señor Alcalde, medio sofocado aún por el gustazo de la nueva; para éstos disparos á quemaropa, tengo un gesto que lo mismo aprueba, que disiente, ó denota admiración ó estupor, y si conviene, no significa nada... Así que después de alargar los labios y levantar el ceño, «en

la tercera acepción de ese modo prudente de mantener su favor, respondí:

—¡Creo, que si usted continua siéndole fiel...! y me interrumpí, viendo que me convertía en enano con la compasión de sus ojos chicos pero penetrantes; luego replicó:

—¡Bah, «eso» por sabido se calla...!

—Entonces, no sé...

—¡Por ahí debió empezar, «y no salir con esas»...!—quise saber hasta donde apreciaba las atenciones de su amigo el doctor, y cuando más entregado estaba á su ir y venir por la pieza, dije:

—Yo que usted, le regalaba la mitad de su estancia...

—Oh! Y que cree?... ¡Si pudiese cortarla con mi facón, se la mandaría en una bandeja! ¡Pero es tan delicado mi amigo, el *dotor*...!

Desde entonces, le veo á mi patrón «el señor Alcalde», como le llama su esposa ña Nicanora, campeando el medio de quedar bien con su amigo el doctor... ¡Y sobre que se le ha pegado el «mi amigo, el dotor»...!

*
* *

Me parece que hoy, á través de «mi amigo el doctor» vigila ño Machengo la esquila, y que por eso le hacen caer *de las dos* en cada retruécano que le largan los paisanos.

Ño Cundo (Facundo) larga la oveja, recoje el vellón y la barriga, para dejar el uno junto á la mesa del atador, y á la otra en un montón vecino á ño Machengo, y, alargando la

mano para recibir la lata, dice con insospechable gravedad:

—¿Creo que ya le hablé, ño Machengo, de este asunto?...—él le mira con extrañeza, bien distante de la que le aguarda, y entreviendo algún acto de justicia, se reviste de su austera dignidad de Alcalde, y responde:

—Oh?... *Sabés* que no me acuerdo de eso, ché...?

—¡Es el caso, que «quisiera ver al señor Alcalde sobre una yegua», de esta marca...!—todos estallan en carcajadas, festejando la broma en que ha caído ño Machengo, el más listo en esas mañas, cuando uno de los esquiladores, que sale de la cancha para afilar sus tijeras, dice señalando hacia el pueblo:

—Allá, parece que viene un jinete...—como movido por un resorte, ño Machengo se pone de pié:

—¡A que es mi amigo, el *dotor*...!—y se empina, inclinando la cabeza á uno y otro lado mientras busca un punto negro en la lejanía velada por reverberaciones de luz.—Fíjate bien, ché, si es coche... por que mi amigo, el *dotor*... nunca viene á caballo.

No es fácil precisarlo, á través de la ondulación reverberante que rueda sobre la Pampa. Apenas se columbra ese bulto allá lejos... Ora adquiere una forma graciosa, pareciendo más grande y que de improviso avanza gran distancia: ora que se apequeña, y que alargándose retrocede muchísimo más, hasta que, entre unos como tumbos y saltos, repentinamente desaparece en las cambiantes nacaradas del es-

pejismo ilusorio de la luz, que llena de turgencias clarísimas y flotantes la inmensidad, desde la próxima llanura al más lejano horizonte, dando á todo ese algo fantástico del Plata anchuroso, bajo el palio argentado de sus nieblas matutinas... Pero después, en caprichosos giros empieza á despejarse todo lentamente, y entonces emerge poco á poco aquella figura, que haciéndose más clara y distinta, resulta un carruage adelantándose por la faja tortuosa y gris del camino vecinal.

Ño Machengo, frunciendo el entrecejo, con los párpados casi unidos, y la mano abierta sobre los ojos, lo divisa con ansiedad jubilosa hasta que prorrumpe:

—¡Eh...! que les dije...? ¡Él es: mi amigo el *dotor*...! Pero, por qué no me habrá escrito, anunciándome su visita?...— y volviéndose hacia las casas, en cuyo corredor ve sentada á su esposa, grita—¡Eh...! ¡ña Nicanora, á ver si se mueve: que ahí viene mi amigo, el *dotor*...!— como tocada por la electricidad se levanta la patrona, divisando hacia el camino con el Jesús en el alma, hasta que prorrumpe en una carcajada, y replica:

—¡Pero...! ¿á dónde tiene los ojos, mi patrón el señor Alcalde...? Que no vé, que es el carro de un mercachifle...!—ño Machengo medio desencantado vuelve á mirar hácia el camino, pero al punto se ilumina, y, después de compadecer á ña Nicanora, dice:

—¡Ni jugando, ña Nicanora, compare con un mercachifle á mi amigo el *dotor....!*—y volviéndose con viveza á todas partes, tal como un

general en su caballo de guerra, empieza á impartir sus órdenes perentorias.—Bueno, patrona: á ver si se hace unos pasteles, y algunas de esas otras cosas lindas, que más le gusten á mi amigo el *dotor*... Y *vos*, muchacha, déjate de estar abriendo la boca, y anda á cambiar la yerba. Mira: cebá en el mate de plata, que es para mi amigo el *dotor*... Ché, Centurión... (¡no te apaves, hombre. parece que nunca has visto coche...!) carneate de una furia ese cordero negro, que te dije el otro día que era para cuando viniese mi amigo el *dotor*. Vé: se lo entregas á Cundo, para que lo ase bien doradito. ¡Pero, ché, no te vayas á comer los riñones, eh? mira que le gustan mucho á mi amigo el *dotor...!* Y usted, secretario, tome la bolsa para que me atienda la esquila... ¡Y cuidado! ¿eh? no sea cosa que les pague de á dos latas, á las muchachas...—y así que me entrega la bolsa, se dirige hacia la tranquera á esperar á su amigo el doctor.

El carruage, deja el camino cortando hacia las casas, al trote brioso de sus tres caballos marca de Rivero, para llegar algunos momentos después en medio de una nube de polvo, que envuelve hasta ño Machengo cuando sale á su encuentro, diciendo:

—¡Oh... que tal! ¿cómo dice que le vá á mi amigo el *dotor...?*—un hombre joven aún, de rostro y manos femeniles, pero de aspecto varonil en su corpulencia propia de muchacho de quince años, vistiendo de blanco, aprisionado el chaleco con un cinto piel de Rusia prendido con hebilla de plata. con el bigote «enma-

rañado á la francesa» y, ostentando lentes con aro de oro, descendiendo del coche responde:

—¡Oh... mi amigo Rivero!—y dispensándole la dicha suprema de su abrazo —¡Cuanto...! ¡cuanto gusto...!—le da algunas palmadas en los hombros, y le separa hasta contemplarle sonriente, para luego abrazarle otra vez más fuerte, repitiendo sus palmadas y «sus cuanto gusto. que medio atontan de júbilo á ño Machengo; y de pronto, como lo haría un cómico en la escena, se torna grave, y retocándole el nudo del pañuelo, después de quitarle con proligidad una telaraña del sombrero, agrega:—¡Y su señora esposa, misía Nicanora...! ¿está bien...? ¿sin novedad...?

—¡Sí: guapaza, anda la patrona...! ¿Y...?

—¡Oh, cuánto gusto...! ¡cuánto gusto...! Si supiera, mi amigo Rivero, cuanto ansían en casa tenerla al menos por un mes...!

—¡No faltará ocasión...!—interrumpe ño Machengo, como si estuviese mirando el sol bajo sus narices: y con vanidad secreta, al ver que su amigo el doctor enlaza con su brazo el suyo al par que le iguala el paso, le lleva hacia el corredor enterándose de la salud de su señora. de sus hermanas, de sus niños, del nene empachado, del sirviente, de la mucama y la cocinera, y hasta de sí la burra da mucha leche todavía, para si no mandarle otra.

Su amigo el doctor le tranquiliza en cuanto á la burra: está muy gorda y da mucha leche. Pero en lo que respecta á su familia, menea la cabeza de un modo bien significativo... Y en son festivo, agrega que los únicos que nunca están

enfermos en su casa, son los sirvientes: ¡jamás se ha llamado médico para ellos!

Cuando pisa el corredor, se detiene repentinamente á tres pasos de mi patrona, y le alarga los brazos inclinando la cabeza en un como reclamo de «galán joven», mientras ña Nicanora arremangada hasta los codos, en jarra, enseñándole hasta las «muelas del juicio» en su franca sonrisa, se yergue en su corpulencia de granadero de San Martín para contemplarle, hasta que al fin, el doctor queda convertido en muchacho de doce años al abrazarla... Y, ¡es claro! deben repetirse otra vez «sus palmadas y sus cuato gusto...»

Mi patrón el señor Alcalde, sonríe como un bendito á las cosas de su amigo el doctor.

*
* *

Las tijeras, bajo el yuyo verde de la ramada dejan oir sus armonías de bien templado acero en cada tajo. Las ovejas peladas, se paran al puntapié del esquilador, y al sentirse livianas se sorprenden, salen agazapándose de la cancha, y cuando se ven en la sombra, se desconocen, se espantan, y huyen hacia el campo profiriendo su balido. Algunas mujeres, «medio aplastadas», se sientan en cuclillas para esquilar. Y otros empiezan, lata á lata, á medir el sol calculando la hora del almuerzo...

Y allá, bajo la galería, sentados frente á frente ño Machengo y su amigo el doctor, se sirven mate pico á pico, conversando tal vez sobre la situación crítica del país. Ña Nicanora, no solo repica sinó que también oye la misa, y en

do á zancadas de aquí para allá. Atrás de la cocina, hace *ca... carear* una gallina, «para la visita»; de paso echa un párrafo en el corredor y se aleja sonriente «¡no sea el diablo que se le quemen la cebolla ó los pasteles... Y en tanto el muchacho, se le sienta á un petizo ruano, y, castigando á dos lados con las maletas de lienzo corta hacia la pulpería cantando á gritos, «hasta que se le obscurece el sol» rodando en la primera vizcachera...

Los paisanos comentan la venida del doctor. Para ellos, al hombre lo trae la política... Sin embargo, no falta algún temerario que crea «que la *cosa está jedionda* á revolución».... Ño Cancio, lo ha previsto en lo rojo que estaba el sol ayer al ponerse, y en la luna. que también muy roja, tenía «los cuernos» demasiado hacia el súr: «signos infalibles de guerra, y que presagiaron la caída del Tirano»... Y, apropósito de eso, ña Ciria (Ciriaca) se sienta sobre el animal y recuerda que ha visto en la noche anterior, á eso del primer canto de gallos, que una estrella muy grande, cruzando el cielo de norte á poniente dejaba un rastro anchísimo de fuego, y que después de fumar un cigarro se durmió, «para soñar con luto:» fenómeno que ella observó para la de Paunero. que fué en la que murió su *finaito* Policarpo...

Y la viuda rompe á llorar su desventura de hace lo menos veinte años...

—Y en qué batalla murió su marido, ña Ciria?...—pregunta el atador, apretando un lío con el pecho mientras tira de los hilos.

—Quién...? mi *finaito*?... (¡Angel del cielo...!)

¡Murió de chucho, señor!...—y en un suspiro gemebundo se traga su antiguo dolor, enjuga las lágrimas con la punta del pañuelo con que ata su cabeza, escupe las tijeras para que se deslicen mejor por entre la grasienta lana, y murmura.—¡Después dicen, que la Patria tiene en cuenta los sacrificios...!

Todos sonrien socarronamente. Menos ño Cancio, que dice sentencioso:

—Húm! ¡La Patria da, «desdichas al que no las tiene...!—y uno de los tres agarradores, voltea un carnero, le cruza las cuatro patas y se las manea, para entonces tercear con ironía:

—¡Es que la Patria no es para los más ni para los que más se sacrifiquen...!—y aquí se dejan oír las palmadas que dá la patrona, para que no se agarren más ovejas...

A medida que acaban de pelar las últimas ovejas que hay en la cancha, los esquiladores traban sus tijeras, y se van á lavar, ó, sin cuidarse de eso los más dejados, acuden allá, bajo la arboleda, en donde ña Eulogia les ha servido ya el puchero y la fariña con color, junto á cada asador clavado con media res de capón, más dorada que el altar de mi pueblo; mientras al fuego algunas pavas hierven, haciendo repiquetear las tapas al paso del vapor tan impacientes, que parecen anatematizar la inercia de la yerbera y de los poros con sus bombillas, que no lejos esperan á los viciosos, á la manera que los santos á sus devotos férvidos...

¡Como huérfanos se hartan los *chacareros!* Pues la mayor parte son de las orillas del pueblo. En el verano, como las abejas, abandonan su

madriguera para invadir la Pampa hasta «la esquila de las borregas», que es entonces cuando pegan la vuelta al rancho: ¡donde pasan el invierno entregados «á la más cierta y más pobre» de las penitencias!

Pero los patrones, (¡que nunca se rascan...!) refrenan su apetito voraz bajo una forma encantadora... En los primeros días matan los capones más gordos, y se los sirven en bien *doraditos* asados y soculentos pucheros, ó guisos, á lo que añaden una fariña empapada en grasa, que hábilmente coloreada con pimentón resulta tan apetitosa, que tentaría al mismo santo padre «en el más severo de sus ayunos»... Y ellos, que vén al fin realizarse los ensueños de sus noches negras, largas y sin lumbre, se avalanzan sobre los asadores y fuentes para comer... ¡No! Para devorar, como devoran los hambrientos cuando encuentran algo con qué matar su hambre... Luego viene la sed, que nace á ese volcán que fermenta abrasando sus entrañas, y para apagarla, apelan al mate dulce, muy dulce, hasta que, viendo que aquel fuego acrece más y más, se precipitan al balde y beben agua y más agua... ¡Y entonces empieza Cristo á padecer! Hoy se convierten en «zorros», que toda la noche andan «golpáendose la boca»... Y mañana, en «chasques» hacia el monte, portadores de quién sabe «qué alarmas»...

Ño Machengo, empero, no es de los que les hace «esas jugadas sucias»... ¡Pues nó! ¡Cualquier día, no siendo hoy, él se mete en esas miserias propias de los *gringos,* ó de maulas que nunca tuvieron, «ni ésto!»...

Y de ahí, el que sus esquiladores coman sin asco hasta satisfacer su apetito, dejando buena comida de sobra para los perros...

El sol, de candente se diría adherido á la mitad del firmamento.

El calor es sofocante. Y el aire, parece enrarecido en la luz blanca del día...

El doctor y ño Machengo, han dejado ya la mesa por la galería, donde continuan hablando tendido, es decir: el letrado, que mi patrón el señor Alcalde, en la atención profunda con que le escucha más bien parece alelado; mientras ña Nicanora, á una distancia prudente de ellos, apoltronada en un sillón, entre cabeceo y cabeceo se arrellana y compone el pecho, haciendo esfuerzos heróicos por no dormirse.

Los esquiladores, se disponen á pasar la siesta bajo la fronda de los paraísos corpulentos que recuadran el amplio patio.

Unos tratan carreras, que luego corren frente á la estancia, «como para que también se divierta el doctor»... Otros, acuden á las canchas de taba á probar suerte, arriesgando su trabajo á las veleidades de un hueso, «que en la mejor, precisamente es cuando *echa culo*... Y aquellos más prudentes, (¡son tan pocos!...) se tienden y tapan el rostro con el sombrero, para dormir las dos boras de descanso. Las mujeres, ceban mate á los jugadores, sobretodo á «los que están en la buena», para *coimear*; ó, surcen pollera desgarrada por alguna oveja.

En el monte, entre los trinos jubilosos de las aves, se lamenta melancólica la torcaz y chilla sin tesón la chicharra. En el charco, bogan

indolentes los ganzos bajo el follage verde de los llorones. Las gallinas en el patio, con los picos abiertos, las alas esponjadas y encendidas las crestas, escarban la tierra para bañarse en su frescura. Los perros jadeantes, con los belfos caídos y colgando la baba, dejan éste por aquel sitio perseguidos por las moscas. Y allá en el campo, las ovejas en grupos desiguales aquí y allí, permanecen quietas, con la cabeza gacha, amarilleando las peladas entre las otras, que parecen sucias; la hacienda, aguijoneada por la sed y los tábanos cruza el biznagal en flor, y cae en puntas largas á las bebidas del jagüel: y á la rastrera presencia de la comadreja y el hurón, se alza la lechuza en recto vuelo hacia la altura. para cernirse sobre la cueva en el cardal, profiriendo su grito de alarma. Las reverberaciones turgentes siguen abismando la Pampa, ora como girones caprichosos de brumas fluctuando en un piélago enteramente azul; ora como oleaje cansado, que rueda hacia una playa desierta.

Es la hora secular de la siesta, en que hasta el laborioso casero dormita á la puerta de su casa.



Para todos se alza inopinadamente la grita de los que embretan la majada. auxiliados por los perros.

Los que duermen se incorporan abispándose sin que por eso falte quien, borracho de sueño, se limite á mirar en derredor. y creyendo, mentira «la cosa». se tumbe otra vez. Y los juga-

dores, se alejan de las canchas de taba alegres los unos porque les ha sonreído ese día la suerte, y cabizbajos los otros, que han perdido hasta las ganas de comer... ¡Malditas las ganas que tienen de abrir las tijeras!

Los agarradores echan ovejas á la cancha. El atador acude á su mesa, recientemente lavada la cara y fumando con gusto. Vichenzo con su pito en la boca, se arma del tarro y el hisopo para curar el primer tajo; mientras los esquiladores, empiezan á entrar de á dos ó más sin bríos en el ánimo. Pero, así que cuentan las primeras cinco latas y la agudeza les distrae, comienzan á sustentarse regenerados por la ambición noble del trabajo, y vuelven á encontrar la vida riente de alegrías y de encantos.

Ño Machengo y su amigo el doctor, han cambiado de postura incorporándose con más ánimo en su asiento. Y ña Nicanora «en persona», les sirve el cimarrón en la joya de pulido relieve de su mate de plata.

—¡¡Médico...!!—grita á este punto un esquilador, pero hay en su acento tanto de susto, que Vichenzo acude como electrizado á donde el otro todo sobrecojido, y dirigiendo miradas recelosas hacia mí, (¡no sea el diablo, que vea «la cosa...!») apreta con la izquierda el vacío de una oveja preñada, al par que agrega:—No vayas á decir... ¿eh?

—*Má...! le* grande *il taco...?*—inquiere Vichenzo con zozobra, predispuesto á encubrir la cosa para que no despidan á su compañero.

—¡Hasta la muala se me fueron las tijeras, che!

—¡*Per* Cristo...!—prorrumpe Vichenzo, mirándome furtivamente.—*Fámelo* veder, un *po...?*

—¡Bueno. Pero empapa bien el hisopo, para que de una sola pasada...—aquí se duplica la ansiedad de Vichenzo, que hundiendo en el alquitrán hasta el mango el hisopo, se inclina sobre el animal, diciendo:

—*Bene*! A *l' hora, fámelo veder...?*—y entonces el paisano, con insolente calma le enseña el tajo «en cierta parte de la oveja.»

A excepción de las mujeres, que se ruborizan con bien justificado motivo, todos prorrumpen en carcajadas viendo á Vichenzo que parpadea de ira, que todo rojo hace rechinar los dientes, hasta que en un arrebato de coraje levanta el tarro sobre la cabeza del otro profiriendo:

—¡Eh... *porcachon!* ¡Bruta bestia...!—pero el paisano, con dulce mansedumbre, humilde como un perro se tiende á sus pies, é implora:

—¿Para qué, me vas á matar hermano...?—hay tanto de grotesco en las palabras y en la actitud del travieso nativo, que Vichenzo en su nobleza de corazón joven, acaba por perdonarle y entonces el paisano, alargándole la tabaquera dice:—Carga la pipa, hermano, y hazme un cigarro...!—él le mira un instante en los ojos, para ver si no se burla, y luego responde:

—*Bene! Ma inaltra volta...!*

—¡Oh...sí: en otra, aunque te pida pordón *per la tua zorella,* me matas!—y los dos, como si tal cosa, van á recostarse en uno de los bastidores que recuadran la cancha, para echar un párrafo sobre la tierra hermosa de Vichenzo.

*
* *

La esquila está ya en su apogeo placentero de media tarde, cuando ño Machengo y su amigo el doctor vienen á la cancha.

El doctor se detiene á la entrada, exhalando el aroma delicioso que perfuma sus ropas y sus cabellos, mientras con dos dedos se quita los lentes, para agitarlos hacia aquí y hacia allí, haciendo feliz á este y aquel paisano con su saludo y su sonrisa, los cuales, henchidos de vanidad al merecer «el alto honor de su *chê*», se *pelan* á medias el sombrero, y todos confusos y balbucientes, tratan de enterarse de si está buena su preciosa salud. Y después, sin saber qué hacer de sus manos y sus piés, quedan con la vista baja, indecisos, cohibidos como ante Dios. ¡Diría que hasta las ovejas, mirándolo con las orejas paradas, también le rinden homenaje al doctor!

Veo que ño Machengo suda grueso, como si tuviese entre pecho y espalda un albondigon caliente que le abrasase las entrañas. Pero, tras un gesto de heroismo supremo se sobrepone á medias de su embarazo, y dice:

—Aquí mi amigo, el *dotor*... nos convida *pá* una con pelo en el Tandil... Quiere que le acompañen «sus amigos», en las *eleiciones* del domingo... Por que, según colijo, algunos zotretas parecen que quieren gobernarnos como á hijos y repartirse la patria y todo, como si *juesen* bienes de dijunto. ¡Pero aquí mi amigo el *dotor*... que ni sabe «jugar sucio», ni anda con que «aquí la puse...» quiere mandar al *dianche tuitos* esos ladrones, «ganándoselas sin rebenque...!» ¿eh? ¿que les parece, paisanos...?

El paisanaje, que siempre está animado de los mejores sentimientos hacia la patria y á todo aquello que sea noble y justo, se siente entusiasmado y hasta orgulloso de acompañar á ese doctor, que va á emprender tan generosa empresa solamente por amor á la justicia y al derecho soberano de la libertad común... Y, por eso, acepta con el alma esa bolada, prorrumpiendo en vivas al Nuevo Apostol de las instituciones patrias.

El doctor, agradece con frases elogiosas esos víctores. Y conmovido, pregunta: «¿qué sería de nuestra patria si todos los hijos la amasen como ese núcleo de ciudadanos patriotas...? ¡Ah, él siente amargura infinita cuando piensa que ese patriotismo de los hombres sanos, se explota en aras del fraude y de las ambiciones personales!» Y después, con llaneza campechana, les estrecha la mano llamándoles «sus amigos», y se aleja con ño Machengo, hacia el carruaje en cuyo pescante, á los pies del cochero, ya chilla un lechón y aletean algunas gallinas.

Después de algunos abrazos y palmadas, y de un «adiós» dirigido á ña Nicanora y á nosotros, el doctor sube al coche, que al punto parte.

El carruaje se aleja al trote fogoso de sus tres pingos, y toma la faja grís del camino que desciende serpenteando á la llanura. Por instantes, una columna densa de polvo alzándose en giros audaces, lo vela á mis ojos, hasta que paulatinamente vuelve á surgir trepando la más lejana loma, reluciendo por intérvalos su capota entre la luz sangrienta de la tarde. Luego,

se esfuma poco á poco, en la lejanía azulada de las sierras, dragones sombríos que se levantan á las puertas del Tandil.

*
* *

Mi patrón el señor Alcalde, ni aporta por la cancha después que se va su amigo el doctor. Creo que se le hacen chicas, la blusa y las bombachas en las grandezas en que se mira. Y debe pensar en algo muy hondo, porque con la cabeza gacha y las manos cruzadas atrás, tranquea á lo largo del corredor hasta que se suelta el trabajo.

Cuando con otros peones deposíto la lana en el galpón, dejando lista la cancha para el siguiente día, paso al comedor donde él, sentado ya á la mesa, me aguarda diría con impaciencia, sino afectase á mi modestia de peón.

La alegría que llena su corazón se le desborda hasta por los ojos en miradas risueñas. Y no me he equivocado al pensar que el hombre andaba como con el diablo en el cuerpo porque necesitaba consultar á su oráculo. Pero, sin darme por avisado, vacío la bolsa y empiezo á rendirle cuenta:

—La patrona, me entregó dos mil latas después. Y á última hora, he dado un recibo...— pero ño Machengo me interrumpe, al par que sus manazas arrean con todo:

—¡Sí, amigo secretario, todo tiene que estar bien...! – y empujando la bolsa y las latas hacia la patrona.—Tome, ña Nicanora, ocúpese usted de eso. ¿Y...? ¿ha visto...? ¿cómo se presentó al fin, ella sola...?

—¿Quién...?—pregunto en medio de la perplejidad más profunda; él me compadece, y luego replica:

—¡Caramba, digo, que había sido mulita el mozo...! ¿Pero, quién ha de ser...? sino es «la ocasión», que yo tanto buscaba...?—mi admiración no tiene límites, y ya estoy á punto de caer de espaldas cuando el prosigue:—¡Pero también...! ¡amigo secretario, será preciso «que nos portemos á la altura de ella...!»—el júbilo lo sofoca, y se pone de pie para dar dos paseos á lo largo del comedor; luego se planta junto á mí, y ya golpeándome en el pecho con el revez de su derecha, ó ya en el hombro con toda la palma, empieza «á soltar todo», lo mismo que borracho contra un poste.

Ni Maquiavelo, habría fraguado un plan político más poderoso que el que acababan de concebir ño Machengo y su amigo el doctor. Nada de complicaciones. ¿Para qué...?

El doctor, saldrá electo diputado en las próximas elecciones. No Machengo, irá á ocupar «su lugar» en la presidencia del Concejo Deliberante. ¡Ni más ni menos! Y desde allí, donde ya cuentan con una mayoría disciplinada, formará un Comité, base de apoyo para unas combinaciones que él todavía no se explica bien, y que serán la escala porque ascenderán uno tras otro quién sabe hasta que altura del poder. Pero, ¡nunca falta «un pero...!», todo depende de que la ganen sin castigar el domingo.

—Ya vé...? — termina dejándome atónito— ¡Todavía no le he recompensado aquello de que me hizo nombrar Alcalde, y ya me va

á meter nada menos que de presidente...!Qué le parece, amigo secretario...?

—¡Cuando su amigo el doctor, lo hace...!—y me interrumpo á la compasión de sus ojos.

—Bah! ¡Eso lo sé yo también, que dianche!

—Ah! Usted se refiere á la forma en qué...?

—Es claro!—y volviéndome la espalda para más claridad, empieza á medir el comedor hasta que él crée que yo haya meditado lo bastante para responderle, entonces se deja caer en su silla, opoya el codo en la mesa y en la mano la frente, espera en actitud pensativa.

—Creo que empezaremos, como de costumbre, por escribirles á los teniente Alcaldes, y...

—A mis compadres, y...? ¡Pero, eso por sabido se calla...!—y descarga un puñetazo en la mesa, para luego mirarme de ito en ito—Y en eso ha estado pensando tanto...?—dejo transcurrir un instante, en el que me porto tal cual lo impone mi triste oficio, y después prosigo:

—Y creo que usted mismo en persona, debe ír el domingo al frente de su gauchage...—aquí sus ojos brillan de secreto orgullo, llenándome de satisfacción por que al fin he dado con la tecla.—Y máxime, cuando «según piensa usted», ha llegado el momento de que se haga conocer como el más prestigioso caudillo del partido del Tandil...

—¡Chocolate, por la noticia...! Pero no comprende...? (¡ó me cree tan zotreta...!) que eso mismo, voy buscando con mi ida...?

—Ah...! Luego, usted pensaba ír...?—ño Machengo se pone de pie, me mira como á negro chico, y replica:

—!Avise, amigo secretario, si se crée que me estoy chupando el dedo...! eh?—da dos pasos. y de pronto se cuadra.—Bueno: escríbase esas cartas, con eso á la madrugada, las llevan á su destino...

Y desde la madrugada del jueves hasta el sábado después de medio día, ño Machengo se lo pasa lo mismo que toruno embichado, de aquí para allá á lo largo del corredor; mientras chasques y más chasques, iban y venían reventando caballos de su pelo y marca. ¡Ni general en gefe, que hubiera sido!

De repente se paraba. como si lo hubiera pinchado un tábano en el talón, para mirar lejos. y para todas partes. lo mismo que el yajá. Pero, todo era al *ñudo*. «¡No por mucho madrugar, amanece más temprano!»

Ni aportaba por la cancha. Para qué...?

Pero el hombre empieza á sentirse con el alma en el cuerpo, cuando á eso de las tres de la tarde, divisa allá en la lejanía de la Pampa el primer grupo de paisanos...

—¡Amigo secretario, pare no más la esquila! —entonces me grita ño Machengo, y todo iluminado, ágil y brioso de alegría, acude á todas partes impartiendo sus órdenes.—Haber, los que tengan mejor voluntad, que vayan á carnear unas diez ó quince reses, para «la con pelo» Usted, amigo, monte su petizo y se va de una furia á la pulpería, y dígale á ese gringo del dianche, que si no piensa mandarme la pipa de vino Carlón que le he pedido, la galleta y la ginebra, oye...? Y que no me mande alguna porquería, de esas que tiene, nó...? Ahí le va á

dar «la libreta», ña Nicanora... Y vos, muchacha, (¡déjate de cebar estas lavativas...!) saca del cuarto bastante yerba y azúcar para la gente... ¡Qué no le falte nada!—y dirigiéndose á los esquiladores, que ya abandonan la cancha, termina.—Paisanos, los que quieran ir á mudarse ropa á sus casas no tienen más que agarrar caballo de «las mansas», nó...? Y los que estén «cortados», y precisen plata—aquí se torna festivo—pueden entenderse con el amigo secretario: ¡que él les vá á dar... «por el poncho». se conoce al gaucho...!

Y los paisanos, satisfechos á la lleneza generosa de su patrón, tratan de complacerle siéndole útil. Y mientras el muchacho corta hacia la pulpería á dos lados en su petizo, unos carnean allá en el plan del bajo, entre el bramido lastimero del ganado, y otros encienden los fogones en la playa, para asar la carne con cuero.

Así que pisan junto al palenque los que vienen, capitaneados por Narciso Bravo, ño Machengo les pega el grito:

—¡Desen contra el suelo, y verán que golpe se dan...!—los cien ó más ginetes, rompen en carcajadas á la broma de ño Machengo; pero Bravo se apea, y con afectada gravedad, dice:

—¡Y no faltará quién diga, que el finado no tuvo la culpa...!—y después de enrollar el poncho en el izquierdo, echa mano al cuchillo haciendo como que le va á envestir, á lo que ño Machengo le imita, y con destreza suma, pára un hachazo y pisa una estocada imaginaria, para luego replicar:

—¡No se meta al patio, compadre, que puede

pisar algún pollo... y más allá, tropezar con la punta de mi daga...!—Bravo se vuelve á los suyos, y dice:

—¡El zorro, cambia de pelo!...—y tendiéndole la mano á ño Machengo.—Cómo va, compadre Rivero...?

—Ya lo ve, compadre Bravo... Y por allá, qué hacen la comadre y el ahijado...?—y enterándose de sus respectivas familias, pasan al patio seguidos por los demás.

A medida que la tarde busca el occidente, otros ginetes se divisan despuntando el horizonte á los cuatro vientos de la Pampa...

***

En el seno de una noche apacible, lucen los candiles pendiendo de los postes del alambrado del palenque y los corrales, iluminando como en un San Juan, los grupos de paisanos que aquí y allí en el rodeo y el patio, beben y conversan alegres vecinos á su fogón.

De intérvalo en intérvalo se alza la voz doliente de algún payador, á los arpegios melancólicos de un Triste; mientras la Pampa en su mutismo religioso, dilatándose anchurosa bajo el astro pálido de la noche, parece pendiente de ese canto.

Ño Machengo y sus prestigiosos amigos, departen sobre política bajo el corredor, entre mate y mate, y taco y taco de ginebra.

Todos le exponen las quejas que les inspira el estado actual de cosas, para que el las haga subsanar con su amigo el doctor:

—Está *güeno*, que ellos no más gobiernen,

amigo Rivero...—dice ño Clementino Díaz, y después de hacerlo trinar en gorgoritos al frasco, continúa:—Pero que no nos manden tanto gringo sucio, para que nos apesten... ¡Al menos ya que los largan *pá* estos lados, que los laven siquiera...! ¿No le parece amigo Rivero...?

—¡Eso *mesmo* le dije á mi amigo el *dotor...!* Y él me respondió: que en cuanto ganemos «ésta», *tuititas* esas cosas se van á arreglar...—Vergara, Teniente Alcalde de las costas del Tandilefú, al par que devuelve el mate á la cebadora, tercia en pró del extranjero.

—¡Hasta cierto punto, yo estoy con los gringos...! Son pobres, pero que quiere, son *güenos* y trabajadores. Por ellos, conocemos más de una cosa... Y sino, ahí está el basco Albaitero y el inglés Day, que al criollo que quiere mejorar sus animales, no solo le cambian padres finos por ordinarios, sino que también le dicen como se hace... ¿eh? Lo único que no me gusta del gringo, son estos sacos y pantalones que nos traen de su tierra... ¡Porque *pá* mí, como argentino que soy, no hay como nuestra antigua blusa y chiripá...! Es cierto, amigo Rivero...?

—¡Ni que hablar, amigo Vergara...!—responde ño Machengo, pasándole el frasco.—Eso es algo, que también arreglará mi amigo el *dotor*.

—*Güeno,* eso pasaría... ¡Porque al fin, es una cosa linda en el hombre...!—dice Bravo.—Pero, que no nos vengan con esas pijoterías de alambrados en los campos, ¡mezquinando á los pobres hasta un poco de pasto, *pá* sus animales...! ¡No, señor: dejen *tuito* libre, como antes... *pá* que crucemos por *ande* más *querramos,* y el que

no tenga un pedazo de tierra, en la loma que más le guste, levante su rancho...! ¿Eh? ¿compadre Rivero...?

Y en este caso como en todos, ño Machengo opina lo *mesmo,* y asegura que ya lo ha previsto su amigo el doctor.

El paisanage, sigue en su algazara placentera animando los fogones. Y en uno de ellos, allá en el rodeo, se alza el acento doliente de un payador, evocando las edades hermosas del pasado en un Triste, así:

Vieras la Pampa argentina
en esas noches de luna,
en que desierta laguna
cielo y astros imagina...
Cuando ese campo ilumina,
esa intensa claridad,
y algo por su inmensidad
tiene de la mar dormida...
¡hasta en el ombú escondida.
parece hervir otra edad!

*
* *

En su pingo soberano, galopa ño Machengo á la cabeza de no menos de seiscientos ginetes.

¡Cómo le retoza el alma dentro del cuerpo á mi patrón, el señor Alcalde! ¡Ni ha pegado los ojos en toda la noche, de puro contentazo! Y hoy, al primer canto de gallos, ya nos pegó el grito.

¡Y que no lo va á hacer Presidente del Consejo, su amigo el doctor...!

La aurora despunta lentamente, dibujando

sus acuarelas ignífera en el inmaculado lienzo del alba. Y la Pampa despierta de su sueño poético, incorporándose en su lecho de trebol en flor, matizado aquí y allá de macachines y margaritas. Infimos colores en la túnica esmeralda de su llanura, recamada con los solitarios deslumbrantes de sus lagunas grandes y redondas.

De entre las últimas sombras de la noche, que en girones de bruma flotante, huye de la luz como con pena, emerge en columnas informes el paisanage, alta el ala del sombrero al soplo de la brisa matinal; el rostro curtido, destacándose del estuche magnífico de sus melenas y barbas. vistiendo con lujo los más, terno negro de bombacha, de pantalón bajo el chiripá, ó sin este los menos: cabalgando con bizarría gentil su pingo chapeado de plata, mientras su mirada de hombres libres abarca el panorama anchuroso, me recuerda las legiones intrépidas de Güemes, cruzando aquella Pampa de entonces para ir á imponer avasallamiento y señorío á sus opresores, al golpe formidable de su facón y de su lanza.

Todos van alegres. Y sus carcajadas sonoras repiten los ecos lo mismo que aletazos de muchas palomas al batir el vuelo. No Machengo ostentándose gallardo con su traje negro de pantalón, mitrista algo hacia la derecha y botas normandas de becerro francés, al frente de su gauchage, galopa ufano, al compás del argentino cuchicheo que formulan los pretales y estribos de cada flete.

Al salvar las sierras, nos sorprende el mira-

ge hermoso del Tandil, coronando con su caserío alta colina.

Es un espectáculo sublime el que se ofrece á nuestros ojos, iluminado de uno y otro confín por la luna y el sol al mismo tiempo. Diría que la llanura, las sierras, el caserío y todo, surge de improviso al fiat luz espléndido de aquellas dos grandezas, que de polo á polo parecen contemplarse.

Ante ese cuadro grandioso, ño Machengo se apoya fuerte en los estribos para dominarlo, como si jamás lo hubiese visto, hasta que clava los ojos allá en el Tandil, y, designándolo con su rebenque de dos libras de plata, dice:

—¡Allá está...!—y sonríe con secreto orgullo a las ideas que pasan por su mente; luego agrega:—¡También...! ¡ni sueña con tanta gente mi amigo, el dotor...! ¿eh? ¿amigo secretario?

—¡Es cierto!

—Vea: estoy contento, no porque seré Presidente del Consejo, sino porque al cabo puedo cumplir con mi amigo, el *dotor*...

—¿Y...? ¿en que parte vamos á parar...?

—¡Hombre...!— prorrumpe como sobrecojido ño Machengo, al par que sofrena su pangaré para mirarme luego en los ojos sin pestañar—¿Y sabe que no me lo ha dicho mi amigo, el *dotor*...?—de pronto se interrumpe, iluminándose á una idea.—Bueno: *(¡mirá*, que tan luego «él» se va á pisar el palito...!) es que tal vez, él «en persona venga á recibirme...» Y sino, mandará alguno «de nuestros amigos...» ¿eh?

—¿Y de ahí...? Si no vienen, bien podría usted castigarle por su olvido con una sorpresa

agradable, presentándosele con toda la gente... —veo que empieza á compadecerme, mientras con una sonrisa irónica, vela la satisfacción íntima que despiertan en su alma mis palabras —Pues, el que le vean al frente de su gauchage entrar al Tandil en pleno día, es algo que á usted le conviene, para demostrarles á todos los partidos cuanto vale su prestigio.

—¿Y á mí... ¿me viene usted á contar eso...? —me interrumpe, y como si quisiera ocultarme su gozo secreto, pone su caballo al galope: cuando le alcanzo, agrega:—¿Qué no vé, amigo secretario, que solamente por eso vengo yo, «en persona...?»—no me queda otro recurso en mi triste papel, que apelar á la prudencia: me asombro hasta la estupefacción, mientras él me aplasta con su mirada de soslayo... ¡por torpe!

*
* *

Al entrar por una amplia calle á las quintas que circundan la población, divisamos dos ginetes, que en sentido opuesto vienen al trote de sus montados. Su aspecto, nos dice al grito la condición distinguida de su clase.

—¿A que los manda mi amigo el *dotor*...?— prorrumpe ño Machengo, así que los vé.

—¡Húm, quién sabe...!

Y por qué nó...?—replica irritándose, y mirándome de hito en hito.—¿Ó acaso piensa, que solamente ustud sabe prever las cosas...? —más de una ocasión, por éstas impertinencias propias de su modo de ser dominante, he estado á punto de pedirle mis cuentas. Será un defecto en mí, pero nunca si tengo razón «bajo

el gallo». Y por eso, sin poderme dominar respondo:

—¡No digo «eso», señor: solamente sostengo, que lo que usted piensa en éste caso, carece de fundamento!—por los ojos de ño Machengo pasa un relámpago de ira cuando dice con sequedad:

—¡Bueno: será mejor que se calle la boca, eh? que yo me meto aquí... «sus consejos!»—hasta los ojos deben inyectarseme de sangre, al insulto de sus palabras. Pero, consigo ser prudente con mi patrón por la centésima vez, gracias á que los puebleros nos cortan el paso, y, que uno de ellos cuya barba recortada parece cola de pato, pregunta á ño Machengo dándoselas de criollo:

—Diga... (¡y disculpe amigazo...!) ésta gente viene...?—ño Machengo le interrumpe, para decirme con desprecio profundo:

—¡Qué le dije...! eh?—y volviéndose al otro responde sonriente de vanidad—Sí, amigazo: para mi amigo, el *dotor*... Y á ustedes...? (¡por sabido se calla...!) me los manda él...?—ellos se miran con una pregunta en los ojos, y el que no ha hablado todavía, de pronto talonea el montado hasta pecharle el pangaré, y, al par que le alarga «un puro» con anillo de papel dorado, responde:

—Sí, amigo, si: nosotros...—ño Machengo me mide, para decir:

—¡Húm...! qué le parece...?—y dirigiéndose al otro, «como de Soberano á Soberano»—¡Ya decía yo...! Por que á fé de Marcelino Rivero, que no sabía á dónde arrimarme con tanta gente..

—Por eso mismo, es que nos manda su amigo, «el *dotor*...»; Y á más...!—y aquí me parece, no estoy seguro por que su caballo brioso se agita inquieto que codea á su compañero mientras le alarga el fuego de su cigarro á ño Machengo—Sírvase, amigo Rivero...—él lo toma, y después de admirar el anillo dorado de su cigarro, y de arrancarle la punta con los dientes para escupirla lejos, prosigue:

Si, pues...Él, como lo sabrán Vdes., estuvo en casa el otro día... ¡Y hablamos de todo, pero maldita si se acordó, de darme las señas donde nos encontraríamos...!—y al arrimarle la brasa á su cigarro, para no cortar el choro gruñe—Húm.....

—Eso mismo, nos decía Eduardo...—y en un rápido vistazo abarca el callejón hacia el pueblo, y le pasa otro cigarro á su compañero, lo que me parece un pretexto para acercársele, y criticar alguna de las cosas de ño Machengo, tal véz el *dotor*, por que se sonríen «de cierto modo...»

—Húm!.....—sigue gruñendo ño Machengo, prendido al puro como guacho á la teta, hasta que le devuelve el fuego acercando su montado al de ellos, y continua.—Y por eso al grito, en cuanto los ví venir, le dije aquí al amigo secretario: ¡«De *juro*, que á esos mozos me los manda mi amigo, el *dotor*...!

—¡Y no se ha equivocado por cierto, amigo Rivero...! ¿Y cuando ha podido dormir en toda la noche Eduardo, pensando en eso...?

—¡Pobre mi amigo, el *dotor*...!—prorrumpe ño Machengo enternecido; y el otro, al ver que se

le ha apagado el puro. le pasa el fuego otra vez, y con no sé qué de vaga inquietud mira hacia el pueblo. y prosigue con misterio, bajando el tono.

—¡Y no solamente «en eso», amigo Rivero, por que usted ya sabrá...!—y aquí le guiña un ojo, acompañado de un gesto significativo, á lo que ño Machengo está apunto de caerse de espalda, de puro atónito, hasta que con vago sobrecojimiento prorrumpe:

—Qué...? ¡Pero, por Cristo...! si yo no sé, «ni esto...?»—el otro, abre grande los ojos al par que la boca. de tanto estupor, y no menos sobrecojido que ño Machengo, tambien prorrumpe:

—¡Ah...! Pero...? cómo...? y qué...?—aquí se vuelve al compañero, para preguntar —Y qué Eduardo, no le mandó un chasque al amigo Rivero...?—el otro contrae el entrecejo, como si consultase á su memoria; luego responde:

—Hombre...! creo que sí...?

—¡Es extraño, por que el rumor...!

—Hom?...—les interrumpe ño Machengo, sugestionado por las reticencias misteriosas de los puebleros, que le dejan entrever no sé qué rumores de catástrofe.—Entonces, «la cosa está *jedionda...?*»

—Qué si está...? ¡Vaya...!—contesta el otro, y empinándose mira hacia el pueblo con zozobra; mientras ño Machengo, vibrante de ansiedad ante tanto misterio, dice sin poderse contener:

—Bueno, amigo: á ver si se deja «de tantos retintines», y largue lo que trae en el buche... ¡que ni me gusta andar con vueltas, ni tampoco me asustan visiones! Con qué...?—el pueblero,

instintivamente mira el grueso rebenque de ño Machengo, y sin más preámbulos va al grano:

—¡Pues ha de saber, amigo Rivero, «que su sola presencia en la plaza», sería más que suficiente motivo para que se armase la gorda...!

—Ahijuna!...—exclama ño Machengo, apoyándose en los estribos, brioso de soberbio orgullo —¡Ni ha dejado sus pagos el Alcalde Rivero, y ya tiemblan como negro chiquito esos maulas...! —y arrollando al pangaré lo hace girar como trompo en una pata mientras grita al paisanage.—¡Preparen el rebenque, muchachos, porque parece que la cosa se ha echado á perder...!—y encarándose con el pueblero, hasta hacerle vacilar el bruto de una pechada, pregunta.—Y...? entonces, se han revuelto los *chinchulines*...? (1).

—¡Como que el contrario, está acantonado en la iglesia y casas vecinas á la plaza!

—¡Pero...! Y qué hace que no los desparrama á ponchazos mi amigo, el *dotor*...?

—Es que usted sabe...

—¡Eh...! Yó...? Qué, ¡canejo!. yo no sé más, sinó que sobre el *dijunto* ha de ser el llanto...—y clavándole las nazarenas al pangaré, ño Machengo se vuelve á la gente y grita.—¡Hu u u e e ep...!! paisanos de mis pagos: ¡á la plaza, y no me dejen ni un *cajetilla* sin lonjear...!—y enderezando á los puebleros, agrega.—¡«Aparten el cuero», sino quieren que se los pise...!

Los paisanos, saliéndose de la vaina, nos rodean en medio del chocar de sus estribos y es-

(1) Tripas, cuyo jugo apetitoso suele revolverse cuando se corre mucho al animal.

puelas de plata, mientras los puebleros, lejos de intimidarse, después de cambiar algunas palabras entre sí, le cierran el paso á ño Machengo, y, el mismo que antes hablara, dice:

—«Señor Alcalde...!» su amigo el doctor le manda decir que quiere ganarla...

—¿Sin rebenque...?

—¡Sí, señor: «sin castigar!» Pero también, sin que corra sangre: ¡Eduardo se lo pide á usted, por la patria!

—¡Ah, macho...! —exclama conmovido ño Machengo; y resignándose á la inacción, dice á los demás:—¿Ya ven, paisanos...? ¡Me lo pide por la patria mi amigo, el *dotor...!*—y después pregunta al pueblero—¿Y entonces...?

—Nosotros, le traemos «un mensage reservado» de su amigo el doctor...— y apartándose agrega,—¿Quiere permitirnos una palabra...?

Ño Machengo, más inflado de vanidad soberbia que un escuerzo de rabia, nos mira por sobre el hombro, siguiéndoles. ¡No es para menos, teniendo por mensageros á unos... que parecen *dotores*, por lo paquetes!»

Y debe «ser gordo», lo que los puebleros le soplan al oído con misterio, con vaga zozobra y entre miradas recelosas hacia el pueblo. Por que ño Machengo se agita sobre el basto, mientras su rostro parece el de un payaso, poniendo en juego todos los gestos que median de la admiración al espasmo.

¡Tan importante debe ser «la cosa», que ni hablar le dejan! Mi patrón el señor Alcalde, se restrega los ojos, como si viese visiones; se quita el sombrero y con él se echa viento, co-

mo si le faltara aire en la cumbre de su grandeza. Hasta que al fin, á duras penas parece resignarse á las objeciones contundentes que los otros oponen á sus «peros» y «canejos...» Y, encaminándose hacia nosotros, nos deja oír las últimas palabras de tan reservada conferencia:

—¡Cuando mi amigo el dotor... «me manda decir eso con ustedes», es porque la llevamos, lo que menos «en treinta y tres...!—y dirigiéndose á la gente, que le mira con ansiedad, agrega:—Buenos, amigos: ustedes, van á *dir* con este mozo... que les dirá lo que han de hacer, como si fuese yo «en persona», ¿no...? Y si esos que se han amontonado lo mismo que bosta de cojudo... se molestan porque ustedes también quieren votar, ¡no me les mermen ni lonja ni poncho, que yo *respuendo*! ¿eh?

A éste punto, el pueblero cuya barba parece cola de pato, se descubre, y agitando el sombrero sobre su cabeza, grita casi interrumpiendo á ño Machengo:

—¡Viva, el Alcalde Rivero...!!—y los paisanos repiten ébrios de entusiasmo:

—¡Viva!!!!!!!—y capitaneados por el pueblero barba cola de pato, se alejan victoreando á ño Machengo y la patria, pero desandando lo andado, para entrar al Tandil por otro callejón. ¡No comprendo, «ni esto...!»

Solamente veo á ño Machengo, que les sigue con la mirada entristecido, como si con ellos se le fuera el alma, como si lamentase con todas las fibras de su corazón el no poder ir á su frente, para hacer rayar su flete soberano en medio de la plaza... Hasta que de pronto,

en una especie de ronco rugido, dice al otro pueblero y á mí, que al pretender alejarme con la gente «me tiró del poncho:»

—¡Vamos!

*
* *

El pueblero, que galopa entre ambos, se le pega á ño Machengo lo mismo que abrojo á la lana, y le habla, pero de algo que debe ser muy importante y muy reservado, porque de rato en rato me mira con recelo, cuando con vaga inquietud no investiga hacia el pueblo.

Nos guía por otro callejón. Hasta que en una de las primeras bocacalle del Tandil, se detiene y, designando más bien con los ojos una casa de la mitad de la cuadra, dice, casi sombrío de tanto misterio:

—¡Ahí, es...!—y afectando que mira hacia otra parte.—¡Entrará por el portón...! ¿eh?

—¡Bah!—replica ño Machengo, envolviéndole en la compasión de su mirada de soslayo.—Pero, qué me cree tan *pantrucho...?* ¡Vaya no más, amigo...!

—¡Siento, amigo Rivero, el no poder «hacer la mañana» con usted...!—y alargándole la mano agrega al par que le guiña un ojo:—Pero, «ya la haremos...!» eh?

—Y «con *champán...!*»—y sonriendo ambos ante la perspectiva del triunfo, cambian todavía algunas palabras en secreto, para entonces separarse; y ya nos encaminamos hacia la casa en cuestión, cuando de pronto ño Machengo sofrena para gritarle:—¡Hu u u e ep...!! ¡Dígale

á mi amigo, el *dotor*... que no me vaya á hacer esperar hasta la muerte!—el otro, todo sobrecogido sujeta el bruto; mira hacia todas partes; y luego le impone silencio, con un dedo sobre los labios, para después partir por otra calle.

La casa esa, resulta nada menos que el «Restaurant Citta di Torino», cuyo dueño de mediana estatura, rubio y joven aun, posee el don de adivinar hasta los más recónditos deseos de su cliente, instalándole en un «gabinete reservado...» ¡con cuatro camas! Luego, se inclina como ante su rey, y pregunta con acento melodioso:

—*Signore, volete...?*—ño Machengo, filiándole de soslayo, interrumpe:

—*Volete...?*—y suelta su carcajada placentera —«¡Bolada», querrá decir ño Pedro...!

—*Má* no, *signori: io domando...*

—*Domando...?* ¡Ja ja ja...! ¡A la fresca, con el gringo que había sido criollazo...! Y en qué potros...? (¡de sandía...!) aprendió «á domar» ¿ño Pedro...?—el extranjero, empezando á desesperarse, pretende aclarar el punto

—*Pero...! Signori, io no dico cuelo...*

—¡*Cuelo*...! «Cuello» se llamaba, ño Pedro, ese gaucho de los tiempos del Tirano...

—*Má...?*

—*Má...?* ¡Hum: «bala», la oveja... y «me», el cordero...! Vea, ño Pedro: déjese de dárselas de criollo, ¡que no para todos, es la bota de potro...! y vaya á traernos con que tomar mate, no...?

—*Vado súbito, signori...*

—Mire: y en cuanto venga mi amigo, el *dotor*... le hace pasar para acá, oye...?

—*¿Il suo amico, il doctor...?*—se pregunta Pedro

como si no comprendiese; luego se encoje de hombros, y responde:—*Bene signore*...

—Y si ve cierta gente...! ¿me comprende...? no deje de avisarme, eh?—Pedro le mira con una pregunta en los ojos; evidentemente, que el comprende tanto como yo, que estoy en ayuna—*Benisimo, signore*...

—¡Miren que es bozal, este gringo...!—prorrumpe ño Machengo, viéndole alejarse...

*
* *

Mi patrón el señor Alcalde, diría que está de novios. O por lo menos, de padrino del hijo de alguna paisana buena moza... ¡Pues, al decir de ña Nicanora, no es de dejarle rienda arriba, «ni con las comadres!»

No entiendo ni jota, del asunto secreto en que él está metido, al parecer, hasta las tabas. Pero colijo, mientras se pasea sirviéndose los mates que le alargo, que la cosa no es para menos. Como que á los puebleros les ha metido *una*... ¡que ni Catriel con mil indios lanza en ristre, les hubiera metido otra batata igual! Y tal convicción ha sabido levantar en su cerebro el cajetilla ese, que de pronto se cuadra llevando las manos á las caderas, me mira á través de sus ideas agitando la cabeza, y prorrumpe:

—¡Creo que de esta hecha, me lo dejo «ñato» al amigo Subiaurre, á pesar de toda su riqueza y todo su prestigio! eh?

—¡Ya lo creo!—respondo, por ver si se le desata la lengua; pero sigue paseándose, mal avenido con aquel secreto, que parece quemarel

las entrañas; hasta que al rato se planta otra vez, y dice:

—Quién me diría...?—y en una especie de arranque en que se vence á si mismo, agrega:
—Vea, amigo secretario: ¡la desgracia y la fortuna, nunca vienen una vez sola! Si la una empieza aporrearlo, no lo deja sino cuando usted queda lo mismo que gallo en el reñidero... ¡Y la otra, así que le dé la teta... tendrá usted que mamar, «aunque frunsa...!» Me comprende...?

—¡Oh... sí!

—¡Bueno: eso, es todo lo que puedo decirle de la *cosa...!*—y al ver en el patio á una joven rubia, se encamina hacia la puerta bajándose el ala del sombrero, «por lo que puedan reconocerle...» y dice:

—Diga, buena moza...?

—*Signore...?*—responde ella, sonriendo.

—Dígale á ño Pedro que no me lo haga esperar á mi amigo, el *dotor*... eh?

—*Bene, signore...*—ño Machengo la codicia un instante con la mirada, y me dice restregándose las manos:

—¡Ya tengo «donde tomar mate», cuando sea Presidente del Consejo...!—y apura de un solo trago su copa de ginebra, para después reanudar sus paseos.

Y hasta que llega la hora de almorzar, llama lo menos diez veces á Pedro, para preguntarle si ha venido su amigo el doctor.

El mismo Pedro «en persona», nos sirve en el gabinete reservado el almuerzo. ¡Pues nunca falta quien eche yeguas al lazo, y bien podría

suceder que en el comedor, alguno rompiese «la incógnita!»

Ño Machengo, come con un apetito de párroco en la mesa del más buen cristiano de sus feligreses... Después se mete un palillo en la boca, y regoldando ruidoso y largo, prosigue en sus paseos, dándole que hacer al mondadientes...

Pero su amigo el doctor, como si en vez de tomar el camino del *restaurant*, hubiese seguido por el de los encantos para quedar convertido en piedra, no cae todavía... ¡Ni noticias le trae Pedro!

Algunas veces, al oir estallar los cohetes que enciende el gauchage en las pulperías, se detiene y escucha sin alientos hasta que resuella largo, para luego decir:

—¡Creía que ya se había armado la gorda...! ¿Y qué hará mi gente...?

*
* *

Y pasan las horas, sin que por esa puerta asome su amigo el doctor. ¡Ni que se lo hubiese tragado la tierra!

Á medida que la tarde avanza, el semblante de ño Machengo se obscurece, se torna más y más sombrío, y sus ojos flamean de impaciencia. Y en su incertidumbre febriciente, á cada rato llama á Pedro para preguntarle:

—Y...? no ha venido todavía mi amigo, el *dotor...?*

—*Non signore...*—él le aplasta con la mirada, y luego le remeda trémulo de ira:

—*¡Non signore...!*—y parece que le entran unas como tentaciones de aporrearle...

La noche le sorprende tranqueando por la pieza, impaciente lo mismo que toro acabado de quemar con la marca. Hasta que de improviso se detiene, contrae el ceño como ante una idea terrible, y se pregunta:

—Y si me la han *pegado*, esos cajetillas...? ¡Oh... no: no ha nacido quien me la *pegue*... y si ha nacido, todavía está en pañales...!—sin embargo esa duda empieza á trabajarlo. Y como una yeguada en la era, deben traquear las ideas en su cerebro. ¡Bueno está él, para aguantar por más tiempo «la mecha!» Cuando ve entrar á Pedro trayendo luz, se agita vibrando de ira hasta que al fin se decide dar al traste con la incógnita.—¡Suceda lo que suceda, la culpa tendrá mi amigo, el *dotor...!*—y recoje de una cama el rebenque y el poncho, para buscar la puerta.

—*Come...! lei non mangia..?*—pregunta atónito Pedro, á lo que ño Machengo le mide, y arrojándole por un brazo al centro de la pieza, replica;

—*Mangia....!* ¡Ahora no más te parto el pelo de un rebencazo, por inútil...!—y ya se aleja, cuando Pedro todo medroso dice:

—*Dunque...? scusa signore...* que *ricerco...?*

—¿Que me vienes, ¡canejo! con *yunque* ni con cerco, para cobrarme...? (¡Caramba, con el gringo desconfiado...!)—y arrajándole un billete de banco, agrega:—¡Ahí tienes... maula, y con el vuelto le enciendes velas á tu madona...!—y después de convertirle en mendigo con el des-

precio de su mirada, sale como por el cura para un moribundo.

*
* *

Tandil, se destaca blanquísimo bajo los destellos pálidos de la luna. Más allá de los ranchos de sus orillas, se dilata el valle pintoresco del Manantial de los Amores; La Movediza, sobre su pedestal gigante de la sierra; y después la lejanía anchurosa de la Pampa.

Los brutos, al pisar la luz de los negocios que cruza la calle, temblando quedan como clavados, ó bufando se tienden, con no pocas ganas de bellaquear. ¡También! Como picadillo le van á quedar los ijares al pangaré, de esta hecha,

Como en el rancho de una de sus tantas comadres, ño Machengo entra al zaguán de su amigo el doctor.

En su escritorio se pasea el doctor, con el cabello en desorden y el traje desalineado, ora sacudiendo la cabeza, ora alargando el brazo con crispación violenta. Pero, al ruido que produce la puerta cuando la abre ño Machengo, tiembla visiblemente volviéndose al punto, para quedar atónito, mirando con ojos redondeados por el estupor la talla gigante de su correligionario, que se zampa de improviso á su presencia, con semblante torvo.

Así que le reconoce, el doctor se pone en jarra, le mira de hito en hito, hasta que sofocado de ira pregunta:

—Y...? «recién», se presenta usted?...—en una especie de espasmo, ño Machengo también se pone en farra, para mirar alternativamente al

doctor y á mí, hasta que responde con mezcla de desprecio é ironía:

—Qué «recién», me presento?... (¡Esto sí que está lindo!...)—el doctor avanza un paso, y sin abandonar su actitud inquiere otra véz:

—Y después que me ha tenido todo el día esperándole, como un zonzo, tiene valor «todavia» de mostrárseme?...—ño Machengo le mira á través de las vivas tentaciones de rebenquearle que siente, mientras toma el rebenque por la lonja, pero, conteniéndose apenas, replica:

—Y yo?... ¡canejo! que estuve haciendo hasta hace un momento ¿quiere decírmelo usted?...—le mide, y luego dá libre curso á su cólera.—¡O se figura que soy un zotreta, y que por que usted sea *dotor*!... me va á tener para su chacota?... («¡Que la cosa estaba *jedionda* y que *á mi sola presencia*, se iba á alborotar el avispero!...») Y con eso me tiene usted espera que te espera, como un pavo, en lo de ese gringo «de porra?...». Vamos á ver: (déjeme hablar á mí!...) ádonde está «la gorda», que se iba armar cuando yo pisase la plaza?... A ver?... á donde está «esa gorda?...» ó que hace que no se arma?... (¡Ni para el escándalo, que me hubiese tomado!...)—el doctor se cruza de brazos, para mirarle como si dudase de su juicio—¡Y luego vengo aquí, y el señor pretende todavía ponerme como trapo de cocina!... Bueno, acabemos de una véz: qué ha hecho de mi gente?...

—Pero!...—prorrumpe el doctor, entre una sonrisa de acerbo sarcasmo.—Está loco uste?...

ó pretende poner á prueba mi paciencia?...—ño Machengo, hace visibles esfuerzos para contenerse.—Qué cúmulo de disparates, me está usted diciendo?...

—¡Esto no más faltaba! — esclama ño Machengo para sí; y luego le mira de pies á cabeza.—¡Si no mirase Dios, yo le daría á usted...! En donde está mi gente?...

—Pero...? ¡por el diablo!... qué gente?...

— ¡Se precisa ancheta!...— y ño Machengo le mira en la cara, para ver si se está burlando —¡Vea, amigo: no se venga haciendo el zonzo... con quién «á rebencazos le ha de sacar la zoncera!... «Yo le pregunto por los seiscientos ó más paisanos, que traje ésta mañana y que...?

—¡Eh...! - prorrumpe el doctor retrocediendo, atónito.—Seiscientos ó más.....?

—¡Y se hace «todavía», el que no lo sabe...!

—¡Y sin embargo, por noventa la pierdo...!

—Y en donde está esa gente?... y por que usted, no acudió á la hora?...

—¡Por Cristo! y tiene cara, para preguntarmelo todavía?...

—Y entonces?...

—Vea: si usted está loco, ó borracho... pase: ¡pero, si quiere divertirse!...

—¡Es usted, un gaucho insolente!—grita el doctor fuera de sí, á lo que ño Machengo avanza resuelto á castigar tamaño insulto, pero tal vez á la idea de que «se va á desgraciar», se detiene pasándose la izquierda por la frente, mientras respira con fuerza; luego, replica:

—¡Y usted un maula, que después de largarme «esos cajetillas...!»

—¿Qué cajetillas...?

—¡Qué cajetillas...! ¡Su Secretario y el otro, que fueron con su mensage!...

—¿Qué mensage...?

—¡El del infierno! si no recuerda el que usted me mandó ésta mañana...

—«¿Yó...?» que yo le mandé...? ¡Es preciso que éste hombre, haya perdido el juicio...!—ño Machengo le mira con tamaños ojos, como si temiese comprender.—¡Usted delira...! porque ni tengo secretario ni le he enviado á nadie.

—Qué...? cómo...?—inquiere ño Machengo, retrocediendo víctima del más profundo estupor —¡Pero...! Y esos...? (¡Si esto, es como para largarse de cabeza al pozo...!) y esos...? que fueron á hacerse cargo de la gente...?—aquí todo sobrecogido de ansiedad, el doctor interrumpe:

—Y...?—y da un brinco, le toma por un brazo y sacudiéndole—usted se las entregó...?

—Y entonces...?—el doctor, con el rostro descompuesto, haciendo rechinar los dientes, y mirándole á través del pardeo febril de sus ojos parece buscar una palabra para calificar la conducta de ño Machengo, hasta que empujándole con fuerza, profiere ronco de coraje:

—¡Animal!—para que ño Machengo «no le parta el pelo» á su amigo el doctor, á semejante ultraje, es preciso que algo extraño pase en su conciencia. Porque sin bríos, como atolondrado, solo exclama con amargura:

—¡Siempre el hilo, se corta por lo más delgado...! A qué dice que me he portado como un negro...?

—¡Peor, todavía!—replica el doctor, y empieza á medir el escritorio en sus paseos agitados.

—¡Que dije...!

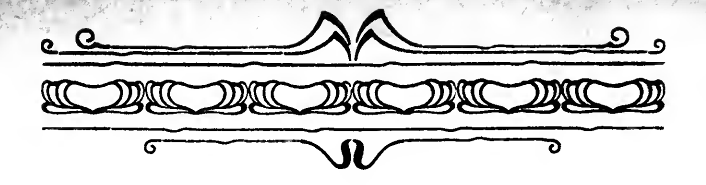
—Porque usted, («¡ni para instrumento» sirve...!) ha entregado la gente á nuestros propios contrarios...

—¡Pero...!—prorrumpe ño Machengo todo sobrecogido, tambaleándose como á un rebencazo en la mitad de la cabeza, mientras con los ojos extraviados y el rostro descompuesto, pasando por todos los colores, balbucea—Luego...! aquellos...? ¡Por Cristo, si será cierto...!—el doctor se desata en improperios desahogando su rabia. Pero él ni se atreve á mirarle, tal vez comprendiendo, que ha quedado lo mismo que «palo de gallinero», precisamente, cuando mejor quería portarse.

Al grito se vé que el hombre libra en sus adentros una lucha terrible. Diría que le cuesta esfuerzos heróicos desprenderse de algo que ya es carne de su propia carne. Hasta que al fin, sacude la cabeza en un arranque inquebrantable, y con mal contenido furor, dice:

—Vea, amigo *dotor*: ¡para esto «de...!» yo no he nacido... Con qué...? ¡Se va usted al *dianche*, «con su política y su puesto de alcalde...!—y en tres zancadas, deja el escritorio para sentársele al pangaré, que al sentir sus ijares heridos sin piedad por las nazarenas, relincha, y parte como una flecha por las calles del Tandil hacia la Pampa, ávido de espacio, como el bruto del Atila feroz...

EL ULTIMO GAUCHO



EL ÚLTIMO GAUCHO

Diría que el paisanage más rico y los gauchos más mentados, se dieron cita para hoy en la pulpería del vasco Miguel en cuya cancha corren «el cebruno de Teves y el gateado de Villegas...»

Al mostrador con altas rejas, pasa el criollage por dos puertas laterales y una más ancha al frente, hacia el camino carretero y la cancha de carreras.

Los vascos, yendo y viniendo de una á otra punta del mostrador con su rostro placentero, apenas si dán abasto para servir el coperío...

Al salvar el dintel Gorozco, el payador por cifra más famoso del pago, el vasco Miguel le dispensa la franca acogida que tiene para todos:

—Qué tal? qué tál? como *la ír*, amigo *Gorozca*...? La estar *pién*...?—el payador, á los que le saludan sonríe, al par que toca el ala del sombrero; y luego responde:

—Bien, ché vasco: y á vos...? ¡Siempre más duro, que tramojo...!

—La andar, *pastante é arregulár*. Y el doña *Cuaquina...?*

—Está buena, ché, doña Juaquina... Y tu patrona...? ¡guapaza...!

—Sí si! sisí! Esa, la estar como un *paca* talquina: *pastante corda!* Y la *pa* tener otra muchacho, sí sí, sí sí...

—Bah...! ¡Entonces, ya no vuelves á tu tierra...!

—¡Oh... no la hacer *palta Miquel,* allá...!—termina el vasco alejándose, para servír á un gaucho que acaba de entrar, despertando la admiración de todos por su lujo extraordinario, y, sobretodo, por que viste un traje que ya casi nadie usa: blusa y chiripá...

Es forastero.

Gorozco, que es más conocido que la yerbabuena por sus cantos, estrechando la mano á sus amigos, y agradeciendo á la invitación de que se quede entre ellos, pasa á donde le esperamos, la mayor parte «colegas suyos...»

Nos saluda en versos; y apura la copa que le alargo, en prosa. Después se sienta en el banco que le ofrece el alcalde Funes, quien pregunta:

—Y por dónde tanto tiempo alzado, amigo Gorozco...?

—Por la Atalaya, amigo Funes, fui á las carreras de los Aguirre...

—¡Que me cuenta, amigo Gorozco...!—prorrumpe Funes, y con vivo interés agrega:—Entonces, usted se encontró en la rebenqueada que dicen que Domingo Serrano le dió á la partida...?

—Cabal, amigo Funes...—responde Gorozco,

y después de mirar al forastero, que á las palabras del Alcalde levanta su copa y se avecina, tal vez atraído por el nombre de ese gaucho famoso, continua—Pero, es el caso que llegué tarde para ver «la de apié...» ¡Y lo siento con el alma, por que he perdido la ocasión de conocer á ese gaucho, cuyas hazañas tantos he cantado...!

El forastero se agita en su sitio, sin apartar la mirada de Gorozco. Y diría que sofoca sus vivos deseos de hablarle, empinándose la copa conmovido.

—¡Caramba si merece sus décimas, amigo Gorozco...!—esclama «el viejo mataco»—¡como que Serrano, lo mismo se mide con uno que con treinta...!

—También...! con razón, pues dicen que no le entra la bala...—agrega otro—¡Que es «curado...!»

—Siquiera le hubiese conocido, amigo Gorozco...—dice Funes—¡al menos así podiamos prenderle si caía por éstos pagos!

—¡Y á la verdad...! que esa marucha, es digna de su cuchillo...—contesta Gorozco, que conoce al par que la hidalguía, el valor temerario de Funes; y á éste punto, el forastero se toca el ala del mitrista demandando permiso para hablar, y dice:

—Yo también creo lo mismo... ¡Por que no se precisa ser de éstos pagos, para haber oído mentar la fama de valiente que renombra al alcalde Funes!—el aludido se pone de pié emocionado, y á la vez que le tiende su diestra. responde:

—¡Gracias, amigo, por su jazmín...! Pero, yo no digo tanto... ¡Y crea, que lamentaría el tenerme que medir con gaucho tan valiente, si no fuese la orden terminante que acabo de recibir!

—¡«El deber,» amigo Funes, está por sobre todo!—dice el forastero, con sentimiento profundo.

—Es verdad, amigo! Y más todavía, cuando se trata de un pícaro, según me comunican...

—¡No hay tal!—replica el forastero con calor extraño—¡Miente quien dijo «eso» de Domingo Serrano!—y aquí mira uno por uno á todos sus admirados oyentes, mientras se transparenta bajo su renegrida barba el vivo color de su dignidad; luego agrega.—¡Ese gaucho desgraciado, es víctima de la injusticia de los hombres, engañados por el cobarde que le robó su fortuna...!

—¡Oh...! Entonces, usted le conoce...?—pregunta Funes, con manifiesto interés.

—¡Desde que tengo uso de razón!—responde el forastero; y dirigiéndose al vasco Miguel, dice— Repita las copas, amigo pulpero... Y lo que han bebido, y lo que beban mientras esté aquí, yo pago...—y volviéndose á Funes, agrega Si usted quiere prender á ese «infortunado tan famoso...» cuando llegue la ocasión, yo mismo le diré cual es... Pero, es bueno que conozca usted su historia triste.... Digo, si usted y los señores quieren que se las refiera...?

Todos piden á una voz que la refiera. Y solo entonces, todos se fijan detenidamente en el forastero.

Es un hombre de veintiocho á treinta años,

alto y delgado. Viste de riguroso negro, blusa y chiripá de pañomerino, que sujeta á la cintura con cinto enteramente cubierto de esterlinas, al que prende con ristra formada con cóndores, cadenas, y escudo argentino de oro; mientras por la parte de atrás luce rica daga de plata, y en el costado izquierdo un naranjero, cuya boca de bronce deja á la vista, una cartuchera de charol. A guisa de calzoncillo cribado lleva pantalon metido entre unas botas sin encartonar y sin bordados, con tacones finos y altos, las que modelando un pié hermoso de mujer, deslumbra tanto como la joya magnífica de sus espuelas. Y su fisonomía de un blanco que la intemperie ha enrojecido, se destaca delicada del marco negro de su barba y cabellos crespos. Sus ojos rasgados, giran tranquilamente entre arqueadas pestañas con una sonrisa eterna. Y sus labios muy rojos, casi siempre entreabiertos, permiten ver unos dientes blanquísimos y grandes.

De este exámen, resulta el forastero á nuestros ojos un hombre enteramente bello y radiante de secretas simpatias. Se me antoja que ya le queremos como á un hermano, sin saber siquiera como se llama...

Todos pretendemos retenerle á nuestro lado. cuando Funes le designa al suyo un banco, en el cual él se sienta, á la vez que dice con sentimiento extraño:

—Desde aquí, amigos, soy de todos ustedes... ¡Por que les pertenezco en cuerpo y alma á los hombres buenos, que siquiera me dispensan la limosna de una mirada cariñosa...!»—el forastero acaba de cautivarnos, llegando al fondo de

nuestro corazón con sus frases sentidas. Luego, coloca la vicuña en la rodilla, y en ella apoya el antebrazo izquierdo, para dejar colgar una mano pequeña, vellosa y bien perfilada. y, cuando nos mira uno á uno en los ojos, empieza con acento reposado...

*
* *

—«Una muy remota idea tiene Domingo Serrano de las cosas de su infancia...

Gracias á su madre de leche, Serrano sabe que Freites hacía mucho que se ocultaba en la estancia por asuntos políticos, cuando aconteció la muerte de su padre, don Prudencio.

Pero, á él le parece que solo en aquel instante supremo reparó en Freites, cuando su padre le hizo venir junto á su lecho, para decirle «que en ese hombre que hacía tiempo se ocupaba en ilustrarle, encontraría después de su muerte un padre, que velaría por su inmensa fortuna y su porvenir...»

Sin embargo, desde ontonces ya muy poco se ocupó en su ilustración, Freites. Pues, empezó á ausentarse hasta por meses. A la cuenta, sus asuntos políticos se habían arreglado...

Se deslizó su infancia, al lado de su madre de leche y de los peones. Por fortuna, él era muy estudioso.

Cuando contó veinte años, era el hombre de campo más diestro. Su vista y habilidad para la daga, las adquirió vistiando primero con uno y después hasta con quince. Su arrojo y su valor, en las invasiones del salvaje los proclamó bién alto. Y ejercía tal dominio en la vihuela y su

voz potente, que cuando hería las cuerdas y alzaba su canto, subyugaba al auditorio hasta hacerle llorar, la pena secreta que él sentía sin saber por que en el fondo del alma...

Empero, en ese lapso de tiempo se había esfumado el caudal hermoso de todos sus recuerdos. El rancho en que naciese, cedió su sitio á un edificio moderno. El viejo monte, á cuya sombra solía jugar cuando niño, fué arrancado de cuajo, y otros árboles extrangeros vinieron á desplegar su follage. Y hasta la marca de cuatro flores había sido relegada para soportar el candil en la cocina, mientras en el campo cundía cada año más la de T. F... Todo fué desapareciendo al soplo perdurable del progreso, en aquella legua de frente por tres de fondo que le dejaran sus padres en las costas del Chapalefú... Y él, Domingo Serrano, el dueño absoluto de esas llanuras con sus treinta mil cabezas de ganado, sin que su albacea se lo ordenase y sin que el capataz se opusiera, acabó por desempeñar en su propia estancia las funciones que entre uno y otro mediaban. Pero ambos, podía decirse que para nada le tenían en cuenta...

De esa vida monótona, vino ha arrancarlo un acontecimiento inopinado.

Una tarde, en que Serrano escribía en su pieza, se detuvo ante el vestíbulo el coche que en la mañana fuese á Ranch por su albacea.

Serrano, como de costumbre, acudió al vestíbulo. Pero, no bién pisó en él, quedó atónito á la presencia de una jóven que acompañaba á Freites. ¡Era la única vez que veía una mujer con rostro de alabastro y manos de marfil,

de belleza tan delicada, que se le antojó la vírgen de los altares!

Sus manos se alargaron para abrir la portezuela, pero sus pies permanecían como sugetos al suelo, mientras como un incendio el rubor abrasaba sus mejillas, y ofuscaban su cabeza pulsaciones y zumbidos extraños... Y al descender Freites del pescante para abrirla, unas como congojas muy tristes le llenaron el corazón de pena á ese mudo reproche, que merecía por su involuntario descomedimiénto... Quiso huír, para librarse de aquel tormento atroz que le infligían con su presencia. Empero, una fuerza superior á sus facultades lo retenía allí...

Con la vista baja, sin saber que hacer de sus manos y sus piés. todo cohíbido Serrano, el jóven más galante de esos pagos, se agitó indeciso en aquel sitio hasta que ella descendió del carruage, hasta que ella apoyada en el brazo de Freites, cruzó junto á él como la visión riente de un sueño delicioso, envolviéndole con la sonrisa secreta de su mirada... El se descubrió reverente, como ante la madona sobre su peana. Y, sin levantar los ojos del suelo, la presintió paso á paso con todas las fibras de su sér, hasta que la última de sus pisadas enmudeció allá, en la alfombra de las habitaciones de su albacea.

Entonces respiró con fuerza, largo, cual si despertase de una pesadilla horrible, y se sintió vivir en una atmósfera tibia, suavísima de jazmines y nardos, ambiente embriagador, en que creía respirar la esencia inefable de esa mujer con rostro de alabastro y manos de marfil...

El coche, haciendo crujir la arenilla del pavimento, descendió el terraplén del vestíbulo por la derecha, para alejarse por la calle que cir-

cundaba al jardín en forma de herradura.

Serrano, sepultó la mirada entonces en los últimos reflejos del día, abarcando la Pampa infinita, cuyas lagunas serenas, enrojecidas por la luz, se le antojaron ojos ensangrentados, que sin pestañar estaban fijos en su conciencia. Y en el azul impacible de los cielos, en la soledad callada de las llanuras: por todas partes en aquel panorama inmenso, había para él tristeza insólita, que llenando de trémulos presentimiento su corazón, hundía su alma en un limbo eterno de congojas.

Aún le pareció mentira todo eso que experimentaba, y pretendiendo sobreponerse, fué hasta el balaustre del vestíbulo que se alzaba sobre el jardín de plantas curiosas. Pero el jardín con su laberinto de senderos caprichosos; la fuente, deshilachando en hebras mil su chorro perenne de agua; y las flores, envolviéndole con el hálito embriagador de su perfume, como la tarde al morir y la Pampa en su reposo augusto, levantaban un ay! de pena infinita en lo más hondo de su alma...

Se retiró á su pieza, cuya puerta al vestíbulo quedaba frente á la del escritorio de su albacea.

El apero manígfico, colocado prolijamente en un caballete; pendiendo de la pared, el bozalejo con las riendas y el cabestro luciendo bombas y birolas de plata, cerca del lazo y las boleadoras; hacia la cama blanquísima y bién tendida, el naranjero boca de bronce; la daga, de cincelado primoroso; la vihuela, con cintas de diversos colores; la mesa con libros viejos, papeles y recado de escribir: todo, á medida que lo observaba en el silencio tranquilo de su habitación,

le infundía una como angustia, pareciéndole que en ese instante estaba más solo en el mundo, huérfano, sin afectos ni esperanzas que le hiciesen risueña la vida...

Víctima de ese malestar indecible, se sentó, apoyó los codos en la mesa y en las manos su cabeza febriciente, y aunando los párpados se abismó en sí mismo...

Su madre de leche, ña Ciriaca, vino á arrancarle de sus ideas:

—Pero muchacho, qué haces á oscuras...?

—Nada *máma* vieja...

—¡Húm! A qué estás concertando alguna décima, para el santo de tu china...?

—No, máma vieja...

—Bueno: la cena ya está servida... Y dice don Tiburcio, que vayas...—¿cómo presentarse ante esa jóven, después de su descomedida conducta...? «No: él no iba á cenar esa noche...» Entonces, ña Ciriaca prorrumpió escandalizada—¡No digas, muchacho, y salga cierto...! Y tan luego ahora, que la hija de don Tiburcio quiere conocerte, sales con esas...? ¡Si vieras que monada és...! Vos crees que es engreída, como hija de rico...? ¡Como nó! Es sencillota, ni más ní menos que como nosotros... ¡Y tiene unas cosas, como para descostillarse de risa! En cuanto vino, se me metió en la cocina... Y al rato no más, como los chanchos nos hicimos de amigas... ¡Ah! Y sabes lo primero qué me preguntó, ché...? Que cómo te llamabas. ¡Es claro...! Yo le dije: «Domingo Serrano...» Y que eras *pueta* también, y que...

—¡Pero...! Máma vieja...?—la interrumpió él, sintiendo el rubor en sus mejillas.

—¡Oh...! acaso es mentira...?—Y le dije que

también cantabas... ¡Pero de tal modo, que más de una china, de tus décimas prendada, te clavó los ojos para luego darte hasta la vida...!

—¡Pero...! qué anda diciendo usted, máma vieja...?—prorrumpió con visible enojo; pero, ña Ciriaca continuó hablando de ella hasta decirle su nombre «Rosalía...»

Cuando quedó sólo, encendió la vela. Y á su luz fué mirando otra vez una por una todas esas cosas que en perfecto orden decoraban su pieza, la mayor parte recuerdos queridos de su padre... El pequeño espejo con marco dorado, la cola en cuya cerda blanquísima estaban hundidos los dientes del peine, la toalla colgando una de sus puntas sobre la palangana en su pié de hierro: todo permanecía en su lugar, quieto, mudo, proyectando en la blanqueada pared su negra sombra, cual si le hablase más que de la vida, de la muerte...

El sobrecojimiento trémulo de unos como presagios muy tristes, se alzó en su pecho para envolver su espíritu en una noche de incertidumbre eterna. ¿Por qué...? Involuntariamente llegó á comparar el fausto espléndido de las habitaciones de su albacea, con la desnudéz pobrísima de la suya... Sin embargo, se sustentó pequeño al descender hasta «eso...» Y para apartar esas ideas, murmuró en voz alta:

—Este orden de la paz tranquila de mi existencia, siendo que fué mi entretenimiento más grato, y hasta mi ventura, no sé por que hoy me fastidia...—abarcó las paredes lentamente, agitando la cabeza con pesar:—Hoy, hasta el alma me pesa: ¡y dijera que éste corazón con su latír extraño, también me pesa dentro el pecho! Quisiera otra vida, para vivir en otro

mundo en que hubiese otros anhelos, para entonces entrever otras esperanzas más risueñas... ¡Ah, si pudiera no ser quién soy...!—y aquí sobresaltándose á sus propias palabras, se vuelve á todas partes todo indeciso, cual si temiese que alguien pudiera haberle oído, hasta que de súbito, reparando en su guitarra, se iluminó su rostro de júbilo, como ante un hallazgo inesperado, y, tomándola, prorrumpió con sentimiento inpregnado de ternuras.—¡Oh... mi dulce compañera: tan solo tú, eres capaz de interpretar todo éste infierno pue yo siento!

La vela en el candelero de bronce, empezaba como á parpadear próxima á extinguirse; mientras en el techo y los cuatro rincones de la estancia, se condensaba más y más la sombra, viniendo más y más hacia él, para envolverlo lentamente en la como noche vagorosa del olvido. Y afuera en el vestíbulo, en las habitaciones de su albacea, en la cocina de los peones, en el jardín y en el campo, reinaba un silencio profundo, sacrosanto...

Las cuerdas temblorosas empezaron entonces á vibrar suavemente, en un preludio de arpegios miríficos, que sucediéndose diría con mágica precisión, se fueron elevando desbordantes de júbilo, hasta estallar en como sollozos de angustia, para confundirse en un solo ¡ay.....!! con el alarido largo, eterno, en que prorrumpió su vos de barítono cantando:

Por qué tan triste congoja,
en el limbo de mi vida...?
Por qué mi alma abatida,
tiembla lo mismo que una hoja
en el árbol que despoja
á su soplo el huracán...?

¿Y que misterioso afán
es éste en que me levanto,
para exhalar en mi canto
de lágrimas un Jordán...?

....

....

El pábilo, lució por vez última y se apagó, como sofocado en un abismo de sombra. Y entonces, en medio de esa vaguedad religiosa de las altas horas de la noche, Serrano llegó á escucharse extático, en esa especie de tempestad sublime de armonías en que exhalaba sus congojas, hasta el punto de enmudecer para admirarse á sí mismo en el ay! postrero de su canto, vertiendo un raudal de lágrimas dulces, silenciosas...

Pero, cuando más embriagado estaba en aquel éxtasis supremo, algo inaudito de pronto lo sobrecojió: á través de la entornada puerta, se dejó oír un suspiro prolongado; y luego, los pasos de alguien que se alejaba sigilosamente, haciendo crujir muy débil la arenilla del vestíbulo...

De un brinco se puso de pié y acudió á la puerta, Serrano. Pero no vió á nadie.

No obstante, un ambiente suavísimo de jazmines y nardos, vino á envolverlo como una caricia amante... Y él lo aspiró entonces hasta embriagarse, hasta entornar los parpados á una laxitúd deliciosa, hasta sonreír tremante de gozo, al presentimiento inefable que se alzaba en su corazón, hablándole en el lenguaje de sus suspiros, de «otra vida y de otras esperanzas.....»

*
* *

El forastero calla. Pero, al doblegar la frente un imperceptible candor va serenando su fisonomía, hasta creérsele soñando despierto la

quimera hermosa que hiciese tan feliz á Serrano...

El paisanage que le rodea, permanece fijo en él todavía por algunos instantes, embargado por el sentimiento profundo de su relato. Y diría que en su actitud solemne, inspira á Funes un respeto delicado.

La luz blanca del día, deslizándose por las aberturas, traza manchas oblícuas en el terroso pavimento. Sobre el mostrador, aquí y allí en desorden pintoresco, hay copas á la mitad y vacías, entre otras llenas. Y á los caprichos del viento, los platos de la balanza bajan y suben; interín las moscas, en blandos giros vuelan para luego volver á pararse en el derramado licor, hasta que también se embriagan...

El vasco Miguel y sus hermanos, corren de ésta á la otra punta del mostrador, ágiles, con el alma en los ojos y el corazón en los labios, sin inmutarse á las «bromas pesadas» de algunos paisanos... ¡Como que ya son criollazos!

Y los que van cayendo á las carreras, desde la puerta saludan tocándose el ala del sombrero, ó sobre el pucho retrucan al epígrama ingenioso de los que están. Y aquí y allá, cabalgando sobre largos bancos, los jugadores á los naipes «orejean» hasta ligar una «carta matadora», para «el rabón» (el truco), ó hasta que cuaja *la* (flor) que orejean en treinta y tres, para dar al traste con «la falta envido» del contrario...

El viejo mataco, que es más ladino que cordobés, y que «está en todas menos en las que se le van...» es el primero en romper el silencio:

—¡Húm! Ese perfume que respiró Serrano al salír... ¡ha de haber sido el aliento de la ánima bendita de su padre...!—Gorozco le mira soca-

rronamente de soslayo, hasta que prorrumpe en una carcajada; luego replica:

—¡Caramba, digo, con el viejo mulita, ¡por no decir, «ese otro animal parecido...!»— el otro se inmuta, retobándose á la manera del mataco en su cáscara.—Pero, y qué no ha caído todavia...?

—Y qué...? es la primera ánima, que hemos visto andar en pena...? ¡Ahí está, sinó, cuando de noche arde el ombú de la tapera, y una mujer de blanco corre desesperada de aquí para allá...!

—¡Bah! ¡Ya empezó el viejo, á mear «fuera del tiesto...!»—le interrumpe Gorozco, á la vez que le pasa una copa con caña y limonada, con lo que el viejo mataco se despeja, no obstante las carcajadas de los demás...

El forastero, cual si pretendiera ahogar algún sentimiento secreto, bebe con avidez hasta la última gota de ginebra que contiene su vaso. Luego se asoma á la puerta, para mirar hacia la cancha como si buscase algo, tal vez su pingo... Y, cuando ocupa su asiento, enciende el suyo en el cigarrillo del Alcalde, aspira humo con fruición y lo exhala por las narices, y después de esputar á un lado, apoya la espalda en el mostrador y la cabeza entre dos barrotes de la reja, para proseguir...

—«Desde aquella noche, para Serrano empezó otro género de vida...

Su espíritu fluctuaba en unos como crepúsculos de otra existencia más hermosa, que alborease en el caos de su propia vida. Sin mirar hacia el pasado ni hacia el porvenir, estaba fijo en el martirio y calma de su presente.

Cuando la aurora florecía en el cáliz inma

culado del alba, esa joven bella y sencilla le sonreía al pasar junto á él, para ír á sentarse en un escaño del jardín; cuando ella vagaba por el monte, deslizándose por la mullida grama con paso de gacela, para cojer damascos maduros colgándose de la rama con abandono voluptuoso, enervada por la caricia ardiente del sol en pleno día, mientras la oda jubilosa de las selvas trinaban las aves; cuando ella, en el desmayo lascivo de tardes calurosas, cabalgando pingo arrogante partía hacia el campo, y entre la albura flotante de su traje agitaba el copo transparente de su mano, hacia los que la veían alejarse cual ilusión riente, que deja en pos de sí tristes desengaños; cuando en noches pálidas y serenas, ella acudía á la balaustrada del vestíbulo, para sondar en el cielo los arcanos inefables de la vida, ó, al piano, dejaba oír los ensueños dulces de algún nocturno, al que cantaba después en una aglomeración rebosante de armonías: siempre que esa virgen blanca le deslumbraba con el fiat-luz sublime de su hermosura, trémulo de dicha, Serrano vertía lágrimas... Y, aspirando el ambiente embriagador de jazminez y nardos que exhalaba á su paso, unos como ayes de augustia infinita se alzaban dentro de su propio corazón...

Corría á su pieza, entonces. Y en aquella soledad triste de su retiro, sollozaba su pena insolita:

—¡Yo estoy loco! ¿Cómo pude alimentar semejante esperanza...?—se gritaba, en el paroxismo de su desesperación. Pero después de algunos instantes de lucha sorda, allí á solas, con la cabeza hundida en las almohadas, empezaba á aflojar sus apretados párpados, mientras una

serenidad risueña iba iluminando su rostro, hasta que sonreía dichoso, soñando despierto la imágen cándida de Rosalía...

Era entonces cuando pulsaba la vihuela muy quedo, para concertar algún Triste de arpegios más extraños, diluyendo su alma enamorada en armonías sollozantes, que resultaban un reclamo melancólico, un aria doliente cuando en las altas horas de la noche imploraba á sus acordes compasión...

Cierta noche experimentó una decepción amarga, al par que entreveía una esperanza.

Su albacea y su hija, después de pasear por el campo gozando las delicias de una noche clara, vinieron paso á paso á detenerse junto al balaustre del vestíbulo, él cabizbajo; y ella al parecer melancólica.

Tras una breve pausa, en que ambos parecían meditaban, ella preguntó con acento mimoso:

—Y...? papá, nos quedamos ótro mes...?—de pronto, Freites la miró como á traves de un pensamiento desagradable, y respondió:

—Pero resulta «que ahora», gustas más de la Pampa que de la ciudad...?

—¡Oh... sí: «es que antes», no la conocía...!—y ella le echó los brazos al cuello, para besarle en un pómulo; luego abarcó la inmensidad luminosa de las llanuras, hasta que prosiguió con legítimo entusiasmo—Esta quimera riente de la Pampa, que hace el ombú legendario más hermosa todavía; tiene su rancho simpático, dominando la llanura infinita, animada por la vida pintoresca de su brioso ganado, y por el cristal bruñido de sus arroyos y lagunas; tiene sus criollas varoniles, frescas y fecundas, cuya

alma ingénua palpita en sus labios cuando sonríen; tiene su paisano, altivo y noble bajo la humildad sencilla del héroe, que caballero en su pingo soberano, campea al son doliente de sus Tristes; tiene su gaucho-poeta, de frente libre y soñadora, de rostro serenamente dulce al par que viril, que con la melena suelta sobre los hombros en sedosos rulos, ginete en «el hijo del desierto», cruza la extensión lejana galopando al compás de los argentinos timbres de su espuela, para errar de pago en pago, víctima de una historia muy triste... ¡tiene la Pampa, padre mío, «la vida», en su bello país de ensueños...!—y en su exaltación jubilosa le faltó la voz, para seguir llamando por su nombre á toda la creación, que inspirado entreveía su espíritu de artista.

—¡Pero, hija...! ¿Por qué te exaltas, así...?—dijo Freites, con mezcla de dulce severidad.

—Yo...?—respondió ella, tomándole una mano entre las suyas, y luego agitó la cabeza, picarescamente en sentido negativo, hasta que preguntó—Dime, papá: ¿no te parece una vida hermosa, la de la Pampa...?

—¡Según tus sueños románticos...! Pero, es que tu exageras... ¡Ni esa vieja Ciriaca es «misía», ni ese paisano de Domingo, es un «caballero...!»

—¡Pero, papá...! ¿Y eso te enfada...?—él la miró de repente con brusquedad, tal como si fuese á reprenderla severo; pero ella no le dió tiempo, porque abrazándole agregó—¡Oh, perdona, padre mío...!—Freites la besó en la frente con visible emoción; y luego prorrumpió con sentimiento paternal:

—¡Ah que egoismo tan noble, experimenta

por una hija un padre... si ese padre adora á su hija, como tu padre te adora!—y Serrano no oyó más, solamente pudo ver como se alejaban hacia sus habitaciones tomados del brazo, pareciéndole que Rosalía se llevaba á su padre para ahorrarle la injusticia de sus palabras, porque ella dirijía su mirada recelosa hacia la entreabierta puerta de su cuarto.

El le vió desaparecer entristecido, pero con una tristeza tan honda, que sin saber por qué, hubiera deseado llorar á gritos, todo ese mal que sentía. ¡Acababa de entrever en las palabras de su albacea una cúspide, desde el abismo profundo de su existencia!

Y aquella noche, en el mutismo vagoroso de sus altas horas, cantó la pena secreta de su alma, para luego reconcentrar todo su ser en un solo pensamiento, hasta que alguien exhaló prolongado suspiro en la puerta, dejando oir después su leve paso en la arenilla del vestíbulo... Y entonces, todo anheloso y trémulo, acudió á allí como otras veces, esperando encontrar á la diosa inmácula de sus desvelos. Pero, no estaba... Sin embargo, «el aroma suavísimo de jazmines y nardos» le envolvió, proclamando su presencia querida...

En esa ansiedad inefable en que se debatía acabó al fin por decirse:

—¡Si no fuera que todo acaba en la vida, nunca rompería este secreto encanto, para vivir una eternidad al soplo de su esperanza hermosa...!—y esperó á que llegase la noche, para hacer vibrar en las cuerdas el grito sublime de su pasión.

Cuando las armonías melancólicas del Triste le conmovieron deslumbrando su alma de ins-

piración, cantó, pero á la manera del cisne cuando canta por vez última, para escucharse y después morir de tanta dicha:

Por qué tan duro martirio,
en medio de tanta calma...?
Por qué este loco delirio,
en que zozobra mi alma...?
Oye al hombre que te clama,
á tientas en su agonía:
él, quiere la luz del día
ver en tus gemelos ojos...
¡aunque luego en mil despojos,
lo convierta tumba fría!

Ven! junto á mí, angel divino,
cándida ilusión que adoro,
y á quien como á Dios imploro
en este anhelar contino...
Tu imagen blanca á mi vino,
como el perfume á la flor.
y sufrí al raro esplendor
del influjo de tu encanto...
¡la pena que triste oanto,
muriendo por tí de amor...!

Y aquí, haciendo vibrar todavía el último verso en el sostenido final de su canto, todo palpitante de ansiedad, corrió hasta la puerta y la abrió, para quedar atónito á la presencia encantadora de Rosalía. que le escuchaba en una especie de éxtasis divino, exhalando de si la ambrosía embriagadora de sus jazmines y nardos...

Le parecía que soñaba. Y al ver esa mujer de hermosura deslumbrante, con el cabello suelto cayendo sobre sus hombros, y envuelta en la muselina blanca de su amplio batón, tan serenamente extática con la mirada en el vacío, como si todavía estuviera pendiente de su can-

to, creyó por un momento que se esfumaría en el rayo pálido de luna que la iluminaba.

La contempló solo un instante así, temblando de dicha. Pero de súbito se sobrecogió, á la manera del profano ante los dioses mudos. Y entonces imploró, balbuciente:

—¡Perdón...!—y á su inopinado acento, Rosalia vacilando como aterrada, profirió:

—¡Ah...!—y agitó los brazos en el vacío, cual si fuese á caer; pero oportunamente la soportó entre los suyos, Serrano, al par que decía:

—¡Señorita...!

—¡Oh... no es nada...!—balbució ella, toda confundida, sonriéndole como á través de un desfallecimiento dulcísimo, á la vez que Serrano la conducía hacia el jardín, murmurando casi con el aliento á su oído!

—¡Perdón, señorita...! que para sentirme vivir, siquiera este solo instante, la haya sorprendido escuchando mis tristes lamentos...

—¡Dios, mío, que imprudencia...!—prorrumpió Rosalía, dejándose caer en un escaño de piedra rústica del jardin; mientras él, trémulo de pasión, caía á sus pies de hinojos para adorarla, mudo un instante, dejándole sentir el influjo misterioso de sus pupilas.

El jardín, en forma de herradura delante del vestíbulo, se ofrecía á su mirada con sus senderos caprichosos y sus flores perfumando el ambiente tibio de la noche. El agua de la fuente, se inhiestaba hasta florecer en la altura cayendo en hilos perennes de plata, cuyas chispas finísimas iban á envolver como en una caricia de frescura la cabeza ardiente de los amantes. Y la Pampa grandiosa, bajo el foco peregrino de los cielos, yacia en su reposo augusto. En las

casas y en todas partes reinaba el sueño, con su calma deliciosa, interrumpida á veces por el canto de un gallo, ó por el grito de algún tero allá en la lejanía...

—Se que deliro, señorita...—prosiguió Serrano balbuciente—que sujeto á esta pasión infundada, pretendo un imposible: ¡que es usted noble calandria... y yo, mísero gilguero!—ella le contemplaba sonriente, ora sus ojos negros, ora sus labios entreabriéndose sobre blanquísima dentadura, ú ora línea por línea, todo su rostro bello.—Pero, ahí, á tientas vivía, debatiéndome á solas en una dulce anciedad, que al par que mata acaricia, y quise ver por última vez la luz de sus pupilas: ¡abrasarme en el volcán inefable de sus ternuras, para decirle prosternado á sus pies todo el amor infinito de mi alma...—y aquí se pone de pie —¡y despues, Rosalía, huír para siempre de su presencia adorada, antes que su labio me maldiga...!—y diciendo así, se apartó; pero ella, repentinamente, como herida de improviso en lo más íntimo de su ser, corrió hasta detenerle, para implorar en como sollozos de ternura:

—¡Oh... no, Serrano...!—y le miró en los ojos con pasión indecible, hasta que vencida de amor, doblegó la frente sobre su pecho, para suspirar más bien á su oído—¡Porqué también yo, le amo...!»

*
* *

Y, al interrumpirse otra vez el forastero, sacude la cabeza con acerbo pesar. Pues á medida que avanza en su relato, parece que sufre más un dolor secreto.

Funes, llena un vaso de ginebra y se lo pasa, para decir con sentimiento extraño:

—¡Beba, amigo, que si ésto no cura los males de la vida, al menos dá valor para pensar en ellos...!— el forastero, le mira de pronto como á través de una pregunta secreta, ó como alarmado, hasta que serenándose lo toma y luego responde con amargura:

—¡Es cierto! ¡Por qué aventar las cenizas de la hoguera de un dolor eterno... amigo Funes, es lo mismo que respirar el perfume delicioso de un bien perdido...!—y con la ansiedad que un enfermo bebe la pócima que le dará más vida, apura todo el contenido de su vaso.

Los oyentes, le escuchan como á un sér extraordinario, cuya palabra es un verbo que de un modo insólito satisface una necesidad de su espíritu, ávido de lo desconocido. Y él, diría que se conceptúa dichoso respirando el ambiente puro de esa atención profunda que á todos inspira.

Así que recobra nuevos alientos, el forastero continúa:

—«Aquél jardín primoroso, fué un nido de amor para los amantes...

En las noches pálidas, transfundiendo el alma en sus pupilas se contemplaban, sentados uno junto al otro, y de la mano asidos. Y en aquellas, cuya sombra misteriosa como una piedad los envolvía, se estrechaban hasta confundir en uno el latido de sus corazones, viviendo la ventura suprema de sus amores; mientras el florestal risueño les enviaba sus besos de perfume, y el agua rumorosa de la fuente, floreciendo en la altura, sus caricias vivificantes con un rocío. Cada día, era una primavera riente para ellos.

Serrano se conceptuaba el más felíz de la

tierra cuando estaba junto á Rosalía. Pero allá en la soledad sombría de su pieza, le asaltaban hondas melancolías. ¿A dónde irían á parar sus amores...? Algunas veces se le antojaba que él, iba paso á paso tras una desgracia eterna...

Ella no lograba convencerle sino á medias, de que su padre consentiría en la unión de ambos. Y en ésta incertidumbre, le sorprendió la víspera del día aquél en que ella debía partir. La disyuntiva en que le colocaban los acontecimientos, era terrible. ¿Qué hacer...?

Al fin se decidió á hablar á su albacea, quién deseando dejar los libros de la estancia al día, trabajaba aquella noche en su escritorio.

—¡Qué milagro! ¿Tú por acá...?—dijo Freites en sonfestivo, así que le vió entrar.—Por qué hace tiempo, ¡hombre, desde que vinimos!, á que no te sientas á mi mesa, ni...

—Es que...—balbució Serrano, agitándose en el asiento todo cohibido — es que... (y bien á mi pesar...!) desde aquel instante, me esclavizó una voluntad... Y en vano, señor, he luchado conmigo á sólas, para librarme de este amor...—Freites le miró de repente, con extrañeza—de ésta pasión, que me domina hasta el punto de atreverme...

—A qué...?— interrumpió Freites impaciente.

—A decírselo á usted...

—¡Pero...! ¿Y quién te inspira ese amor...? ¡Habla de una vez, y déjate de...!

—Señor, su hija...—su albacea se puso de pié, movido por encontrados sentimientos, en una especie de espasmo, y todo transfigurado, prorrumpió:

—Eh...? qué...? qué dices...? — y apartándose víctima de una lucha terrible —¡Por Cristo...! Luego...? mis dudas...? y mis...?—y como al paso de una idea tranquilizadora, le miró de pronto, hasta que midiéndole con desprecio, agregó sonriendo con ironía — ¿Pero...? ¡por cierto que no...! ¡ja, já, já...! ¡ésto si que es impagable...! — á semejante sarcasmo, Serrano se irguió afectado en su dignidad— Por cierto, que tú no te habrás atrevido...? ¡Es claro...! ¡já já já...!, y que ella...?

—«¡Y que ella», señor: me ama!—replicó Serrano con soberbio orgullo, sin poderse contener.

—¡Eh....!— profirió entonces Freites, tambaleándose como á un golpe formidable, todo agitado, jadeoso, con el semblante descompuesto, y los ojos girando extraviados fuera de las órbitas, semejante á un loco por sus ademanes febriles y por la incoherencia de sus palabras—¡Pero...! Ella...? (¡Por Dios... nó: no puede ser...!) Ella...? ella...? ella...? (¡Sería preciso que estuviese loca, ó que...!)—y de pronto, acudiendo á él suplicante, prorrumpió como entre sollozos—¡Oh... no! Dime que tú mientes... ó que tú, eres víctima de algún delirio fantástico... ¡Dime, habla: sácame del infierno atroz de esta incertidumbre...!

—¡Mis labios, señor, nunca han mentido!— respondió Serrano con amargura, al sondar por la desesperación de aquel padre, el precipicio profundo que lo separaba de su Rosalía.

—Pero...? ¡infeliz! ¿tú no sabes, que por ella sufro desvelándome en un afán eterno de grandeza...?—y volviéndose más persuasivo todavia, Freites en su dolor, continuó casi dulce—¿Qué por su dicha, habría ido sin vacilar hasta el

crimen... si en el crimen, hubiera estado seguro de encontrar su dicha...?

—¡Oh... me explico, señor, que por su hija vaya usted hasta el crimen... porque yo sin ser su padre, también haría lo mismo...!

—¡Y si te explicas...!—replicó su albacea aplastándole con la mirada—¡si comprendes este amor paterno... ésta ambición noble, que por Rosalía alimento...! cómo entonces...? ¡con torpeza estúpida! pretendes semejante desatino...? *tú*...? —y sin poderse contener en un acceso de furor se adelanta con los dedos crispados, pronto atenazar su garganta, y haciendo rechinar los dientes—tú...? gaucho ignorante...?— con fría mansedumbre le escuchó Serrano, hasta que á su insulto se estremeció de coraje, y le miró de pies á cabeza para luego quedar fijo en sus ojos, pero de un modo tan extraño, que Freites desarmando su actitud retrocedió algunos pasos. Entonces, replicó á su vez:

—¡Pese á usted... como un crimen abominable, ruín, ese insulto sangriento con que ha pretendido ofenderme!—de pronto le miró Freites como aterrado á esa inculpación inesperada, y todo agitado investigó hacia la puerta que daba acceso á las habitaciones interiores, como si temiera que su hija pudiese oirla.—El único culpable de mi ignorancia, quizás, sea usted mismo... Y acaso fuera yo el hombre, que vino al mundo para ella... «¡si usted á la voluntad postrera de mi padre, no hubiese obrado, bien distinto...!»

—Yo...?

—Y pretende negarlo...? cuando sin querer lo ha dicho, tratando de ignorante á quien debió educar como á un hijo...?

—Yo...? y por qué...? ¡Tu, debes estar loco...!

—¡No: en mi juicio: cuerdo, tal cuando á mi padre usted le juró...!

—Yo...? á tu padre...?

—¡Sí: al morir!

—¡Mientes!—Serrano, diría que instintivamente llevó la mano á la daga, pero sin tocar su cabo se oprimió la frente, víctima de encontrados sentimientos, hasta que sobreponiéndose á la idea de matarle por canalla, dijo con acento doloroso:

—¡Oh... no: yo no miento... Domingo Serrano, nunca miente: á orgullo tengo en decirlo!

—Y entonces...?—inquirió Freites con insolencia, adelántándose:

—¡Oh... basta, que hartas desdichas tengo...! —interrumpió entonces Serrano, alejándose como ebrio bajo el peso formidable de su dolor, pero al salvar la puerta se detuvo, pretendiendo meditar á una repentina idea, luego retrocedió, y tras un instante en que pensó todavía, agregó en una especie de mansedumbre dolorida.—Tiene razón, don Tiburcio: soy un estúpido... ¡Perdone: que amando á su hija... fuí más que loco, atrevido...! Señor: con tal que la dicha ella alcance... ¡nada importa que venga sobre mí su olvido eterno! Pero, para dejar este pago en que nací... para buscar la soledad tranquila del desierto... para huir por siempre de su presencia, señor, preciso que usted me de algo de aquello que me dejase mi padre...

—Qué...?—interrumpió de pronto Freites, midiéndole con desprecio—Te daré lo que tu quieras, con tal de verme libre de tí... ¡pero, no por qué tu padre te lo haya dejado...!

—Cómo...?— preguntó Serrano atónito, sin

comprender más bien lo que oía—¿Que también va á negarme...?

—Y qué...? acaso «en mi estancia», no eres más que un triste agregado...?—sin poderse contener más á sus palabras humillantes, Serrano prorrumpió entre una sonrisa amarga:

—¡Esto, clama un escarmiento...!—y desnudando la daga le arremetió; pero, en el propio instante en que Freites también desnudaba su revólver, Rosalía salvó la puerta interior corriendo, para cubrir con su cuerpo á su padre y proferir, en un grito de angustia suprema:

—¡Domingo...!—deslumbrado como ante un relámpago, quedó Serrano á la inopinada presencia de Rosalía, hasta que volviéndose manso, sumiso como el siervo á los antojos de su señora, balbució retrocediendo:

—¡Oh... perdona que fué á pesar mío...!—y se encamina hacia la puerta del vestíbulo, con la cabeza doblegada sobre el pecho, y vacilante como si el suelo ondulase á sus pasos.

Cuando la brisa fresca de la noche bañó su rostro febriciente, respiró con fuerza porque le hacía bien. Y ya iba á dejar el vestíbulo, para ir por su caballo, cuando llegaron hasta él los sollozos de Rosalía, y éstas palabras de Freites, dichas en unas como inflexiones de llanto:

—Perdón...! ¡perdón, hija mía: que solo en la cumbre atento, me lance tras tu dicha sin mirar que á sus pies había un abismo...! — y no pudo oír más; pero esas solas palabras, á pesar de todo le conmovieron hasta el punto de prorrumpir allá en su mente:

—¡Oh... le perdono, basta que haya sido por su dicha...!—y fué á ensillar su caballo, sintiendo que lágrimas ardientes abrasaban sus mejillas.

Una hora después Serrano dejaba su pieza encaminándose hacia el palenque, cuando de improviso Rosalía le cerró el paso, para tomarle por una mano y proferir suplicante:

—No partas, Domingo, que tu ausencia eterna será para mí un perpetuo caos... ¡por que eres tú, mi sol: mi único dios en la tierra...!—y entrecortados sollozos sofocaron su voz, mientras Serrano, mudo de emoción profunda, la contemplaba á favor del astro macilento de la noche, pareciéndole que sus frases llegaban hasta su espíritu á modo de una música, doliente, llena de presagios muy tristes.

La llevó al jardín, á ese escaño de sus amores, protegidos por una media glorieta de madreselva florecida. Y, después de abarcar el firmamento, llenó de nubes argentadas semivelando por instantes la luna, dominó la soledad tranquila de la Pampa en su mutismo solemne y entonces, manteniendo una mano de Rosalía entre las suyas, imploró con acento dolorido:

—¡Perdón, Rosalía, si en malhora te amé... Perdón, por qué tu dulce calma sin yo querer he turbado...!

—¡No partas, Domingo, no partas: ten piedad de mí...!—sollozó Rosalía, bañando de lágrimas sus manos; pero él, sin oir otra voz que la de su conciencia, prosiguió:

—He sido un loco, cayendo á tus pies vencido... ¡sujeto á una pasión que es pura, pero por lo mismo infausta...!

—¡No partas, Domingo...!

—¡Pero, aún puedes ser feliz, enjuga tus lágrimas tristes: tal vez serás más venturosa Rosalía, cuando entre el espléndor mundano del poderío... á tus antojos de estrella, se rin-

dan los que son astros! — de pronto le miró ella, cual si pretendiera sondar hasta el fondo de su alma y después replicó con acento inquebrantable:

—¡No: por que nadie podrá, aunque lo quiera, separarnos!

—¡Sin embargo, nos debemos separar!

—Pues bien: llévame contigo!

—¡Infeliz...! prorrumpió Serrano, sobrecojido á sus palabras, y á pesar de sus esfuerzos se puso de pié— ¿Y sabes tú, cual será la suerte mía, cuando pise tierra extraña, sin más bienes que mi pingo, mi apero y mi lazo...?

—¡Sea cual sea, náda me importa, con tal de estar á tu lado!— Rosalía respondió resuelta, mientras asida á un brazo suyo le sujetaba para que no se alejase sin ella. Serrano la miró agitando la cabeza con pena infinita, debatiéndose en el martirio de su dolor, hasta que venciéndose á sí mismo, la rechazó con violencia para librarse de sus manos. Pero, ella rompiendo á llorar en el paroxismo de su angustia, sin soltarle, se arrastró á sus plantas suplicando—Llévame contigo...! por piedad...! por nuestro amor...! ¡Domingo: de rodillas á tus piés, yo te lo clamo...!—en un arranque de dolorosa impotencia, él clavó las pupilas en la altura, cual si demandara el auxilio de los cielos para que ella le escuchase—¡Y si éste tormento en que me ves sufrir, no te conmueve de compasión todavía, entonces aguarda, y verás cómo por tí me mato...!—y diciendo así, llevó la mano á su seno para retirarla esgrimiendo un pequeño puñal...

Serrano quedó aterrado á la vista de esa arma, que al punto la reconoció que era de

Freites. Pero, consiguió arrancársela en el instante mismo en que ella ya se iba á herir. Y entonces, ante esa prueba inequívoca de su resolución, él dijo conmovido:

—¡Si á pesar de todo, tú lo quieres, ven Rosalía: partamos..!—ella entonces se precipitó á sus brazos, muda de júbilo.

A éste punto, apareció Freites inesperada mente á dos pasos de ellos, y, antes de que Serrano volviese de su sorpresa, le dió un golpe con el revólver en la cabeza, que turbando sus facultades le hizo retroceder trastrabillando. Y entonces, gritó ciego de ira:

—¡Miserable...!— y apuntó con el arma á su pecho haciendo fuego, pero en el propio instante en que su hija de un salto se interponía entre ambos, y, al alargar los brazos hacia él, tal véz demandando piedad, fue mortalmente herida, y se desplomó exámine, sin exhalar una queja ..

A través de un relámpago sangriento vió Serrano esa rápida escena, debatiéndose impotente en aquel vértigo de su conturbarción, hasta que en una especie de ansiedad angustiosa, hizo un esfuerzo supremo y desnudó su naranjero para dispararlo sobre Freites, quién rodó por el suelo envuelto en el rojo fogonazo de la pólvora encendida.

Y después...? ¡Ah! En vano él se arrodilló junto á su amante, para llamarla á gritos por su nombre, para cubrirla de besos y de caricias, creyendo en la vehemencia loca de su dolor, que ella no estaba muerta, sino que se adormía para sonreírle á través de un sueño delicioso.........»

*
* *

Y el forastero, intensamente pálido, deja pesar la cabeza sobre el pecho, para abismarse

en como recuerdos tristes... Y diría que al tener los párpados bajos, pretende ocultarnos sus lágrimas rebeldes...

Se me antoja que una misma pregunta se hacen todos, al comprender que ha terminado la historia de Domingo Serrano, cuya vida infortunada ya no puede ser indiferente á ninguno de los que conocen su pasado. «¿No será éste forastero, aquel gaucho tan famoso...?»

Funes le observa preocupado hasta que, pasándole un vaso con ginebra, dice:

—¡Cómo se desfiguran los hechos, cuando se quiere perder á un hombre!

—¡Así es, amigo Funes!—responde el forastero; y después de apurar el contenido de su vaso, agrega—Para todos: «Serrano mató á Rosalía por que ella no correspondía á sus pretendencias...» ¡Pero no es cierto! El, Freites, el asesino de su propia hija, ha inventado «eso» para ejercer una venganza cobarde... Y la lleva á cabo, por que sin miramientos, sin escuchar las protestas de la inocencia de su víctima, la persiguen sin tesón, creyendo hacer un acto de justicia...—y poniéndose de pié, termina—Es esta la historia del gaucho á quién usted quiere prender...—y con rara insistencia eleva los ojos á los del Alcalde, quién soporta su mirada por algunos segundos, y ya desplega los labios para dar paso á su pensamiento, cuando el vasco Miguel anuncia á Villegas y Tevez que pueden pesar sus corredores, pues la hora de que entren sus caballos á la cancha se aproxima.

Entonces, no obstante oponerse Funes y los dueños de la carrera, el forastero paga el gasto y sale, al par que nos dice sonriendo:

—Vamos á buscarnos la vida...—y vá á dete-

nerse en la cancha de taba en que coimea el aviador de la pulpería, el que como tal, tiene el privilegio de trazar sus rayas en el patio, y bajo el túpido follage de los paraisos de la estacada.

La jugada está fuerte. Diría que la aristocracia de los jugadores, la forma.

El hueso, viene rodando hasta pararse á los piés del forastero con su *ese* para arriba. El, que parecía esperar á que la taba le sonriese con su suerte, la pisa para luego tomarla y preguntar:

—¿Cuanto es la banca, coimero...?—éste, que está á horcajadas en un banco largo, cuenta el dinero y las fichas que tiene por delante, y responde:

—Ciento diez y nueve pesos, es la banca...—y volviéndose hácia el dueño de ella—Y uno de coima...? Son veinte...—el farastero cubre la banca con un billete de doscientos pesos, llamando la atención de todos con el gran rollo de dinero que aun le queda en su izquierda, para alargarlo ofreciendo paradas así, mientras con la derecha abaraja la taba, para su tiro de dos vueltas:

—Cinco, diéz, veinte, cincuenta pesos á que gano, señores...?—y cuando los sostenedores del lado contrario ya no le aceptan más paradas derecho, opta por dar usura—Doble á sencillo... ¡Que no se diga, señores, que un forastero les ha parado rodeo...! ¿Quién me toma otras paradas, de diez á cinco...?

—¡Caramba, parece «que la sabe...!»—dice el contrario, mortificado por la certidumbre con que le vé jugar á sus manos, á lo que él responde sonriendo tristemente:

—No, amigo. Pero me tengo fé...

—Entonces, le juego cincuenta pesos á qué no echa suerte, en ese tiro sólo...

—¡Pago, amigo! Quiere qué hagamos otra parada...?

—No: tire no más—y el forastero ya pulsa la taba para tirar, cuando de pronto recoje el brazo, y dice:

—Voy cincuenta pesos, á que echo suerte clavada en este solo tiro...—si el forastero por su manera de ser y su lujo extraordinario había inspirado asombro á todos, ahora todos experimentan estupor profundo á sus palabras. Y diría que más de uno siente una como *corazonada* de abrirse de las apuestas que hizo con él, y que si no lo hace es solamente por amor propio... Y no obstante las noventa y nueve probabilidades de ganar que ofrece su parada, nadie se atreve á tomársela.

Solo entonces, posa el pulgar en el nacimiento de la *ese* de la taba, cuyo *culo* apoya en la palma de la mano enteramente abierta, alarga el brazo á la altura de la vista, y con pulso tranquilo la pulsa repetidas veces, para reconocer su peso. Luego, á medida que encorva las rodillas, la baja hasta su costado, pero manteniendo los ojos altos, fijos allá donde apuntó con ella para clavarla, y, acompañándola con todo el movimiento del cuerpo, la tira con el impulso absolutamente necesario para salvar la raya contraria.

Los jugadores la siguen con la mirada sin pestañar, mudos, empinándose anhelantes sobre las puntas de los pies.

La taba se eleva serena sobre la cabeza de todos, describiendo una trayectoria, en la que da una vuelta muy suave, de punta y hacia atrás, hasta llegar al máximo á que asciende para luego dar otra al descender, pero tan

exactamente calculada, que el filo que tiene el hueso en la parte inferior de adelante, se clava inmovible en la tierra, produciendo un chasquido seco.

Todos quedan perplejos, mirando al forastero que sonríe sin jactancia, más bien con triste pena. Y solo el aviador logra traerles á la realidad, cuando grita:

—¡Suerte clavada, señores!—entonces todos se atropellan y hablan á la vez, recogiendo sus paradas y comentando la habilidad de ese gaucho, que viste el traje lejendario de aquel pasado de heroismo y de grandeza.

De pronto se arma un tumulto en el centro de la cancha. Y el criollaje apiñado, revolviéndose para ceder el terreno, da en tierra con el aviador y su banco, que, como consecuencia lógica, va recto á trazarle un médano en la frente, con muy serios perjuicios de su nariz.

En el instante en que el alcalde Funes va á intervenir seguido de cerca por sus milicianos, el forastero diría se hace poncho el peligro. para interponerse entre dos hombres que se aperciben á jugar la vida esgrimiendo sus armas.

—¡Nadie cruza sus armas, donde yo estoy! —dice el forastero, mirando alternativamente á uno y otro de los contendores, pero iluminado por un brío sereno que impone á la vez que lo agiganta, despojándolo de esa mansedumbre de cordero que le es habitual cuando sonríe tristemente. Todos le contemplamos, admirando su actitud soberbia, al par que tranquila. Y hasta Funes, contiene su gente para admirarle. Tras una pausa, se vuelve hacia el palenque y grita:—¡Mal cristiano!—un alazan tostado como á fuego, ricamente aperado, de abundosa y luen-

ga crin que flota más abajo de su encuentro, y de ancha cola que llega hasta sus ranillas, responde á su acento con un relincho soberano, y, arqueando el pescuezo recogido por la rienda acortada, se corta de los demás caballos para ir á detenerse próximo al camino... Y entonces, alarga un billete de banco á uno de ellos, y agrega—Ahí tiene la parada de veinte pesos, que usted reclama...—y sin oir sus protestas se dirige hacia su flete, se asegura de que está bien cinchado, monta y, á la vez que se aleja al tranco, termina sonriendo con acerba amargura—¡Si alguno viene preguntando por Domingo Serrano, amigazos, díganle que aquí estuvo un momento, y pasó...!

Es tan profunda la emoción que nos inspira su acento dolorido, que ninguno, ni aún el mismo Funes, acierta á expresar otra palabra que no sea «¡adiós...!»

Paso á paso le siguen todos con la mirada, mientras en distintas direcciones á lo lejos se destaca el verde profundo de maizales inmensos, que en su vigor exuberante semiocultan la morada agreste del colono extranjero, estrechando aquí y allá los rastrojos de lino y trigo recientemente segados, cuyas parvas colosales se empinan sobre el amplio horizonte, interín la vieja estancia, solitaria en su loma, se arrebuja en la espesura de su monte redondo como si pretendiera ocultarse á la mirada escrutadora del progreso... Por allá, hacia donde vá Serrano, hacia Trenque Lauquen, cruza una locomotora con su serie interminable de vagones, como si se solapara á modo de la fiera que acecha á su víctima... Y aquí, en el espacio de dos cuadras, que separan la cancha de carreras

de la pulpería, se divisan carros con improvisados toldos, donde amén de la vieja criolla que hace pasteles, hay pollas hermosas que brindan á los clientes mates de mi flor, en tanto, aquí y allí, no falta quien haga gemir la prima y sollozar la bordona, y, asímismo, algún negro que sueñe con sus tangos en el acordeón de dos filas de teclas.

Al pisar la primera loma Serrano, la locomotora le deja oir su alarido prepotente. El se detiene, para verla cruzar veloz como una visión fugitiva. ¿Qué pensará, mientras la mira alejarse...?

Debe ser algo muy triste lo que en ese instante llena de amargura su alma, porque al par que pone su pingo al galope, exhala su pena cantando así:

Soy, la última hoja que rueda
de un gran árbol desprendida;
último girón de vida,
que de una raza en pié aun queda,
cual la última polvareda
que tras sus pasos dejó;
último gaucho soy yó,
que en esta Pampa no acierto:
¡con mis hermanos, que han muerto,
y mi siglo, que pasó!

Rosario de Santa Fé, 1902.

FIN

INDICE



END OF

PLEA

REW

ND

SE

REEL



